

ESTUDIOS CLÁSICOS

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

PUBLICADO POR EL PATRONATO "MENÉNDEZ Y PELAYO" DEL CONSEJO
SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

TOMO XIII

FEBRERO DE 1969

NÚM. 56

DIRECTOR: MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO.

COMITÉ DE REDACCIÓN: JOSÉ ALSINA, ALBERTO BALIL, CARMEN CO-
DOÑER, V. EUGENIO HERNÁNDEZ VISTA, R. P. JOSÉ JIMÉNEZ DELGADO,
SEBASTIÁN MARINER, FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS Y JOSÉ S. LASSO
DE LA VEGA.

SUMARIO

Págs.

M. F. GALIANO, <i>Sobre el fragmento barcelonés de "La samia" de Menandro</i>	1
F. BALLOTTO, <i>La conciliazione fra τὰ περὶ γέλωτα παίγνια e τὰ σπουδαία in Aristofane</i>	7
J. ALSINA, <i>Sobre la medicina hipocrática</i>	13
M. F. GALIANO, <i>Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff y la Filología clásica de su tiempo</i>	25
C. GARCÍA GUAL, <i>La muerte del héroe, de la "Bhagavad Gíta" a Jorge Luis Borges</i>	59

(Sigue en tercera de cubierta)



SOBRE EL FRAGMENTO BARCELONÉS DE "LA SAMIA" DE MENANDRO

En uno de nuestros últimos números¹, los lectores habrán podido gozar de las primicias en edición castellana —pues a ésta había precedido² otra catalana— de un nuevo fragmento de *La samia* de Menandro publicado por el afortunado descubridor del Pap. Barc. 45, D. Ramón Roca-Puig. Ahora acabamos de recibir un artículo de Jacques³ en que se dan toda clase de pormenores sobre las novedades referentes a dicha comedia y relacionadas tanto con este fragmento como con las nuevas páginas del código Bodmer, cuya aparición espera con impaciencia el mundo filológico. Creemos, pues, el momento adecuado para, a la vista de estos trabajos y con utilización, siempre reconocida en cada lugar, de unas notas del filólogo inglés Colin Austin, así como también de otras aportaciones anotadas por Roca en su artículo, proponer también nosotros una restitución más completa, aunque también, fuerza es decirlo, más aventurada, pues en el reino de la conjetura las posibilidades de fracaso son siempre mayores que las de éxito. Rogamos, pues, perdón si la suerte no nos acompaña.

Nos informa Jacques de que el *recto* del papiro barcelonés corresponde a la página 12 del código entero, que comprendía *La*

¹ ROCA-PUIG *Un fragmento de "La samia" de Menandro*, en *Est. Cl.* XII 1968, 375-383.

² ROCA-PUIG *Fragment de "La Sàmia" de Menandre*, en *Bol. R. Acad. Murc. Filología Clásica*, Buén. Letr. Barc. XXXII 1967-1968, 5-13.

³ JACQUES *Ménandre inédit: "La double fourberie" et "La Samienne"*, en *Bull. Ass. Guill. Budé* 1968, 213-239.



samia en sus dieciocho primeras; a continuación el famoso *Discolo* y más adelante, por lo menos, *El escudo*. Esta ubicación está confirmada por el hecho de que el *verso*, final de la pág. 11, comprende, como en el artículo de Roca se vio, los versos 185-195 de la edición de Körte; puesto que la pág. 12, provista de la cifra IB, contiene en su parte alta, conservada en Ginebra, los versos 196-201 más cuatro versos del fin del acto III más la indicación XOPOY más el principio del acto IV en tetrámetros trocaicos catacléticos, no hay duda de que, tras una laguna, seguirían, al fin de la página, los nuevos versos del *recto* de que ahora tratamos.

Según Jacques, "au début de l'acte IV (Nicératos) se propose de tenter auprès de Déméas une démarche de conciliation; mais, avant qu'il n'ait eu le temps de frapper à la porte de sa maison, Moschion en sort très ému de l'expulsion de Chrysis qui remet en question le sort de son enfant. Avec le premier vers de son monologue ('Le soleil ne se couchera donc jamais? Que dire de mieux?') le papyrus Bodmer prend fin, ou du moins la partie de ce document qui figure dans la collection Bodmer à Genève". Y, en el papiro de Barcelona, "Déméas est maintenant en scène. Il s'apprête à subir les deux assauts successifs de Moschion et de Nicératos. Moschion parlera le premier". Ahora bien, la novedad que puede contener mi interpretación es la de considerar que, naturalmente, Nicérato, que según parece, estaba en escena al empezar el acto IV y sigue figurando en el verso 202 de Körte y hasta el fin del acto (270), también aquí está presente y, más aún, anima al tímido e irresoluto Mosquión ("tout le comportement de Moschion —anota Jacques—... s'explique par les gâteries d'une enfance choyée") a que extraiga de su padre la verdad acerca de la expulsión de Crisis, con lo cual el vecino desempeña un papel parecido al de Parmenonte, que, en un momento anterior, según la versión de Jacques, dice al muchacho: "Tu trembles, femmelette!"

Por lo demás, el nuevo hallazgo no ha hecho más que confirmar conjeturas antiguas sobre lo que ocurría en esta laguna entre los dos grandes trozos del papiro caireense. Kunst⁴ escribía:

⁴ KUNST en pág. 154 de *Zur Samia des Menandros*, en *Wien. St.* XLIII 1922-1923, 147-156.

"Demeas, herausgekommen, um zu sehen, was mit der von ihm allzu hitzig verstossenen Chrysis geschehen, trifft an der Schwelle seines Hauses mit dem atemlos herbeieilenden Moschion zusammen, den es sich zu rechtfertigen und dem Vater das mit Plangon Vorgefallene zu gestehen drängt". Körte⁵, *Moschion cum patre congressus eius suspicionem dissipavit. Confessus est puerum esse suum et Plangonis, quae clam patre, conscia matre pepererit*. Y, por ejemplo, María Rico⁶, "Mosquión explica a su irritado padre lo sucedido... es natural suponer la existencia de un diálogo entre Démeas y Mosquión, en el que se aclararía el asunto". A lo que añade Jacques ahora: "Ainsi s'amorce la confrontation décisive du père et du fils à la place même où on l'avait conjecturée. Démeas n'a donc pu se taire comme il se l'était promis. Il y gagnera d'être informé et de pouvoir, à son tour, informer Nicé-ratos".

Damos, pues, lo que pudiera ser el texto completo de los versos 4-12, pues 1-3 están todavía menos claros. El que se tenga a la vista constantemente el artículo de Roca nos ahorrará muchas palabras y mostrará en seguida al lector cuánto debemos a sus lecturas e hipótesis incluso cuando no le mencionamos expresamente.

(Ni.) τοῦτον εὖ, μείρ[α]κιον, ἄδειν εἰσανάγκασον μ[ένων].
 5 τίς γὰρ ο]ῦν; (Mo.) ἄριστ'· ἐγὼ <μὲν> ὡς ἔχω
 νῦν — ἀλλὰ τί
 εἰ χολῶν] ἔλθοι; (Ni.) οὐ πρότερος, Μοσχίων,
 πρόσ[ειπε δὴ
 αὐτόν. (Mo.) ὦ π]άτερ, τί πο(ι)εῖς ταῦτα; (Δη.)
 ποῖα, Μοσχίων;

⁵ KOERTE-THERFELDER en pág. XXXIX de *Menander. Reliquiae*, I, Leipzig, 1955.

⁶ RICO en págs. 128 y 136 de *Menandro. La Samia*, Madrid, 1955 (Suplementos de *Estudios Clásicos*. Primera Serie de Traducciones, núm. 8).

(Μο.) ποῖ' ἔρωτ[ῆ]ς; διὰ τί Χρυσίς οἶχετ' ἀπιούσ'; εἰπέ
μ[οι].

(Δη.) δηλαδῆ] πρεσβεύεται τις πρὸς ἐμέ' δεινόν. (Μο.)
ο[ὐ καλόν,

10 μὰ τὸν Ἄ]πόλλω, τοῦργον ἐστίν, ἀλλὰ παντελ[ῶς]
πικρὸν

πᾶν τὸ γεγ[ο]νός. (Δη.) δεινὸν ἦδη' συναδικεῖ μ'
οὔτος [μάλα

καταφ[α]νῶς. τί γὰρ προσέρχεθ' ὑπὲρ ἐκείνης
ἀξ[ι]ῶν

Nicérato: *Quédate, muchacho, y obligale a cantar bien. Pues ¿quién, sino tú? Mosquión: Muy bien, en las condiciones en que estoy... Pero, ¿y si viene furioso? Nic.: Tú háblale el primero, Mosquión. (Entra Démeas). Mosq.: Padre, ¿por qué haces eso? Démeas: ¿Qué, Mosquión? Mosq.: ¿Y me lo preguntas? ¿Por qué se ha marchado Crisis? Dímelo. Dém. (aparte): Evidentemente alguien me está mandando una embajada. ¡Mala cosa! Mosq.: No está bien, por Apolo, ese proceder, sino que todo lo ocurrido es muy desagradable. Dém. (aparte): ¡Mala cosa, ciertamente! Éste, con toda evidencia, está haciendo de cómplice. Pues, si no, ¿por qué iba a venir en nombre de aquella reclamando...?*

4. El [τοῦτον εἶ] es de G(aliano), con [τοῦτον] como referencia a Démeas. — R(oca) no da la κ entre las letras de que puede proceder el rasgo visible a la izquierda, pero la comparación con la de εἰσανάγκασον de la misma línea es positiva; μειρά]κιον propone Parsons (voc. en *Dysc.* 269, Gorgias a Sóstrato; *Sic.* 274; frs. 250, 1 y 538, 1); no vemos posible encaje a conjeturas de R. como υἰόν, βέλ]τιον, βελ]τιον'. — Sobre ᾗδειν anota Au(stin) "proverbial? see Passow-Crönert s. v."; cf. *Thesaurus (recitare, narrare, referre)* con cita de Estrab. I 18 (καὶ τὸ ἀεῖδειν δὲ ἀντὶ τοῦ φράζειν τιθέμενον παρὰ τοῖς πάλαι ταῦτὸ τοῦτο ἐκμαρτυρεῖ κτλ.); *El. V. H.* XII 45 (Φρόγιοι καὶ ταῦτα ᾗδουσι λόγοι), *N. A.* V 11 (τὸ ᾗδόμενον τοῦτο); *Aten.* XII 530 f (τὸ σῆμ' ᾗδει, conjetural); *Hes.* ᾗδειν' δηλοῖ δὲ καὶ λέγειν, ὀνομάζειν (*Thes.*: ita gallice quoque "chanter"). — Sobre εἰσανάγκασον, Au. cita *Esq. P. V.* 290. — La μ es sugerida por R.: Au. propone μ[ε, añadiendo la posibilidad de [τι], [σὺ] o [νῦν];

μ[ένων es de G.; el supuesto punto alto del papiro antes de μ hablaría contra todas estas conjeturas.

5. Sobre la posibilidad de οἷον, apuntada por R., sugiere G. con muchas dudas τις γὰρ οἷον: "porque ¿quién, en efecto, (sino tú, su hijo, podría hacerlo?)". — En relación con ἄριστα, cf. *Sic.* 359. — La falta de una sílaba es evidente: R. suple ⟨γάρ⟩, Au. ⟨μὲν⟩ (cf. *Sam.* 251, etc.). — La interrupción refleja el miedo de Mosquión. — R. señala la ι final y la sugestión, por parte de varios, entre ellos Au., de ἀλλὰ τι (cf. *Sam.* 248).

6. G. sugiere εἰ χολῶν (cf. *Epir.* 217, *Sam.* 201): las conjeturas de R., εἰ γε πάλιν o εἰ γε νῦν, serían imposibles si, como pensamos, Mosquión y Nicérato estuvieran viendo venir a Démeas; la ν es admitida por R. — Después de ἔλθοι entra en escena Démeas. — Sobre οὐ πρότερος, Au. aduce *Epir.* 63. — Para R. es tan posible σ como ε, por lo cual sugiere πρόσ[ειπε δὴ] (cf. *Epir.* 755, *Dysc.* 106, etc.) o πρό[ειπε δὴ] (cf. *Sam.* 218, etc.), aduciendo *Sam.* 90, etc. sobre el uso de δὴ después de un imperativo; Ll(oyd)-J(ones) sugería πρό[ε]λθέ μοι (cf. *Dysc.* 753).

7. El αὐτόν es de G., suponiendo que el principio del verso es recitado por Nicérato; lo mismo presuponen varias hipótesis de R., [πάνθ' ἀπλῶς], [πρᾶγμ' ἀπλῶς] (donde la falta del artículo sería chocante), [πάνθ' & δεῖ], pero todas ellas suponiendo π[ά]τερ solo; mientras que [σοὶ λέγω], también sin [δὲ], del propio R., o εἰεν, δὲ π[ά]τερ, de Sandbach (a quien hemos seguido en parte), adjudicarían el verso entero a Mosquión, que también es posible ([εἰ λέγεις], de R., cf. *Peric.* 223) que pronuncie las dos primeras palabras dirigidas a Nicérato antes de pasar a decir π[ά]τερ a Démeas. La interjección aparece en *Epir.* 120, *Mis.* fr. 13; *Fr. Did.* I 1, 10, 22; *Dysc.* 754; fr. 116, 6, etc. — La enmienda de πο<ι>εῖς es necesaria por razones métricas; el mismo error anota Au. en *Sam.* 317.

8. Al principio, R. sugiere διὰ τι οὐ βο]ᾶις, mejor, "por más cortés", dice él, que διὰ τι οὐ χολ]ᾶις o διὰ τι φουσ]ᾶις; Au. pensó que Démeas se anticiparía a la pregunta (ἄρ' ἐρωτ]ᾶις διὰ τι κτλ.), lo que quitaría gracia al vivo intercambio de expresiones; el propio R., en fin, es quizá el que más acierta con la lección que hemos acogido ("¿preguntas que a qué me refiero?"), algo parecido a la traducción de J(acques), "tu le demandes?". — Sobre οἴχετ' ἀπιούσα, Au. menciona Plat. *Symp.* 223 b, Dem. XVIII 65. — La μ del final es leída por R.: él mismo dice que varios (cf. *Sam.* 332) le proponen εἰπέ μ[οι], que con la conjetura de Au. podría corresponder también a Démeas.

9. Au. sugiere al principio, de acuerdo con su citada conjetura, [φήμ' ἐγώ], "sí que lo pregunto", puesto en boca de Mosquión; nosotros prefe-

rimos, dando el comienzo del verso a Démeas, [δηλαδῆ], que aparece en primer lugar en *Epitr.* 297; en ese caso, la frase es un aparte dirigido al público. — Referencia a Crisis en τῆς. — Sobre el uso casi interjetivo de δεινόν, Au. cita *Sam.* 235. — R. no está seguro de que la última letra sea una ο; y, como μὰ τὸν Ἄπόλλω parece llevar consigo una negación (pero él mismo aduce en contrario *Dysc.* 437), sugiere sucesivamente φ[αῦλον οὔ, οἴο βραχύ, ἤ[δύ γ' οὔ, εἰκτόν οὔ, a todos los cuales parece preferible el οἴο καλόν de Au. "Ta conduite n'est pas belle", traduce J.

10. El inicial μὰ τὸν Ἄπόλλω, tan frecuente en Menandro, fue completado por R. (cf. *Sam.* 94, etc.). — Sobre τοῦργον (Mosquión habla de la expulsión de Crisis), Au. cita *Sam.* 250. — R. completa en παντελῶς (cf. *Sam.* 288, etc.). — Al final, y en el principio de 11, Au. lee un [σὺ γ' εἰ/οὐ δίκ]αιος un tanto insípido: así J., "tu es on ne peut plus injuste" (cf. *Dysc.* 293). Para nuestro [πικρὸν], los paralelos de Menandro no son muy satisfactorios: ¿quizá habría que leer [βαρὺ] o [κακόν]? ¿Quizá en el fr. 830, de la *Suda* (βαθύς· ἀντὶ τοῦ πονηρός· οὕτως Μένανδρος), podrá haber un error en vez de βαρύς?

11. Nuestro πᾶν τὸ γεγ[ονός] está reforzado por los paralelos de *Sam.* 192, 221, 257, etc. R. propone οὐκ ἀνε]κτός, parece que aceptando el [σὺ γ' εἰ] de Au. — Desde este punto, todo lo que sigue es un aparte de Démeas. — Sobre δεινόν ἤδη, Au. cita la traducción dada por Rennie a Aristóf. *Acharn.* 315, "this is positively dreadful" (cf. *Vesp.* 426, *Eccl.* 645, *Eq.* 437, *Pax* 615). — Son perturbadores los dos puntos altos después de δεινόν y de συν-, así como los dos puntos que siguen a οὔτος. — Sobre συναδικεῖ, Au. cita *Sam.* 113, οὐδὲν γὰρ ἀδικεῖ Μοσχίων σε. — G. sugiere [μάλα] (cf. *Dysc.* 270, etc.), mientras que Au. prefiere suponer una interrupción de Mosquión, [τί φής;] (cf. *Sam.* 212, etc.), y así J. traduce "que dis-tu?"

12. J. Propone καταφ[ανῶς] frente a περιφ[ανῶς] de Ll.-J. y ἐμφ[ανῶς] de R., que aduce *Dysc.* 811 y *Alex.* fr. 70 Edm., ἀδικεῖ τὸν Ἐρωτ' ἐμφανῶς. — G. sugiere ἀξ[ίως] (cf. *Epitr.* 103, etc.); R., ἄθ[λιος] (¿tal vez ἀθ[λιως], cf. *Col.* 9?).

LA CONCILIAZIONE FRA TA ΠΕΡΙ ΓΕΛΩΤΑ
ΠΑΙΓΝΙΑ Ε ΤΑ ΣΠΟΥΔΑΙΑ ΙΝ ΑΡΙΣΤΟΦΑΝΕ

Se si leggono con attenzione¹ i versi 1008-1012 delle *Rane*, là dove Eschilo chiede ad Euripide

τίνος οὔνεκα χρή θαυμάζειν ἄνδρα ποητήν;
ΕΥ. Δεξιότητος καὶ νοουθεσίας, ὅτι βελτίους τε ποιούμεν
τοὺς ἀνθρώπους ἐν ταῖς πόλεσιν.

ΑΙ. Ταῦτ' οὖν εἰ μὴ πεπόηκας,
ἀλλ' ἐκ χρηστῶν καὶ γενναίων μοχθηροτάτους ἀπέδειξας,
τί παθεῖν φήσεις ἄξιος εἶναι;

ΔΙ. Τεθνάναι· μὴ τοῦτον ἐρώτα

e quelli dal v. 1053 al 1056,

ΑΙ. Μὰ Δί', ἀλλ' ὄντ'· ἀλλ' ἀποκρύπτειν χρή τὸ πονηρὸν τὸν
γε ποητήν,
καὶ μὴ παράγειν μηδὲ διδάσκειν. Τοῖς μὲν γὰρ παιδαρλοῖ-
σιν
ἐστὶ διδάσκαλος ὅστις φράζει, τοῖσιν δ' ἠβῶσι ποηταί.
Πάνυ δὴ δεῖ χρηστὰ λέγειν ἡμᾶς,

è facile dedurre che l'arte in Aristofane ha un compito morale².
È vero che, esaminando l'intera opera del commediografo alla

¹ Ed. di V. Coulon, Parigi, 1962³.

² Cf. anche Dio Chrys. *Or.* XXXIII 10 citato pure dal mio recensore E. VALGIGLIO, il quale (*At. R.* X 1965, 124-126), a proposito di alcune

luce di queste affermazioni, si potrebbe essere tentati di non poterle prendere sul serio, ma, forse, solo nel caso che si intenda dare eccessiva importanza alle scene scurrili e alle espressioni triviali e crude, contenute in molte sue composizioni, e non si rifletta come tutto ciò debba piuttosto mettersi in relazione con l'origine e il carattere religioso-dionisiaco della commedia. Comunque, a parte la confusione che in questo caso si verrebbe necessariamente a fare tra la morale propriamente detta e le norme della buona creanza e le convenienze, tra il problema della moralità semplicemente e quello della moralità nell'arte, per tacere della già scontata questione del diverso concetto di moralità che gli antichi avevano rispetto a noi, c'è nel corso delle *Rane*, anzi alla fine dell'ἄγων σοφίας, un punto che potrebbe forse chiarire meglio il pensiero del poeta su questo argomento, là appunto dove (vv. 1411-1413) Dioniso, chiamato a giudicare del valore di Eschilo e di Euripide, così si esprime:

ΔΙ. Ἄνδρες φίλοι, κάγω μὲν αὐτοὺς οὐ κρινῶ.
 Οὐ γὰρ δι' ἔχθρας οὐδετέρῳ γενήσομαι·
 τὸν μὲν γὰρ ἡγοῦμαι σοφόν, τῷ δ' ἥδομαι.

Ora, a parte l'incertezza³ nello stabilire chi sia esattamente il σοφός e chi colui che diverte (ἥδομαι), il principio estetizzante che sembra si possa cogliere qui è fuor di dubbio: la distinzione fra una poesia che insegna e una poesia che piace. E siccome Dioniso rappresenta, in fondo, gli Ateniesi, sono questi, in realtà, ad esprimere il giudizio su Euripide che diverte e su Eschilo veduto sotto l'aspetto di διδάσκαλος, anzi di σοφός. Eppure, per quanto il criterio di distinzione fra i due poeti non regga che fino ad un certo punto, l'introduzione del concetto di ἡδονή, e cioè di "diletto", che non rientra ancora nel compito della poesia (la

affermazioni contenute nel mio *Saggio su Aristofane* (Messina-Firenze, 1963), svolge concetti analoghi a quelli da me toccati in quest' articolo.

³ Aristarco, infatti, pensa che nel σοφός sia da identificare Euripide e, in chi diletta, Eschilo, mentre lo scoliasta *ad Ran.*, v. 1154, afferma esattamente il contrario, come del resto è anche l'opinione della critica tradizionale.

quale deve educare moralmente, civilmente), ma che è già pronto ad entrarvi, coinvolge necessariamente anche il valore da attribuire alla novità poetica introdotta da Aristofane, il quale implicitamente la ammette, anzi ne sembra consapevole. E infatti la poesia di Aristofane non partecipava anch'essa di questa novità? La sua commedia non si sprigionava forse dal gioco caricaturale e dal drammatico contrasto della sua fantasia?

Certo, per Aristofane la tragedia di Eschilo ubbidiva ad un chiaro concetto di educazione morale e civile degli Ateniesi, tanto che la sua tragedia è giudicata alla stregua della morale (come, del resto, sarà fatto anche da Platone), ma non per questo la poesia di Euripide, risentita nell'esigenza del "diletto", pur rivelando un'esigenza latente e forse inconsapevole di un altro aspetto poetico, è meno poesia di quella eschilea, anche se di diverso genere. E come, dunque, in questo senso, non poteva essere poesia anche quella di Aristofane, tanto più che il poeta, avendo anch'egli coscienza di una sua precisa missione civile e morale⁴, finisce, nelle sue commedie, con l'alternare l'elemento proprio della tragedia, e cioè lo σπουδαῖον, con il γελοῖον della commedia per un non diverso effetto, in campo morale, da quello della stessa tragedia, come sosterrà Aristotele nel suo concetto di catarsi?

Effettivamente l'idea di una tale unità o fusione fra τὰ σπουδαῖα e τὰ περὶ γέλωτα, realizzabile in un solo poeta, era ancora nebulosa, forse non ancora del tutto consapevole ai tempi di Aristofane, tanto che lo stesso commediografo, pur intuendo ciò, fraintende la figura di Euripide, considerato, oltre tutto, anche alla stregua dei sofisti, come uno che corrompe e guasta i costumi, ma che Aristofane sia anch'egli — come Eschilo — un poeta educatore⁵, non c'è dubbio, anche se in forma divertente, giacchè egli realizza, seppure inconsapevolmente, la intravista unità dei due aspetti della poesia (σπουδαῖον e γελοῖον), che ritroviamo

⁴ Cf., oltre ai passi già citati, *Rane* 354-360; *Nubi* 296 e 547; *Pace* 748 ss.; *Acarn.* 644 e 676 ss.; *Vesp.* 56 ss., 1043 e 1053; *Cav.* 509-510, ecc.

⁵ In questo senso concordo con l'affermazione del Croce quando dice, a pag. 175 della sua *Estetica*, che "la critica letteraria di Aristofane era già tutta piena dell'idea pedagogica": cf. pag. 142 e 158 del mio *Saggio*.

chiaramente e sinteticamente nell'opera di Eschilo e di Euripide. Infatti è chiaro che, accanto alle grottesche deformazioni le quali capovolgono la realtà, c'è in Aristofane una base reale, in fondo al suo riso si cela il serio, sotto la sua mordente ironia il fremito di un proprio sentimento o l'attualità o l'urgenza di un problema.

Ecco perchè fra lo scopo civile e morale del poeta e la volgarità delle scene e del linguaggio di parecchie commedie, non esiste che un'apparente contraddizione. Ecco perchè lo stesso Platone (*Leg.* 816 e), nel giudizio negativo pronunciato sulla commedia, non accenna particolarmente alla grossolanità di un tale linguaggio. Ed ecco ancora perchè lo stesso Aristofane può finanche vantarsi (*Vesp.* 56) di moderazione nei confronti della commedia precedente o di altro genere

(μηδ' αὖ γέλωτα Μεγαρόθεν κεκλαμμένον)

o di aver eliminato da essa (*Pace* 748-753) certi elementi volgari e ignobili:

Τοιαῦτ' ἀφελὼν κακὰ καὶ φόρτον καὶ βωμολοχεύματ' ἀγεννῆ
ἐπόησε τέχνην μεγάλην ἡμῖν κάπύργωσ' οἰκοδομήσας
ἔπεισιν μεγάλοις καὶ διανοίαις καὶ σκώμμασιν οὐκ ἀγοραίοις,
οὐκ ἰδιώτας ἀνθρωπίσκους κωμῶδῶν οὐδὲ γυναῖκας,
ἀλλ' Ἑρακλέους ὄργῆν τιν' ἔχων τοῖσι μεγίστοις ἐπεχειρεῖ,
διαβάς βυρσῶν ὄσμάς δεινὰς κάπειλάς βορβοροθύμους.

Muovendo, dunque, da queste considerazioni di ordine morale, è forse da ridimensionare il significato stesso che la satira e la parodia degli dèi e della religione vengono ad assumere in Aristofane, il quale non demolisce gli uni e l'altra nei loro principii, ma trovando una spiegazione fondamentale proprio nel carattere stesso del genere letterario (che derivava il suo contenuto genuino dalla tradizionale libertà in uso nelle rappresentazioni delle feste dionisiache, ed era un atto propriamente religioso), dà vita alla felice e sublime fusione dello σπουδαῖον con la πράξις con quegli effetti esilaranti che tutti conoscono.

Fusione che avviene non diversamente anche a proposito del sistema politico, che Aristofane non attacca nei suoi principii, ma nel costume politico di Atene per quella scanzonata libertà di

critica consentita dalla tradizione letteraria acquisita al genere comico.

La demolizione che Aristofane opera non è dunque in contrasto con i suoi propositi di educazione civile e morale, è solo, semmai, la parte negativa o, meglio, utopistica del suo programma, in quanto, non riuscendo ad adattarsi alla realtà in cui vive, il poeta opera una demolizione, ma solo entro i confini del suo sogno: quello di colui che tende alla ricostruzione di una realtà passata che via accarezza e trasfigura poeticamente. Distinguere, perciò, fra gli elementi della commedia aristofanea, quelli concreti da quelli inafferrabili, perchè dissolti nella trasformazione fantastica, deve essere il compito della critica più provveduta, in quanto appare sempre più chiaro come la sostanza dell'arte aristofanea risieda proprio in questa inscindibile simbiosi di un poeta che ora appare tutt'attento e chino ad ascoltare la realtà, e ora tutto proteso nel cielo dell'utopia, per fuggire la realtà, anzi per far sentire, per contrasto, in che cosa la realtà sia comica.

Un'utopia, però, che non dev'essere presa troppo sul serio, bensì solo come mezzo per produrre il comico, proprio perchè la realtà è sempre in vista. Ecco, dunque, perchè anche quando la commedia aristofanea sembra distaccarsi completamente dalla realtà e vivere nel fantasmagorico mondo del sogno, siamo spesso ricondotti bruscamente ad essa, sia quando si parli di una città aerea, lontana dalle leggi terrestri, come Nubicuculia, o si ragioni sul concetto di poesia o di missione morale e civile, come ad es. nelle *Rane*, o ci si intrattenga su nuove concezioni economico-politiche di distribuzione dei beni a tutti, come nel *Pluto*, o sulla capacità delle donne di amministrare la cosa pubblica, come in *Lisistrata* e nell'*Assemblea delle donne*.

Ora a noi sembra che in proprio in questa conciliazione della moralità con la buffoneria, di τὰ περί γέλωτα παίγνια con τὰ σπουδαία, e cioè della parte seria o tragica col comico, sia da ricercare l'interpretazione del vero Aristofane e, nell'armonica e felice fusione di questi due elementi, il tratto caratterizzante della sua poesia, sempre così sfuggente alla mania catalogatrice e definitrice dei critici del nostro tempo.

SOBRE LA MEDICINA HIPOCRÁTICA

I

Como para cualquier otra cultura, la salud fue, para los griegos, un bien de inapreciable valor. Un escolio del siglo VI proclama ya que “lo primero es gozar de buena salud”, y a esta afirmación seguía una lista de bienes secundariamente considerados como importantes para el ser humano. Y Herófilo, el gran médico helenístico, pudo afirmar¹ que “la ciencia y el arte nada tienen que enseñar, el ánimo es incapaz de esfuerzo, la riqueza es algo inútil y la elocuencia ineficaz *ὕγιειός ἀπούσης*, si falta la salud”. Pero, si los griegos han valorado tanto la salud, ¿qué han pensado acerca de su naturaleza, así como del estado contrario, la enfermedad?

La enfermedad es un fenómeno que debió de sorprender grandemente al hombre primitivo. Contemplar cómo un ser, antes lleno de fuerza y de vigor, cae abatido por una potencia invisible debió de producir un efecto terrible en el ánimo del hombre en un momento en que no disponía de defensa alguna contra el mal. ¿Tiene, por ello, algo de extraño que en las culturas primitivas, e incluso en las que los historiadores han calificado de arcaicas, la enfermedad sea considerada como un trastorno causado por un espíritu invisible, sea éste un demon o un dios?

Entre las culturas inferiores y arcaicas el gran remedio de que se dispone es la magia. Conocemos ahora bastante bien la

¹ Sexto Empírico, XI 1.

mentalidad llamada por algunos investigadores "prelógica", aunque mucho habría que decir contra tal denominación. Sobre todo han sido luminosos los trabajos de Lévy-Bruhl² y los datos recogidos en *La rama dorada* de Frazer. Sabemos asimismo bastantes cosas acerca de los procedimientos "pre-médicos" de civilizaciones arcaicas como Egipto, Mesopotamia y la India gracias especialmente a los estudios de F. Lenormant³ y V. Henry⁴ y a la obra de síntesis de Filliozat y Laín⁵.

Pues bien, ¿qué nivel mental caracteriza a los pueblos que representan a las llamadas culturas "arcaicas" de acuerdo con la terminología de la "kulturhistorische Schule"? Digamos, ante todo, que esta etapa cultural es, a lo que parece, resultado de la fusión de tres tipos preexistentes de cultura, la mágico-empirista, la animista y la patriarcal. Como rasgo morfológico de su "nivel mental" ha señalado el profesor Laín, siguiendo una doctrina ampliamente aceptada, el fuerte desarrollo de la individualidad humana. Es la etapa que Wundt calificó de "época de los dioses y de los héroes". En segundo término hay que señalar el gran desarrollo que adquiere en estas culturas la vida moral, con el descubrimiento del papel del pensamiento. Finalmente, un fuerte desarrollo del sentido de culpabilidad. El hombre de las culturas arcaicas evidencia una fuerte propensión a ver en las transgresiones de la ley moral la única causa del sufrimiento, el dolor y las enfermedades.

Es en las culturas semitas del próximo Oriente donde hallaremos con mayor nitidez dibujada esta "medicina personalista". En los pueblos asirios y babilónicos, por ejemplo, la enfermedad era, ante todo, una impureza moral, un castigo que los dioses envían al transgresor. La palabra *shertu*, término clave para entender estos tipos de cultura, significa a un tiempo "impureza" y "mancha", "pecado" y "enfermedad". Y el gran medio para sanar es, naturalmente, la plegaria.

² En especial su obra *L'âme primitive*, París, 1928.

³ LENORMANT *La magie chez les Chaldéens*, París, 1874.

⁴ HENRY *La magie dans l'Inde antique*, París, 1925.

⁵ FILLIOZAT *Magie et médecine*, París, 1943; LAÍN *Enfermedad y pecado*, Barcelona, 1961.

La gran hazaña del espíritu helénico en el campo de la ciencia consiste en haber liberado de una manera definitiva la medicina de las creencias mágicas utilizando para ello, como único instrumento, la observación y el λόγος. Sólo por eso deberían los griegos ser dignos de estudio, y ello con tanta mayor razón por cuanto ha existido en Grecia, asimismo, una mentalidad "prelógica" que ha persistido como un lastre en momentos radiantes de la cultura helénica: restos de esa creencia hallamos en los pitagóricos, en Empédocles, incluso en Platón. Y, junto a los pensadores, constatamos en Grecia la existencia de una "medicina no fisiológica", religiosa, creencial, en el santuario de Asclepio de Epidauro. El profesor Dodds⁶ ha seguido sagazmente las huellas de esos fósiles culturales.

La medicina arcaica estaba localizada en los templos. Y no podía ser de otra manera desde el momento en que la enfermedad estaba ligada a los dioses. Es mérito de los griegos, repetimos, haber desalojado la medicina de los templos. ¿Cómo llevó a término esa hazaña el espíritu helénico? Para responder a esta pregunta es preciso que nos remontemos al momento en que la cultura jónica, la más antigua de Grecia, realiza su primera gran aportación cultural e inicia su lucha contra el mito y contra lo que podríamos llamar "el dogmatismo de la tradición". Los jonios dieron un paso importante en la historia espiritual de la Humanidad y contribuyeron en no escasa medida a que se hablase, en un tiempo, del "milagro griego", aunque hoy no se crea ya tanto en ese milagro. Y, como el profesor Martiny ha dicho recientemente, este milagro griego "no fue sino una viva explosión tras una larga preparación". ¿En qué consistió esa larga preparación?

A la caída del mundo micénico (siglos XII-XI a. J. C.) se produce en el mundo griego una crisis profunda. Grecia va a tener que empezar de nuevo, pero ese volver a comenzar dará a la postre frutos definitivos. Entre el siglo X y el VIII a. J. C. se echan las bases de una nueva visión del mundo, se inicia el proceso de lo que será con el tiempo la verdadera Grecia. Ese alumbramiento tendrá un escenario concreto, específico: las costas de la Jonia, el litoral de Asia Menor, donde confluyen varias culturas y donde

⁶ DODDS *Los griegos y lo irracional*, tr. esp., Madrid, 1960.

aparecerá *ex novo* una nueva concepción de la vida y del hombre. Aquí nacen la epopeya homérica, el lirismo y la especulación racional. El espíritu jónico, contemplado bajo una perspectiva histórica, aparece dotado de dos rasgos específicos, complementarios: de un lado, una fuerte capacidad de abstracción, que le permite llegar más allá de los simples fenómenos. Gracias a ese rasgo crearon los jonios la metafísica. Pero los jonios eran, al tiempo, hombres prácticos, mercaderes avezados a habérselas con la realidad y, por tanto, a contar con ella. De ese segundo rasgo jónico brotarán las ciencias empíricas, la Etnología, la Geografía y, principalmente, la Medicina.

La Medicina griega fue posible sólo tras la especulación jónica en torno a la naturaleza. Es más, el concepto mismo de φύσις, básico para comprender la medicina científica helénica, no puede entenderse si no es a la luz de la φυσιολογία jónica, que elaboró una doctrina completa, consecuente y racional sobre la naturaleza. “La Medicina —ha dicho Jaeger— jamás habría llegado a convertirse en una ciencia sin las indagaciones de los primeros filósofos jónicos de la naturaleza, que buscaban una explicación natural de todos los fenómenos; sin su tendencia a reducir todo efecto a una causa y a descubrir en toda relación de causa y efecto la existencia de un orden general y necesario; sin su fe inquebrantable en llegar a encontrar la clave de todos los misterios del mundo mediante la observación imparcial de las cosas”.

La medicina griega recibió, pues, más de lo que aportó al incorporarse a la historia de la cultura helénica. Fue, repetimos, la especulación jónica acerca de la naturaleza la que permitió su verdadero origen, aunque cabe aceptar que fue asimismo importante para su existencia la especial “actitud del médico ante la naturaleza”, para emplear una frase feliz del profesor Deichgräber.

Al elaborar su doctrina de la φύσις el pensamiento griego sienta, pues, las bases de una fecunda producción médica. ¿Cuáles son los rasgos de esa φύσις de acuerdo con los pensadores helenos? De entre las ocho notas que Laín⁷ descubre en la noción

⁷ LAÍN en pág. 155 de *Ciencia helénica y ciencia moderna: la φύσις en el pensamiento griego y en la cosmología postmedieval*, en *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1964, 153-169.

griega de φύσις cabe destacar la universalidad, la necesidad y la racionalidad. “Cada cosa, en el pensamiento jónico, tiene su φύσις y esto indica que hay una φύσις común para todas las cosas”.

Es indudable que la noción jónica de φύσις es la laicización de una concepción religiosa de la naturaleza. En un principio, φύσις fue la fuerza que hacía germinar las plantas y crecer los animales. Conviene no olvidar que la raíz etimológica de φύσις es el verbo φύω “brotar, crecer”.

Fue el genio jónico el que realizó el paso decisivo de desacralizar esta noción hasta convertirla en lo que fue después: el conjunto de todos los seres y al tiempo los rasgos esenciales de cada uno de ellos. Pero lo más importante es que la noción de φύσις y su comportamiento “regular”, sometido a una ἀνάγκη, a unas leyes, abría un amplio camino hacia el conocimiento de la naturaleza cósmica y humana. A partir de entonces, los fenómenos ya no pueden atribuirse a un agente mítico, sino a un desarreglo de las normas del buen funcionamiento de los agentes naturales. La enfermedad dejaba de ser un castigo divino para convertirse en un desarreglo explicable por causas puramente naturales. “Φύσις, ha dicho Deichgräber⁸, dejaba de ser mágica y mítica para convertirse en algo general y comprensivo que alcanzaba lo individual y lo orgánico”. El médico será, pues, un ὑπηρέτης τῆς φύσιος. Ya nunca más volverá a ser un mago o un hechicero. Su misión consistirá en una observación minuciosa de lo humano y del medio ambiente en cuanto éste pueda influir en el hombre. En otras palabras, la medicina hará asimismo uso de la doctrina de las relaciones entre el macrocosmos y el microcosmos, también ella heredada de la filosofía del siglo v.

Para comprender la radical diferencia que separa el método hipocrático frente a la enfermedad y el que hemos convenido en llamar método de las culturas arcaicas, comparemos ambas actitudes. Entre los pueblos primitivos es normal que, cuando un hombre se encuentra enfermo, llame al sacerdote y le inquiera sobre las causas de su mal. El sacerdote aconseja al enfermo un

⁸ DEICHGRAEBER en pág. 102 de *Die Stellung des griechischen Arztes zur Natur*, en *Der listensinnige Trug des Gottes*, Gotinga, 1952, 83-107.

examen de conciencia hasta que llegue a descubrir contra qué dios ha podido el paciente pecar. Una vez descubierta la divinidad lesionada, no hay otro medio para la curación que orar a este dios. He aquí, en cambio, la actitud del médico hipocrático ilustrada mediante el primer capítulo del tratado *Sobre los aires, las aguas y los lugares*: “Quien desee aprender bien el arte médica deberá proceder de la forma siguiente. Ante todo, tener presentes las estaciones del año y sus efectos, pues no son todas iguales, sino que difieren radicalmente en cuanto a su esencia específica y en cuanto a sus transiciones. Además deberá observar los vientos calientes y fríos, empezando por los comunes a todos los hombres y siguiendo por los característicos de cada región. Deberá tener presentes asimismo los efectos de las diversas clases de aguas...” Y en el tratado *Sobre la enfermedad sagrada* leemos: “Por lo que se refiere a la enfermedad sagrada ocurre lo siguiente: no me parece ser en modo alguno más divina ni sagrada que las demás enfermedades, sino que, como las demás enfermedades, tiene una causa natural que la produce. Sólo que los hombres la consideraron como un acaecer divino porque estaban indefensos ante ella...” Y acto seguido, el autor de este tratado dirige una durísima requisitoria contra los partidarios de usar exorcismos y purificaciones para conseguir una curación que no se realice por medio del “arte”, término con que, en el *corpus* hipocrático, se conoce la Medicina.

Pero que subyace, por debajo de la gran aportación científica griega, un humus arcaico y que el médico hipocrático estuvo a punto de naufragar en medio de una superstición peligrosísima podemos comprenderlo si tenemos en cuenta que, por las mismas fechas en que estos trabajos médicos se componían, las curaciones mágicas estaban a la orden del día; y la creencia según la cual una peste es el envío del castigo divino por una transgresión ritual o moral aparece incluso en hombres del tipo de Sófocles, por ejemplo, en el *Edipo rey*. Tampoco conviene olvidar que los grandes astrónomos y científicos del tipo de Anaxágoras sufrieron persecuciones por pretender borrar de Atenas las absurdas creencias según las cuales el sol era algo más que un astro, intento que a aquél casi le costó la vida. La fuerza de lo que el profesor

Murray ha llamado el "conglomerado" era poderosa, tan poderosa que durante la época helenística y romana asistiremos a una resurrección de toda clase de supersticiones y supercherías sin que el espíritu científico griego consiguiera eliminar este escollo⁹.

II

Hasta aquí hemos intentado esbozar lo que cabría definir como los antecedentes culturales e históricos de la Medicina griega, como el humus especulativo en el cual se desarrolló, así como la posición de esta Medicina en el ambiente espiritual de su tiempo. Pero la Medicina griega no ha seguido un único camino; ni es una sola la escuela de la que han brotado estudios y obras médicas. Si por un lado disponemos del llamado *corpus* hipocrático, otras escuelas han realizado importantes aportaciones, como la alejandrina, la siciliana, la empírica y la escéptica. Nosotros, sin embargo, debemos limitarnos a la medicina griega que más fecundamente ha contribuido a la creación de una ciencia médica estricta, y ésa es la que hallamos contenida en el llamado *corpus* hipocrático. ¿Qué es ese *corpus*?

Se conoce con el nombre de *corpus Hippocraticum* o colección hipocrática una serie de tratados médicos, en número que varía entre sesenta y cien según las subdivisiones que se hagan en el interior del mismo, y que la tradición atribuye a una figura semi-legendaria llamada Hipócrates. Desde el punto de vista histórico-filológico, dos son los grandes problemas con que nos enfrentamos al tener que tratar de esta colección. Primero, el de la historicidad y actividad científica de Hipócrates; segundo, el carácter complejo de tal colección.

¿Quién fue Hipócrates? Como ha ocurrido en otros muchos casos, frente a la excesiva credulidad de los siglos pasados, la hipercrítica alemana ha reaccionado fuertemente, y así durante el

⁹ Cf. FESTUGIÈRE *L'astrologie et les sciences occultes*, tomo I de *La révélation d'Hermès Trismégiste*, París, 1944; NILSSON *Geschichte der griechischen Religion* II, Munich, 1950, *passim*.

siglo pasado se ha dejado sentir una marcada tendencia a rebajar la importancia de nuestra figura. Ante la dificultad de atribuir tal o cual obra o conjunto de obras al médico de Cos, se ha llegado a negar que Hipócrates dejara nada escrito, lo que es casi negar su aportación a la historia de la medicina. Tal es la tendencia, por ejemplo, de Edelstein, quien¹⁰ ha afirmado que es imposible establecer un lazo entre Hipócrates y la colección. Sin embargo, desde la primera mitad del siglo actual se observa una sana tendencia a atribuir ciertas obras al maestro: así los esfuerzos de Wellmann y Wilamowitz para asignar a Hipócrates *El pronóstico* y los libros I y III de *Las epidemias*; Pohlenz, en fin, ha intentado rastrear en la colección lo que cabe llamar auténticamente espíritu hipocrático, que coincidiría con el espíritu de la medicina occidental¹¹.

Datos, por otra parte, de autores más o menos contemporáneos no faltan, y a través de un análisis minucioso de los mismos (testimonios de Diocles de Caristo, de Ctesias, de Aristóteles, de Menón y Platón) podemos formarnos una idea bastante aproximada de esta figura, por lo menos en lo que atañe a la cronología (viviría en la segunda mitad del siglo v) y a sus rasgos espirituales (relación microcosmos/macrocósmos, dietética, etc.).

Si reflexionamos un poco acerca de lo que ha podido plantear la cuestión hipocrática (problematicidad de su autor en el *corpus*, etcétera) hallaremos, ante todo, una explicación en el carácter mixto de la misma. Ya Bourgey, y antes que él otros investigadores, ha señalado¹² este hecho: "Le *corpus* hippocratique représente, en effet, un véritable monde complexe et touffu, gardant toujours un peu, malgré les efforts répétés de la critique contemporaine, des aspects de forêt-vierge". Y Abel Rey¹³: "La colección hipocrática no es obra ni de un solo hombre ni de una sola escuela ni de una sola época". Intentar señalar la distinta cronología de

¹⁰ EDELSTEIN *Περὶ ἀέρων und die Sammlung der hippokratischen Schriften*, Berlín, 1931.

¹¹ POHLENZ *Hippokrates und die Begründung der wissenschaftlichen Medizin*, Berlín, 1938.

¹² BOURGEY *Observation et expérience dans les médecins de la Collection hippocratique*, París, 1953, 24.

¹³ REY *La madurez del pensamiento científico griego*, tr. esp., México, 1961, 282.

los diversos tratados, la atribución a diversas escuelas y a diversos autores ha sido la gran labor exegética que a lo largo del presente siglo ha dirigido los estudios hipocráticos. Creo que valdrá la pena esbozarlos brevemente.

Como acabamos de señalar, la crítica del siglo XIX no dejó de poner de relieve, frente a la creencia general anterior en una unidad de autor y de principios teóricos, que el *corpus* es una verdadera selva virgen. La filología positivista del pasado siglo se esforzó, en consecuencia, por conseguir una clasificación más o menos aceptable de los tratados, clasificación que, por ejemplo, como ocurre en Littré y en Friedrich, se basa más bien en la temática que en la metodología utilizada. Junto a esta clasificación proliferaron los estudios analíticos, y de un modo especial las monografías dedicadas a una sola obra. Con ello ciertamente se conseguía un conocimiento amplísimo de los problemas particulares que planteaba cada obra del *corpus*, pero se corría el peligro de perder la visión general, las innegables conexiones que unen entre sí varias obras de él. De entre los estudios analíticos a que me estoy refiriendo cabe citar los trabajos del ya nombrado Friedrich, que publica sus *Hippokratische Untersuchungen* en 1899; el estudio de Roscher sobre el tratado acerca del número siete, la monografía de Edelstein dedicada al *Περὶ ἀέρων*. Más modernos, los estudios de Regenbogen, Dittmar, Deichgräber, Diels, Festugière, Jones, Palm, Joly, Diller, etc.

Fue, en especial, gracias al programa que en 1928 trazara Temkin¹⁴ por lo que se empezó a abordar la colección hipocrática desde un ángulo sintético, intentando vislumbrar esta "conexión sistemática" que permite reconocer los lazos que unen los tratados más dispares y que permite establecer grupos más o menos homogéneos. Tal ha sido el camino seguido, en su magistral estudio¹⁵, por el profesor Louis Bourgey, que ha aislado tres grandes grupos en el seno del *corpus*, grupos cuya existencia, por otra parte, puede demostrarse con otros métodos: el grupo que cabría definir como "médicos teóricos" o filósofos, los médicos "empíricos" y la escuela

¹⁴ TEMKIN *Der systematische Zusammenhang im Corpus Hippocraticum*, en *Kyklos* I 1928, 9 ss.

¹⁵ Cf. n. 12.

positiva. Si en el primer grupo entran una serie de tratados médicos de orientación más bien especulativa, entre los que cabe citar los autores de textos como *Sobre las carnes* (Περὶ σαρκῶν), *Sobre el feto de siete meses* (Περὶ ἑπταμήνου), *Sobre la semana* (Περὶ ἑβδομάδων) y *Sobre el régimen* (Περὶ διαίτης), cuyo rasgo más típico es un apriorismo general, los otros dos grupos hay que identificarlos como los representantes de la escuela cniidia y la escuela de Cos, respectivamente. En el conjunto del *corpus*, en efecto, es posible identificar un grupo de tratados médicos cuyo rasgo fundamental es un empirismo a ultranza que rehuye toda síntesis y toda especulación por elemental que sea. Caen dentro de este grupo obras como *Sobre las afecciones internas* (Περὶ τῶν ἐντὸς παθῶν), los libros I y II de *Las enfermedades de las mujeres* (Γυναικεία), *Sobre la generación* (Περὶ γονῆς), *Sobre la naturaleza de la mujer* (Περὶ γυναικεῖης φύσιος), así como el libro II del *Sobre las enfermedades* (Περὶ νούσων).

El tercer grupo de tratados médicos señalado por Bourgey debe identificarse con lo más puro de la aportación hipocrática. En él, para decirlo con el citado autor, "le souci de l'expérience s'y accompagne d'un égal souci de la raison" (pág. 193). Forman parte de este importante grupo obras como *Sobre la medicina antigua* (Περὶ ἀρχαίας ἰητρικῆς), que es una apología del arte médica de tendencia antifilosófica, un arte que proclama su independencia con respecto a las especulaciones metafísicas: *El régimen en las dolencias agudas* (Περὶ διαίτης ὀξείων); el escrito, atribuido por Deichgräber a Pólipo, yerno de Hipócrates, *Sobre la naturaleza del hombre* (Περὶ φύσιος ἀνθρώπου), donde la doctrina humoral es esbozada con gran lujo de detalles; el bello tratado *Sobre los aires, aguas y lugares* (Περὶ ἀέρων ὀδῶν τόπων), que es un ambicioso intento por señalar el influjo del medio ambiente no sólo en lo somático, sino en lo psíquico del hombre; el importantísimo tratado *El pronóstico* (Προγνωστικόν), los libros I y III de *Las epidemias* (Ἐπιδημιαί), los *Aforismos* (Ἀφορισμοί), *Sobre las articulaciones* (Περὶ ἄρθρων ἐμβολῆς), *Sobre las heridas en la cabeza* (Περὶ τῶν ἐν κεφαλῇ τραυμάτων), etc. El tratado *Sobre la enfermedad sagrada* (Περὶ ἱερῆς νούσου) es de difícil

atribución según Bourgey, pero sin duda se halla muy cerca del grupo hipocrático.

III

La medicina hipocrática ha conocido bastantes "renacimientos". O, en otras palabras, la Medicina ha realizado varias "vueltas" a Hipócrates. La primera fue la que inició Galeno en plena época imperial romana, mediante un comentario a fondo de buena parte del *corpus*. Una segunda vuelta se produce durante el Renacimiento, cuando el entusiasmo por la Antigüedad cristaliza en las ediciones del *corpus* (la *princeps* aparece en 1526 en Venecia); durante el siglo XIX, el movimiento hipocrático da sus primeros frutos con la grande y monumental edición de Littré. Finalmente, el siglo XX ha conocido el movimiento neohipocrático. Este movimiento es, ciertamente, más una vuelta al espíritu que un intento por asimilar las aportaciones hipocráticas. Su espíritu podría resumirse en la frase gráfica de Joly: "Les philologues les plus prudents s'extasient volontiers sur l'esprit hippocratique". Pero no son sólo los filólogos. Un somero repaso a los grandes historiadores de la Medicina (May, Petrequin, Phurnaropulos, Phocas, Bariety-Coury, Castiglioni, Perazzu, Lichtenhaeler) nos permite hallar entre los médicos una parecida actitud. Si un filólogo como Pohlenz ha podido escribir¹⁶ un libro titulado *Hippokrates und die Begründung der wissenschaftlichen Medizin*, un historiador de la Medicina como Lichtenhaeler ha observado que método hipocrático y método experimental son complementarios y ha proclamado que el único remedio de la crisis de la medicina es una vuelta a Hipócrates. Es el lema "zurück zu Hippokrates". Ciertamente, los más prudentes tratadistas no caen en las exageraciones que siempre amenazan a toda consideración apasionada. Libros como *Le secret d'Hippocrate* del Dr. Kanatsulis son ciertamente peligrosos por lo que hay de mitificación de una figura que los filólogos se han esforzado en devolver a la Historia.

¹⁶ Cf. n. 11.

A grandes rasgos, pues, cabe afirmar que hoy en día se aprecia con un sentido crítico la gran aportación hipocrática y se valora el carácter precursor de muchas ideas de Hipócrates. El profesor Martiny¹⁷ ha señalado, con evidente exageración ciertamente, cómo Freud y Jung y el mismo Bachelard están casi anunciados en el *corpus*.

Contra esta tendencia general valorativa, que tiende a ver en lo hipocrático un verdadero pórtico de la ciencia moderna, ha reaccionado muy recientemente Joly en su libro *Le niveau de la science hippocratique*. De la mano de Bachelard (en su libro *La formation de l'esprit scientifique*, de 1938) se esfuerza Joly por señalar el carácter ciertamente racional de la medicina hipocrática, pero no sin poner de relieve que es tan sólo "precientífica" y que un verdadero abismo separa de la auténtica ciencia moderna el espíritu todavía apriorístico de Hipócrates: "Il est clair; selon nous —dice Joly—, qu'une médecine qui a rompu avec la magie et l'explication religieuse n'est pas encore scientifique". Y prosigue: "El médico griego quiere atenerse a la observación estricta, cree atenerse a ella, pero a menudo lo que hace en realidad es proyectar sobre los hechos observados elementos *a priori* inconscientes que los disfrazan". La reacción de Joly puede calificarse de sana si tenemos en cuenta ciertas tendencias excesivamente triunfalistas y carentes de sentido crítico a la hora de juzgar las aportaciones hipocráticas. Pero en el fondo, creemos que, como toda reacción, la de Joly es exagerada. Tarea de los estudios modernos sobre Hipócrates habrá de ser la realización de un análisis profundo del método hipocrático procurando ver claramente hasta dónde es realmente científico.

JOSÉ ALSINA

¹⁷ MARTINY *Hippocrate et la médecine*, París, 1964.

ULRICH VON WILAMOWITZ-MOELLENDORFF Y LA FILOLOGÍA CLÁSICA DE SU TIEMPO

El 1848 es un año terrible, de sangre y barricadas, de ira y pavor. Los hombres luchan y gritan; las ideas se abren paso avasalladoramente en un silencioso, infatigable alud de tinta fresca. El bronco viento huracanado del liberalismo se ha llevado por delante, como vanos residuos de medio siglo autocrático, el paraguas burgués de Luis Felipe, la peluca empolvada de Metternich, las alegres enaguas de Lola Montes; el espadón de Loja y el último de los Fernandos napolitanos se defienden como pueden en sus reductos meridionales; Federico Guillermo IV vacila entre la bella tentación de hegemonía prusiana en una Alemania liberalizada, al modo en que concibe el porvenir Leopold von Ranke, y su santo horror a la bestia negra revolucionaria que viene de Francia. El rey tiembla ante el irrespetuoso regocijo que rodea al nuevo y demoledor *Kladderadatsch* en las cervecerías munitiquesas y no ignora que en los primeros meses del año ha aparecido un folleto oscuro y feo, pero memorable: el *Kommunistisches Manifest* redactado por Friedrich Engels, un joven entusiasta de buena familia, y un extravagante judío renano que anda entrando y saliendo de Alemania y que se llama algo así como Karl Marx.

El año termina con el nacimiento, el 22 de diciembre, de Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff. Abramos, pues, por esta página nuestro libro de estampas. Fugaces visiones, débiles daguerrotipos olorosos a viejos tiempos felices. No podemos detenernos apenas en las sucesivas escenas. Será como un vertiginoso calidoscopio

que, por superposición de imágenes, irá fijando la figura ingente de un gran científico que fue también un gran hombre.

He aquí —estos primeros párrafos tienen que llevar inevitablemente como fondo un sonoro y prusiano redoble militar— al “Generalfeldmarschall” Wichard Joachim Heinrich von Moellendorff, nacido en 1724, muerto en 1816. Héroe de la guerra de los Siete Años, vencedor de los austríacos en la batalla de Leuthen. Colaborador y amigo íntimo de Federico II. “Die Stimmung... bei uns —dirá Wilamowitz recordando su niñez— war... preussisch, genauer fritzisch”. Siempre a mano la escopeta de las largas caminatas ascéticas; en el establo, caballos de raza para el paseo vespertino; sobre el piano, el retrato orlado de la real pareja; al zar de Rusia no se le puede llamar “der Kaiser”, sino “Nikolaus”, porque emperador a quien se deban servicio y vida no hay más que uno; y en la escuela, lengua francesa a todo pasto, y precisamente Voltaire, y más precisamente la *Henriade*, para llenarse la boca con aquello de

*je chante le héros qui regna sur la France
et par le droit de guerre et par ce de naissance.*

Y, de vez en cuando, un hijo que se va, vestido de húsar o de granadero, para perderse sin remisión en el estrépito de la guerra incesante.

El viejo Moellendorff, en cuyo ilustre recuerdo llevarían como nombre de pila el de Wichard todos los primogénitos de la familia, no tuvo tiempo, entre tanto azar y tanta campaña, de casarse como es debido. Tuvo, pues, que adoptar y nombrar heredero a un sobrino segundo, hijo de una hija de su hermana, el capitán Wilhelm von Bonin, que pasó a llamarse von Bonin-Moellendorff y murió heroicamente en 1813, en la batalla de Hagelsberg. Esto vino a trastornar terriblemente los planes del viejísimo mariscal, que a los ochenta y nueve años tuvo que decidirse *in extremis* por perpetuar su nombre y su fortuna en un yerno de su sobrina, el teniente Daniel Theodor von Wilamowitz, de modesto linaje lituano, que, como en un ejemplar cuento de hadas, había conseguido, gracias a su valentía, pundonor y honradez, los encantos de la

hermosa Ernestina Enriqueta, hija nada menos que del teniente general von Bonin, del más rancio abolengo prusiano. Ahora el joven Wilamowitz, que ostentaba orgullosamente el "pour le mérite" ganado en Eylau, llegaba a la cumbre de sus bienandanzas. Y tuvieron, claro está, muchos hijos. Uno de ellos, Hugo Erdmann Friedrich Wilhelm von Wilamowitz-Moellendorff —pues tal vino a ser el apellido compuesto de la familia—, vivía materialmente, según dicen, con los griegos y los romanos, en cuya lectura se abstraía día y noche. Hombre de buen gusto y buenas relaciones, recibió el mayorazgo y dominio de Gadow en el Priegnitz, al NO. de Berlín, y obtuvo de S. M. Imperial el condado de Wilamowitz-Moellendorff en vida ya de nuestro futuro filólogo.

El sistema de los mayorazgos resulta duro para los segundones. Las cosas no marcharon ya tan bien para Arnold, el padre de nuestro Ulrich. Prusia decaía sensiblemente bajo la conducción menos certera de los tres sucesivos Federicos Guillemos. El ejército ya no ofrecía tampoco las mismas perspectivas brillantes —ascensos, títulos, condecoraciones, gloriosas heridas— que en los buenos tiempos de antaño. Arnold no tenía, por otra parte, vocación militar, ni se sentía tentado por la industria o la burocracia. Hombre de costumbres sanas y simples, amaba el campo y la vida rural. Y, si en las superpobladas Alemania central y meridional no cabía ya un solo agricultor más, siempre quedaba la emigración. El "Drang nach Osten" había puesto a Prusia en posesión de inmensos territorios con ocasión de los sucesivos repartos de Polonia; y las tierras allí situadas admitían aún muchas posibilidades de aprovechamiento y mejora. El joven Wilamowitz compró, pues, en 1836 el dominio cuyavo de Markowitz, en la Posnania; casó tres años después con Ulrike von Calbo, procedente también del Priegnitz, que había perdido siete miembros de su familia en la batalla de Kunersdorf; y se trasladó con ella en audaz caravana que, según el propio hijo del nuevo colono, no debía de diferir mucho, en cuanto a velocidad, impedimenta y comodidades, de las que por entonces surcaban los llanos de América en dirección a la dorada California.

Las preciosas *Erinnerungen* de Wilamowitz, publicadas en 1928, nos describen muy bien la tierra cuyava donde nació Ulrich en

azarosa noche en que su madre, a causa de los disturbios que también a Polonia sacudían en el 48, tuvo que prescindir de los más elementales auxilios. Una interminable y gris llanura. Suelo arcilloso y ralo. Matorrales, dunas, charcos pantanosos. "Yo no había visto jamás —dice— arroyos y fuentes como los que aparecen en los cuentos". En invierno, el blanco agrisado de la nieve semiperpetua; en verano, el destello cegador de las salinas. Al sur, el tétrico lago de Goplo, ensanchamiento del río Netze, y en seguida la estepa (todavía recordaba Wilamowitz haber visto a los ocho años el último lobo cuyavo en el zoo de Berlín) y los cosacos de guardia en la frontera rusa. Los continuos cambios de límites no resolvieron nunca los problemas étnicos, políticos y religiosos que atormentaban y atormentan a aquellas tierras fronterizas. Difícil convivencia de alemanes, polacos y judíos. Wilamowitz, naturalmente, arrima el ascua a su sardina, como miembro de la orgullosa "élite" colonizadora, poniendo de relieve el atraso en que los rudos polacos tenían la región y la relativa prosperidad agraria a que el trabajo tenaz de los alemanes la llevó luego; la tolerancia de que ambos pueblos dieron muestras durante el casi siglo y medio de coexistencia; las enormes discrepancias entre las condiciones de vida de las Polonias germánica y rusa; la ligereza con que los nefastos "Novembermänner" habían abandonado, después de la primera Gran Guerra, territorios tan queridos para Alemania, etc. Todos estos argumentos podrán ser materia discutible, pero no extrañan en boca de un patriota prusiano de pura cepa como Wilamowitz; y, en cambio, ni la persona más envenenada por prejuicios nacionalistas dejaría de admirar la nobleza y elevación de sentimientos con que este enamorado de su tierra natal, en que hasta las nubes y las estrellas le hablaban de serena y platónica religiosidad, respeta a Polonia como una gran nación venida a menos, niega expresamente la presencia del menor complejo antisemítico en su familia y se muestra orgulloso de haberse inscrito como *Cuiavus* en el título de su disertación para que todos supieran "dass ich mich als deutscher Kujawiak mit meinen polnischen Landleuten durch die Geburt, durch die Natur, also durch die gemeinsamen heimischen Götter verbunden fühlte, die uns alle genährt haben".

Y así crece el niño Ulrich, serio y solitario. "Ich bin ganz ohne Gespielen aufgewachsen". Con sus hermanos, más inquietos y juguetones, no congenia demasiado; falta en la casa la compañía y la ternura de una hermana. El campo y el jardín más bien silvestre; alguna fugaz escapada a las tierras de labor; los hombres de nieve y el trineo en las soleadas mañanas de invierno; visitas a la tía Emma, que conoció a Goethe en Roma y pasa el invierno en Niza y tiene que cubrir de púdicas gasas las desnudeces de la copia de la Psique de Capua cuando llegan los píos parientes. Grimm y Andersen; la recién descubierta maravilla de Shakespeare; el Homero de Voss, leído y releído antes aún de asomarse al alfabeto griego, con aquellos bellos, fríos hexámetros

*(Ihm antwortete drauf der Herrscher des Volks Agamemnon...
...jetzo gebot beifallend das sämtliche Heer der Achaier...)*

que sonaban rítmicos y solemnes en la noche nórdica; el exhaustivo latín de un pedante seminarista que alternaba las recitaciones de Horacio con inacabables listas de nombres de peces o árboles; y, finalmente, el colegio de Pforte, la *porta Coeli* queridísima que iba a abrirse a un mundo nuevo para el muchacho ansioso de saber.

La "Landesschule" de Pforte, situada en los confines mismos de Sajonia y Turingia, a mitad de camino aproximadamente entre Leipzig y Weimar, llevaba tres siglos de gloriosa existencia en los edificios de un antiguo convento cisterciense. Su *curriculum* era característico de ese delicioso tipo de recias "Fürstenschulen" en que educaron el XVIII y XIX a lo mejor de la aristocracia y alta burguesía norteuropas. Austeridad y trabajo, madrugones y tiriteras, tedio y aislamiento entre los muros de un jardín. Comodidades mínimas y horario máximo. Alemán y francés; algo de italiano, con la aburridísima *Gerusalemme liberata* como plato fuerte; muchas matemáticas, mucha filosofía, bastante griego y, sobre todo, latín, un latín abrumador y minucioso. La escuela tiene a especial gala el enseñar a sus educandos a escribir en prosa como Cicerón y en verso como Ovidio. Los peor dotados sudan lo indecible sobre su trabajoso *pensum* lleno de faltas y ripios; pero

para los humanistas natos como Wilamowitz no hay problema alguno. El latín fluye sin esfuerzo de su cálamo elegante. Siempre se acordará con gratitud el filólogo de aquellos quizá no geniales, pero severos y exigentes maestros que le dotaron del más fino instrumento de educación humanística. El recuerdo permanecerá indeleble a lo largo de toda su vida: en 1870, cuando dedica a Carl Peter, su antiguo director, la reglamentaria disertación berlinesa; en 1889, profesor prestigioso ya de Göttingen, con el agradecido *Almae matri Portae* que encabeza su primer libro importante; en 1928, al lamentarse con pena de que ya la propia Alemania weimariana está descuidando en su enseñanza la composición latina, no abandonada en Inglaterra ni en Holanda y que en Italia ha producido poetas primorosos como Pascoli y el papa León XIII.

Cuando Wilamowitz llegó a Pforte, a Federico Nietzsche le quedaban sólo dos años de estancia en la escuela. En 1864, el futuro profesor de Basilea contempla el mundo con ojos iluminados desde la universidad de Bonn. El balance presenta, sí, aspectos positivos, pero también trae consigo una carga de deficiencias que el nuevo universitario tendrá que compensar él solo. "Hier wurde ich mit Erstaunen gewahr, wie gut unterrichtet und doch wie schlecht erzogen so ein Fürstenschüler auf die Universität kommt... aus Büchern und Überlieferungen glaubt er das Leben zu kennen, und doch kommt ihm jetzt alles so fremdartig und unangenehm vor..."

Nietzsche lo está pasando mal en la alegre Bonn de la bella vida estudiantil. Teme parecer un solemne "Kauz", un pueblerino y aburrido mochuelo como la mayor parte de los "Pförtner" de su curso, y para evitar esa humillación ejerce con saña una veta satírica realmente inspirada. Pero todo es pura máscara, jactancias pueriles de un muchacho desorientado: "...ich oft nicht glücklich bin, zu viel Launen habe und gern ein wenig Quälgeist bin, nicht nur für mich selbst, sondern auch für andere..."

Efectivamente, había otro mundo tras las recoletas tapias del colegio rural. Un mundo en que las cosas no estaban tan fáciles, tan claras, tan reglamentadas. Al universitario incipiente, entonces como ahora, se le abre de pronto y en tropel un fabuloso y colo-

reado cosmos de luchas y problemas, nuevos amigos y nuevos maestros, lecturas y músicas tentadoras, la primera mujer y —¿por qué no?— la primera juega. Y nadie, nadie sino uno mismo para tomar el pulso a la vida, para mantener firme el norte de la propia existencia. El estudiante, jovencísimo y solo en el modesto cuarto de su pensión, de cara a un *mare incognitum* lleno de posibles o reales monstruos.

Los padres de Wilamowitz tiemblan ante aquella novedad en la familia. Un hijo que no quiere ser militar, ni granjero, ni funcionario. Un muchacho original, que pretende estudiar griego y latín, materias de dificultad enorme y utilidad discutible, y que, en vez de seguir el familiar ejemplo de sus hermanos, que volverán de Heidelberg, dispuestos a sentar la cabeza, tal vez con un honroso tajo en la mejilla y en todo caso con el recuerdo sonriente de los años de juvenil bohemia, se propone marchar a la lejana Bonn, adonde siempre se ha pensado que tiene forzosamente que ir quien quiera hacer algo en Filología clásica.

Pero, en fin, así hay que aceptarlo, aunque sea de mala gana. Y he aquí a Wilamowitz un tanto ensordecido por aquellos renanos tan bullangueros, tan sociables, tan católicos, tan distintos en todo de los prusianos y sajones entre quienes habían transcurrido los primeros dieciocho años de su vida. ¿Solución al leve malestar? El estudio: un estudio absorbente, tenacísimo, voraz. El programa de los cursos universitarios se le ofrece como un “menú” cargado de apetecibles delicias. Hay que estudiar sánscrito, que es apasionante; y su poco de árabe, y algo de hebreo; y “Mittelhochdeutsch” para leer a Godofredo de Estrasburgo, tan difícil; y español, porque el profesor es nada menos que el viejo Diez, el patriarca de la Filología románica, y están leyendo *El príncipe constante*, y es un encanto ver al maestro dando pacientes y complicadas instrucciones para pronunciar la zeta... Y, desde luego, el griego y el latín, que para eso hemos venido. Pero con mala suerte. No se podía contar, desde luego, con oír al gran Welcker, totalmente retirado y ciego, a cuyo entierro asiste el estudiante pocos meses después de su llegada a Bonn; pero es que también se acaba de marchar a Leipzig el no menos grande Ritschl, ¡qué lástima!, porque Otto Jahn y él estaban a matar, con uno de esos

odios interclaustrales tan típicos. Para desagraviarle han publicado unas *Symbola in honorem Ritschellii*; algo nuevo, una colección de artículos de sus amigos. La idea es curiosa. A lo mejor esto cunde y a cada sabio le dedican la suya. En fin, el caso es que Ritschl se ha ido. Hay quien afirma que éste es el fin de la escuela filológica de Bonn; pero otros opinan lo contrario. Ritschl fue precursor de muchas cosas, pero ahora estaba ya un poco pasado. Viene a clase —dicen— trayendo en la cartera sus amarillentos trabajos de antaño; Jahn, en cambio, lee pruebas de los artículos que tiene en prensa. Es un hombre maravilloso: ¡ese arte para enlazar indisolublemente Literatura y Arqueología! ¡Esas lecciones de Historia de la Filología, tan eruditas y, sin embargo, tan vivaces! Además, ahí están los propios discípulos de Ritschl: Hermann Usener, que llegó el año pasado, y Bücheler, que está en Greifswald, pero que probablemente va a venir en seguida. Usener es un tipo singular. Su especialidad es la crítica textual; pero alguien ha dicho mordazmente de él que “los dioses le han negado el don de la probabilidad”. Conjeturas y conjeturas, siempre plausibles, pero nunca luminosas, de esas que conquistan desde el primer momento. Y una verdadera y excesiva tendencia a la hipercrítica. En ello era un auténtico hijo de lo que pudiéramos llamar Filología prewilamowitziana. Sus burlones alumnos renanos se decían riendo que para poner contento al viejo había que condenar en cada clase por lo menos dos o tres versos de Eurípides...

Durante las vacaciones del 1869, Wilamowitz recibió la noticia de que Otto Jahn, prematuramente agotado por una vida infeliz, había muerto. Inmediatamente, su alumno escribió un sentido epicedio latino (que terminó, por cierto, en la papelería de la redacción de un periódico) y empezó a pensar seriamente en la posibilidad de trasladarse a Berlín. Usener no le era simpático, y es probable que la aversión, como suele ocurrir en tales casos, fuera recíproca. El ambiente clásico de Bonn, una vez superado el período inicial de deslumbramiento con todo y con todos, perdía mucho al morir el gran arqueólogo. Quedaban, sí, dos grandes amigos, destacadísimos filólogos más tarde, Carl Robert y Hermann Diels; pero Berlín, además de estar más cerca de la patria cuyava, ofrecía

posibilidades infinitas en punto a bibliotecas y museos, conciertos y teatros, estudio y vida de relación intelectual. Quedaron, pues, ultimados unos pequeños trámites y, a principios del curso siguiente, ya tenemos a Wilamowitz en Berlín. Ha superado la crisis mejor que el psicópata Nietzsche. Está ya plenamente enfocado hacia un porvenir espléndido.

Mas pronto comienzan las decepciones. Berlín no es la pacífica y provinciana Bonn. Allí todos tienen prisa, todos piensan en cosas un tanto extrañas para el joven inexperto. En casa de algunos aristocráticos amigos, funcionarios palatinos, se siente incómodo. Hablan mucho de política. Bismarck está en un gran momento de su carrera. Austria ha sido derrotada, el "Norddeutsche Bund" es una realidad, Napoleón ha quedado ridículamente mortificado ante el fracaso de la anexión de Luxemburgo. Vacante el trono de España, empieza a correr ya la candidatura del príncipe Leopoldo. En estas circunstancias, la universidad y sus problemas pesan muy poco. Pero, además, Wilamowitz ha vuelto a estar desafortunado, como en Bonn. De los grandes profesores con los que proyectó estudiar, uno acaba de morir, otro está enfermo. El insigne Mommsen, a la caza siempre de inscripciones, anda constantemente de viaje. Ernst Curtius, el glorioso excavador de Olimpia, adopta en clase un tono de lírico entusiasmo muy poco convincente para espíritu tan sobrio y objetivo. Moritz Haupt es un notable epígono de Karl Lachmann, prematuramente muerto en la cátedra berlinesa. *Emendatio* a troche y moche, arbitraria división en "Lieder" del texto homérico, manía del doblete y la interpolación. Y lo mismo Kirchhoff, feroz descuartizador de las *Enéadas* de Plotino; hombre que vendía sus libros cuando dejaban de serle momentáneamente útiles y no sentía empacho en confesar que Píndaro no le gustaba lo más mínimo. Por fortuna hay clases que compensan más, como las de Hermann Bonitz, que, de pie, apoyado indolentemente el codo en la mesa y sin guión ni libros, divaga sin perderse jamás por las intrincadas y poco amenas selvas aristotélicas del τὸ ὄν y el τὸ εἶναι y el τὸ τί ἦν εἶναι.

El caso es que Wilamowitz tiene prisa ya por terminar. El final de su carrera es una lucha contra el loco reloj de la guerra inminente. Los exámenes del Doctorado se celebran el 14 de julio

de 1870. El graduando siente la impresión de que no le hacen mucho caso. Todo el mundo sabe que es un alumno genial y, además, ¿cómo tomar nada en serio por los días del telegrama de Ems? Uno de los jueces escandaliza al estudiante diciendo al principio de su informe: "Por lo poco que he podido leer de la disertación..." Otro le señala gravemente una omega escrita por error en vez de la ómicron. Un tercero corta sonriente la prueba oral sobre Lucrecio: "Bueno, como esto V. y yo lo entendemos, pero ninguno de los dos somos capaces de traducirlo..."

Wilamowitz recibe el grado de doctor *summa cum laude*. Ya era tiempo. Cinco días más tarde, Francia declara la guerra a Prusia. Cuartel e instrucción agotadora, patriotismo y excitación. En los escasos momentos libres, corrección de pruebas de la tesis. Por fin se consigue que ésta aparezca antes de la marcha. Es la primera publicación de Wilamowitz, aunque en su bibliografía figure antes de ella una conmovedora obra inédita, la versión de la *Alcestis* dedicada en 1868 al hermano mayor, Hugo, con ocasión de sus nupcias. La disertación se llama *Observationes criticae in comoediam graecam selectae*. Es una miscelánea de minucias al modo de la época.

El 30 de agosto comienza el largo viaje en tren hacia la frontera; el 19 de septiembre, la maravilla de París aparece envuelta en los iris de un bello atardecer. No hay ocasión ya para combatir. Muchas novedades, sí, para un joven que no había salido nunca de Alemania: la ruda "bonhomie" del francés humilde ("ça n'a pas travaillé, ça", le decía un obrero tomándole la delicada, señorial mano de "Junker"); la suciedad de los alojamientos, insoportable para un pulcro hombre del Norte; la delicia gastronómica del "lapin aux navets"; la simpática facilidad con que las madres dejaban a las hijas ¡con un solo soldado alemán!; las atrocidades de la "commune", frente a cuyos desmanes se permanece glacialmente neutral. La familia se emocionaba ante los vivaces relatos del hijo militar: "Schlusstableau mit bengalischer Beleuchtung... Paris brennt..."

Es dulce el regreso al hogar. Berlín nuevamente. Ahora, alcanzado el grado universitario, cumplidos los deberes patrióticos, es el momento de los juveniles "Wanderjahre". Hay que madurar

física e intelectualmente. Hay que calentar el alma al tibio sol del país mágico "wo die Zitronen blühen". Hay que asomarse a Delfos y a Olimpia, al riente Epidauro y a Esparta la desolada. Pero, mientras tanto, bueno es reencontrarse en Berlín con Carl Robert, el amigo íntimo de los años mozos de Bonn. Ni en la mesa de Wilamowitz falta el oloroso pato polaco con salchichas, notable prodigio en las carestías de la postguerra, ni en su biblioteca el sobado Demóstenes leído en común y con fruición hasta las luces del alba. También Robert supo luego conciliar los temas de Filología pura —la *Iliada*, Edipo— con aquellos que permitieran el fértil maridaje, tan caro a la escuela de Jahn, entre Arqueología y Literatura: Pausanias, la "mise en scène" de Menandro o de los *Ikneutas* aparecidos en el sensacional papiro... Igualmente anda por allí Hermann Diels, de la misma edad de Wilamowitz, que desde 1886 va a precederle en la Facultad de Berlín. Insuperable estudioso de la Historia de la Filosofía, fue siempre amigo entrañable y necesario contrapunto de Wilamowitz, menos dotado para estos temas. Fue, en suma... el autor del Diels, y ya todos me entienden sin más. Y no menos conocido nos resulta el tercer miembro de esta brillante constelación de amigos, Georg Kaibel, epigrafista, filólogo y músico, futuro colaborador en la edición de aquel otro papiro famoso de la aristotélica *Constitución de Atenas*; su sucesor en Greifswald y Göttingen, tuvo el honor de ser recordado en conmovedoras palabras por una oración fúnebre muy hermosa de su acongojado colega.

El nombre de éste empieza a sonar mucho. Alguien ha hablado de él nada menos que a Theodor Mommsen. Éste piensa en el muchacho —idea bastante absurda— para un nuevo puesto que se proyecta crear, una especie de mensajero de buena voluntad agregado a la embajada en París, porque los franceses, escocidos por la derrota, no muestran interés en el intercambio científico. Almuerzos, conversaciones, idas y venidas; al fin, el plan se abandona, pero Mommsen ha quedado encantado ante su nuevo y joven amigo.

Entre tanto, las querellas de Bonn siguen dejando rastro. Nietzsche, que adoraba a Ritschl con todo el fuego de que su temperamento era capaz, no dudó en seguirle a su nueva cátedra. Con

pena, sí, y con inquietud; sintiendo el corazón apretado por la nostalgia del fugitivo o del apátrida cuando vio hundirse en la noche otoñal las pálidas luces de Bonn desde la cubierta del barco. Pero pronto iban a adquirir nuevo brillo hombres y cosas. Leipzig había de ser para Nietzsche la encrucijada intelectual en que tres personas se iban a disputar durante años el dominio de su alma agónica.

En 1865, el gran maestro, halagüeña e increíblemente, reconoce al antiguo discípulo entre el público numeroso de su primera lección: "Ei, da ist ja auch Herr Nietzsche!" El así saludado se crece y entusiasma. Ritschl va a ser para él padre y mentor, pero también censor y freno: "eine Art wissenschaftliches Gewissen". En tanto, Wilamowitz sigue desde lejos y con recelo los progresos de su antiguo compañero de Pforte, a quien nunca admiró. Nietzsche presenta al profesor un trabajo primerizo sobre la colección de Teognis; el maestro lo manda en seguida al *Rheinisches Museum*. A Wilamowitz el artículo le parece flojo; pero el propio Usener está muy contento. La parcialidad de Ritschl para con su amigo se va haciendo un tanto escandalosa. Un día le pregunta misteriosamente: "¿A V. le interesaría preparar algo sobre las fuentes de Diógenes Laercio?" Pocas semanas más tarde, anuncio con el tema del concurso para el premio anual de la universidad: *De fontibus Diogenis Laertii*. Y así sucesivamente. En 1869, Ritschl ofrece a Nietzsche, con sus veinticinco años apenas cumplidos, un puesto de profesor extraordinario en la universidad y Pädagogium de Basilea con 3.000 francos anuales. Wilamowitz, que está ya molestísimo porque Nietzsche ha cedido a la fácil tentación de agradar a Ritschl con ataques al pobre Jahn, tan enfermo y vencido, clama indignado: "¡Nepotismus!" En fin, es un colega y un antiguo amigo. Ha terminado la guerra y el antiguo "Pfortner" convalece de una grave enfermedad en su refugio de Naumburg. Wilamowitz vence su antipatía y le visita. Pero la tirantez no decrece.

Una curiosa carta de Nietzsche nos describe perfectamente la esporádica euforia de su humor patológico al contar cómo, el día en que Ritschl le dio la buena nueva de su llamada a Basilea, los helados parques de Leipzig resonaron con las briosas melodías

de un hombre feliz. La carta está dirigida a Erwin Rohde, cuyo nombre es inútil buscar en el índice de la *Geschichte der Philologie* de Wilamowitz. Es lástima que nuestro sabio haya cometido esta pequeña cicatería. Rohde merecía eso y mucho más. Todos conocemos su *Psyche*, esa inmortal guía por los recónditos entresijos de la religiosidad helénica; no menos fundamental es *Der griechische Roman*, que tanta luz dio y da sobre un género del que hasta entonces bien poco se sabía. Su amistad con Nietzsche fue fraternal. El epistolario entre ambos, duradero y bellissimo, se remonta a veces hasta sublimes paroxismos de vibración semimística. No era culpa del filósofo el tener su alma sempiternamente sumida en una especie de éxtasis lírico-estético que desenfocaba los sutiles matices de la Filología menuda. Rohde, más profundo y equilibrado, se esforzaba por sustraerse a la vorágine de la genialidad nietzscheana, pero no siempre lo lograba. Especialmente en el campo de la música. Porque ¡ah! Se me olvidó precisar qué es lo que cantaba Nietzsche en aquella loca tarde del enero sajón. ¿Qué iba a ser? ¡*Tannhäuser*, naturalmente! ¡Y Wilamowitz que palidecía conmovido ante la gracia delicada de Mozart!

Imagínese la emoción de Nietzsche cuando, dos meses antes, recibió la tarjeta de un amigo: "Si quieres conocer a Richard Wagner, ven hacia las cuatro menos cuarto al 'Café Théâtre'". La tarde fue memorable. Las cartas de aquel invierno son delirantes. "Darum begrüße auch ich mit Jauchzen den neuerkannten Göttersohn... ein bezaubernd liebenswürdiger Mensch... Die Nähe Wagners ist mein Trost..." Y a continuación entra en juego Cosima, con su encanto arrebatador y su misticismo encendido; y luego el propio Wagner, que le pide ayuda para un nuevo Renacimiento en que Platón abraza a Homero y Homero, lleno de las ideas platónicas, vuelva a ser el viejo Homero hoy profanado... y al fin aparece aquel delicioso engendro que se llamó en su versión primera *Die Geburt der Tragödie aus dem Geiste der Musik*.

Delicioso, porque Nietzsche es un gran escritor que arrastra y seduce con su pluma impregnada de fogosidad y cándido arrobo; engendro, porque el autor cubiletea con hechos, hipótesis y fantasías para lograr su fin preconcebido: la contraposición de una

tragedia dionisíaca, irracional, enraizada en los instintos del alma primitiva, sumida en nieblas y murmullos wagnerianos, con un mundo optimista, racionalista, moral que, presidido por Sócrates y Platón, representa el estadio decadente de una raza que declina hacia las aberraciones paralelas del cristianismo y el hegelianismo. Todo, en suma, bien conocido para un hombre del siglo XX que ha visto morir el brillante cosmos nietzscheano, como en una apoteosis que sólo el pentagrama mágico del maestro de Bayreuth habría podido realmente orquestrar, entre los escombros de la "Reichskanzlei"; pero nuevo e indignante para el espíritu puro, devoto, cartesiano de un joven filólogo que cree ciegamente en su menester y en sus ideales.

Por lo demás, la acogida de la nueva obra en el mundo clásico fue pésima. El propio Ritschl se sintió herido y decepcionado. Siempre había temido, él, tan poco filósofo y tan pragmático en sus estudios textuales, a aquel joven exaltado sobre el que había escrito a los de Basilea "Podrá todo lo que quiera", pero en cuyos ojos se leía la sombra de una oscura amenaza. Meses después de la aparición del libro, Nietzsche escribe al maestro, sorprendido e irritado ante su silencio tenaz. La contestación del anciano es breve y precisa: es ya demasiado viejo para aprender rumbos nuevos; tiene ya demasiada experiencia para abandonar los hechos concretos lanzándose a resolver el problema del cosmos con un plumazo genial.

Rohde, por su parte, siguió siendo el fidelísimo amigo. En vista de que el *Literarisches Zentralblatt* se negaba a admitir una reseña, acudió a la *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*. Su recensión es floja, muy floja: esencialmente descriptiva, termina con una especie de himno a la armonía que, dualmente encabezada por Schopenhauer y Wagner, penetrará de entusiasmo artístico una noble nación. Nada filológico, nada realmente crítico. ¿Cómo profundizar en los evidentes fallos si los amigos están llenos de júbilo, si Wagner considera la *Geburt* como el mejor libro del mundo y la hija de Liszt dice que lo ha leído como una hermosa y heroica poesía?

Rudolf Schöll, "Privatdozent" en Berlín a la sazón, hostigó a Wilamowitz para que diera rienda suelta públicamente a sus iras.

Y así, en 1872 aparece el famoso folleto *Zukunftsphilologie*. Está lleno de ingenuidades y de pasión, pero acierta a calibrar bien la mescolanza de genialidad y desparpajo científico que reina en la obra de Nietzsche. Éste se sintió dolido, exaltado y jubiloso a la vez. “Kampf, Kampf, Kampf! Ich brauche den Krieg”. Y a la guerra salió Wagner con una carta abierta (“wirklich ist der Hagel hereingebrochen”) publicada también en la *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*. “Freilich verdient das Bürschchen eine Züchtigung”, decía su ofendido amigo. Pero la carta del músico no fue el castigo reclamado, ni podía serlo, porque en la defensa de la obra de Nietzsche no cabían razonamientos: o se creía en ella o no, y el maestro y padre de la “Zukunftsmusik” estaba descalificado de antemano como juez y parte. El folleto de Rohde, extrañamente titulado *Afterphilologie*, iba más al grano. Wilamowitz, escribiendo en Markowitz sin libros apenas, había incurrido en algunas erróneas e injustas apreciaciones. A Rohde le fue fácil rebatirlas. Un segundo trabajo de Ulrich, publicado en 1873, estando él ya en Italia, introducía la polémica en cauces más normales. Pero no puedo detenerme más en esto. Lo he tratado demasiado largamente. He dedicado demasiado tiempo a los primeros veinticinco años de una vida larguísima; pero es que esos cinco lustros llevan ya en germen todo el futuro. A Wilamowitz no se le perdonó jamás aquella insensata heroicidad de su adolescencia. Cuatro años más tarde le confiesa Usener cuánto le disgustaron en tiempos sus “Auswüchse kecker Jugendfrische”. Rohde no volvió nunca a hablarle. No faltaron, pues, amarguras y contratiempos. El balance, sin embargo, seguía siendo claro y satisfactorio en la mente de Wilamowitz tres años antes de su muerte. No debió nunca haber escrito aquello, de acuerdo, pero que arroje la primera piedra quien no haya sentido en su juventud hervir la sangre ante una novia ofendida, una patria profanada o un ideal desfigurado grotescamente. Nietzsche y yo —dice Wilamowitz en frases que no pueden menos de recordarnos el último pasaje de la *Apología* platónica— seguimos cada cual a nuestro demon familiar. Él marchaba derechamente a su sitial de profeta “für eine irreligiöse Religion und eine unphilosophische Philosophie”. Yo acudía a defender y rescatar a mi Grecia amada como Perseo a la bella

Andrómeda. Yo veía que lo apolíneo y lo dionisiaco son cómodas etiquetas, abstracciones antihistóricas; yo sabía que hay tanto de dionisiaco en los desmelenados lamentos menádicos de la Cassandra del *Agamenón* como de apolíneo en la imperturbable majestad del extranjero de *Las bacantes*. Había, pues, que decirlo. A pesar de todo. Había que decir la verdad.

Pero, en fin, mejor era apartarse del inevitable revuelo y las habillitas para perderse en los dulces campos de Italia. Allá va, pues, nuestro héroe —valga por esta vez el “cliché” novelesco— que, descontento además de su primera aparición en las páginas de *Hermes*, se considera obligado a espontánea y aleccionadora maduración de sus ímpetus juveniles.

En Italia había mucho que hacer. Mommsen, instalado en Nápoles, dirigía la búsqueda y copia de inscripciones. Las bibliotecas ofrecían el tentador tesoro de los códices inéditos o mal colocados. Entonces no había fotocopias, y la inspección tenía que ser personal y pericial; entonces no había luz eléctrica, y en las horas últimas del atardecer se arrimaba a las ventanas el ávido colator hasta que los ojos le dolían. El viaje era como un gran festín de verdad y autenticidad. Valdría la pena haberlo emprendido, por otra parte, aunque no fuera más que por el placer de conocer a Friedrich Leo, el de las *Plautinische Forschungen*, el de *Der saturnische Vers*, el de *Die griechisch-römische Biographie*, el de la *Geschichte der römischen Literatur*, pero, sobre todo, su amigo del alma, su conmlitón del 70 ante cuya tumba pronunciaría un bellissimo elogio meses antes del diluvio del 14. Para Leo, como para Robert y Diels y el propio Wilamowitz, la Filología no era, no quería ser la libresca y estereotipada de Hermann y Lachmann: el espíritu del amado Jahn seguía dictando consignas y preferencias. En Nápoles vio papiros carbonizados e ilegibles: no sacó nada en claro, pero los tuvo en la mano. Visitó templos, excavaciones, lugares entonces todavía no excavados. Era necesario. No se puede leer en clase a los griegos ni a los romanos si no se ha estado allí, si no se ha empapado uno de esa inaprehensible y fantasmagórica presencia viva de los muertos que emana del Foro o de la Acrópolis, de las calles del viejo Corinto o de los templos de Paestum. Wilamowitz, modelo de rigor en esto como en todo,

no consintió en explicar los últimos libros de Tucídides mientras no hubo estado en Siracusa. Y yo, que, nada aficionado a caminar por lo demás, me he fatigado lo mío recorriendo, con las *Historias* en la mano y con la lengua fuera, las latomías y el Eurialo, lo comprendo muy bien.

El viaje de Wilamowitz tiene, además, ese encanto romántico—aventura, incomodidad, peligro incluso— que hoy ya han perdido nuestras peregrinaciones. Atenas, por ejemplo, no es aún esa gran plaza pública abarrotada de turistas hasta la angustia donde no caben abstracción y ensueño; todavía está en pie la Torre Franca, todavía no se ha quemado el bazar, todavía el ágora es un amasijo de casuchas en cuyos patinillos o corredores se encuentra uno trozos de antiquísima piedra con letras griegas.

Y, al final, la nostalgia incoercible de la patria. Su madre está gravemente enferma. Además, empiezan a cansarle los problemas de la vida meridional para un serio y meticuloso alemán, que al principio hasta divertían. Le roban el reloj, nunca se supo si los de la policía o los de la “camorra” napolitana, pues todos eran unos; les hacen corro cuando se bañan en el mar, espectáculo insólito y extravagante para gentes no demasiado fanáticas de la higiene; el “si vuol pazienza” de burócratas y ujieres le pone nervioso; y, para colofón, fiebre, quinina y desconsuelo en un “abscheuliches Loch” de Venecia por cuyos ventanucos se filtra el sucio olor de los canales. Esta desagradable experiencia —“no respiré hondo hasta pasar los Alpes”— dejó honda huella en él. Pasquali cuenta un tanto, regocijado que, en sus sucesivos viajes a Italia, Wilamowitz sentía una verdadera obsesión por las aguas y los aires y que, para conjurar el espectro de la disentería tan temida por todo septentrional en la Italia del XIX, se atracaba de “gelati” a todas las horas del día. El tratamiento era absurdo, anota Pasquali, pero los helados estaban, y están, riquísimos siempre en aquel bendito país.

Ya tenemos a Wilamowitz en Alemania dispuesto a empezar una nueva vida que le llevará de éxito en éxito sin altibajos ni contratiempos. En otoño de 1874, poco después de la muerte de su madre, obtiene sin dificultad la habilitación con su *Analecta euripidea*, especialmente útil por sus aportaciones al texto de

Las suplicantes. La obra, cuyas pruebas fueron también corregidas en el cuartel durante una temporada de prácticas, está dedicada a Theodor Mommsen, recién nombrado rector de la universidad de Berlín. Las *Erinnerungen*, refiriéndose al anterior período italiano, dan la clave de las relaciones espirituales entre estos dos grandes hombres al describir a Mommsen como “eine Sonne, um die alles kreisen musste”. En efecto, el historiador deslumbró al helenista, pero también, y esto es importante, se sintió a su vez deslumbrado por él. Tres años después de la aparición del libro en cuestión escribe a su mujer: “...dieser Wilamowitz, der sich zu mir verhält wie die zweite verbesserte Auflage meiner *Geschichte* zu der ersten; der eine ganze Menge vorzüglicher Eigenschaften hat, die ich nicht besitze...” Eran, sí, muy diferentes, y se conocían muy bien el uno al otro. El más joven tuvo ocasión de escuchar confesiones del maestro durante un inolvidable trayecto en coche por las calles de Berlín. Mommsen, que se había sentido indispuerto después de una cena, se explayó, camino de su casa, en una especie de examen de conciencia más dirigido a sí mismo que a su interlocutor: proyectos, ilusiones, decepciones, amargos fracasos... Cosas que Wilamowitz jamás quiso revelar, pero que contribuyeron sin duda a cimentar lo que iba a ser mucho más que una amistad.

Y eso que, repito, sus ideas no podían ser más distintas. Mommsen es fogoso, liberal, revolucionario en ocasiones. En Florencia ha conocido los cantos vibrantes de un profesor de Bolonia que se llama Giosuè Carducci: es hombre ordinario, pero inteligentísimo; republicano “de los de allá abajo, es decir, muy inofensivo”, enardece y conmueve el alma con sus cantos llenos de pasión:

...ma il tuo trionfo, popol d'Italia,
su l'età nera, su l'età barbara,
su i mostri onde tu con serena
giustizia farai franche le genti...

¿Qué hermoso, verdad? A Wilamowitz, escandalizado por otra parte ante la rústica de imitación de los metros clásicos, le gustan más, por ejemplo, las *Primavere elleniche*:

*...sola tra voi mortali Elena argea
di repente a gli eroi le tazze infuse;
ma noi sappiamo quanti misteri Gea
nel sen racchiuse...*

En fin, hubo que complacer a aquel niño grande. Un pequeño folleto de traducciones carduccianas preparadas conjuntamente por Mommsen y Wilamowitz es una de las más curiosas piezas de la bibliografía de ambos.

Entre unas y otras cosas, el Gobierno y el emperador mismo no pueden menos de temer al gran historiador. Bismarck le admira y le odia a la vez. Primero lanza a un ministro que le ataque en el "Reichstag"; y, como esto no acaba de obtener el suficiente eco, termina por intervenir él mismo contra el sabio nacional que, amparado en su aureola, se permite actuaciones políticas imprudentes. Pero Mommsen no se muerde la lengua: parece que se permitió comparar al canciller con uno de aquellos dominantes y astutos mayordomos palatinos de la Francia merovingia. Pero, entonces, si Bismarck es un Pipino reencarnado, ¿por qué no ver en el octogenario Guillermo, sombra ya del que era, el modernizado trasunto de un Childerico cualquiera? ¡Dios nos asista! ¿Qué diría la señora von Putlitz, aquella encopetada parienta de Wilamowitz que se atrevió a abofetear al pequeño príncipe cuando éste, con la locuaz sinceridad de los niños, dijo que "el abuelo iba a visitar las provincias robadas"? Había que escarmentar a aquel peligroso intelectual. El fiscal pedía seiscientos marcos de multa; el tribunal, más prudente, le absolvió.

Wilamowitz, en tanto, se mantenía un poco al margen. Discrepaba de muchas cosas, pero no quería agravar la situación. Bastantes disgustos tenía ya Mommsen. El domingo 11 de julio de 1880, éste estuvo trabajando hasta muy tarde en su casa de Charlottenburg. Se acostaba fatigadísimo, pero contento. Ya estaba terminado totalmente el manuscrito de las inscripciones latinas de Suiza. A dormir, pues, hasta la hora de clase. Pero aquella noche la casa ardió en pompa, manuscrito y todo. Fue una escena terrible. El maestro quería lanzarse materialmente a la hoguera en busca de sus libros, de sus inéditos, de sus fichas convertidas en

pobres pavesas chamuscadas. Hubo que retirarle con los ojos medio ciegos. A los pocos días se disponía a partir de nuevo para Suiza...

Nuestro filólogo, unido ya entonces a la hija de Mommsen, iba compartiendo cada vez menos las ideas del suegro, y éste lo sabía muy bien. "Mein sonst höchst vortrefflicher Schwiegersohn... gehört zwar nicht zu der agrarischen Gaunerbande, die jetzt auf Raub auszieht, aber ist keineswegs mit mir gleicher politischer Gesinnung". Todo muy cierto. El joven profesor era más bien agnóstico. Con ocasión de su discurso de 1877, del que luego hablaré, le ocurrió la experiencia singular de que tanto los conservadores, recién aparecidos en política, como los nacional-liberales, entre los que se contaba Mommsen, acudieran a él con halagos y ofertas de un puesto en el "Landtag". Y es que en el fondo lo que contaba no era la etiqueta de uno u otro partido, sino una serie de principios —honor, disciplina, patria y rey prusianos— que en Wilamowitz privaban sobre todo y en Mommsen no. Éste era en el fondo un incurable individualista romántico. Incluso la ciencia era para él cosa personal e intransferible, aventura única del erudito que se consume y se quema solo ante la labor titánica, excesiva para sus fuerzas. Como Teofrasto en su ancianidad, el gran historiador de Roma empezaba a sospechar que "nada hay... más inútil que el amor de la gloria... porque, cuando estamos empezando a vivir, entonces morimos ya". El más hermoso y triste Carducci se volvía melancólica ceniza de su hora otoñal:

*Oh qual caduta di foglie, gelida,
continua, muta, greve, su l'anima!
Io credo che solo, che eterno,
che per tutto nel mondo è novembre...*

Y así, trocados los papeles, el juvenil maestro triunfador que cree en la cooperación, en los Institutos, en las comisiones, en el sonriente, inmutable progreso de unas ciencias logradas en común; que respeta al emperador y ama a su tierra natal y se estremece emocionado ante el beso dado a la patria enseña, menea gravemente la cabeza ante las imprudencias de aquel hombre que se

complacía en los elogios de un tipo indeseable de prensa barata, defendía a los judíos, hablaba de renunciar a la cátedra, de la que, por lo demás, había sido ya expulsado por sus simpatías hacia los del 48... ¡Qué lástima!

Porque para Wilamowitz todo va viento en popa. El calendario de venturas familiares, científicas y sociales es interminable. "Privatdozent" en Berlín a los veintiséis años: el primer día, gran emoción y desengaño grande. Dos oyentes sólo, entre ellos un vagabundo que había entrado a calentarse junto a la estufa. Pero, poco a poco, el número de alumnos crece. El viejo Vahlen, con quien tanto va a tratar más tarde, le felicita con risita de conejo. En seguida llega una llamada para Breslauer, que es debidamente rechazada, y a continuación otra de Greifswald, adonde acude como profesor ordinario. Comienza a publicar sagaces y atinados artículos de revista. Pero también empiezan ya a surgir, fuerza es confesarlo, dos fallos humanos que han de ensombrecer —no digo ni siquiera "empañar", obsérvese bien— el brillo de una carrera espléndida. Uno es el inevitable dogmatismo, un tanto petulante, del que, a fuerza de acertar, se siente de cuando en cuando vagamente vocado a la infalibilidad. Estamos todavía muy lejos de los *Lesefrüchte*, que no comenzarán hasta 1898, pero ya se apunta el estilo lapidario, imperioso, casi como firmado con un irrefutable *Wilamowitz dixit*. En el provincianismo un tanto suspicaz de la universidad greifswaldiana es difícil, por ejemplo, hacerse perdonar fanfarronerías como el *nova docere volo* que campeaba al frente de su escrito de habilitación.

Pero más grave aún es que el gran maestro contara, entre otrospreciados dones, con el bellissimo de una palabra sonora, fluida y certera. Desde muy pronto corrió la voz de que el nuevo docente resultaba único como actor principal de ceremonias solemnes y togadas. Y, claro, no va uno a hablar, en tales casos, de cesuras o de interpolaciones. Hay que buscar interés, actualidad, resonancia social. Y entonces se cometen errores como el de 1877. El discurso *Von des attischen Reiches Herrlichkeit* inicia un camino de aberraciones anacrónicas por el que la política científica alemana llegó muy lejos. Bismarck no era Pericles precisamente, y de los propileos a la "Brandenburger Tor" hay un abismo.

En el mismo año se celebra en Wiesbaden la reunión anual de filólogos germánicos. Wilamowitz lee allí un trabajo muy bueno *Ueber die Entstehung der griechischen Schriftsprachen*. Además, la asamblea sirve para enterrar viejas rencillas con Usener. En Bonn se hablaba oscuramente no sólo del conocido disgusto del profesor ante el incidente con Nietzsche, sino de otras cosas: un trabajo de seminario que no gustó al maestro, unos versos satíricos del estudiante que corrieron de boca en boca... Wilamowitz se jacta una vez de haber curado a Leo "von der Verehrung von Usener", pero, en fin, la vida es la vida, y los rencores no pueden ser eternos. Hay que escribir al viejo, y contestar sus cartas, y dedicarle, en 1881, el *Antigonos von Karystos*, estudio magistral sobre el paradoxógrafo helenístico que era apenas un simple nombre hasta entonces. De todo ello surge un precioso epistolario, que, con el de Mommsen, resultan valiosísimos para lo que pudiéramos llamar escalonada radiografía espiritual de Wilamowitz. Éste pide perdón a Usener de todo aquello en que pueda haberle ofendido, porque "ich selbst bin mit den Jahren... verständiger geworden"; el maestro quita importancia a las cosas, persuadido de que la verdadera dificultad entre los dos está en que él, un poco como Nietzsche, busca "das unwillkürliche, unbewusste Werden" frente al positivismo histórico de su antiguo alumno; años más tarde, Usener, asustado ante el tremendo ritmo con que Wilamowitz trabaja, exalta una y otra vez el *festina lente*...

Entre tanto, la vida sigue. Nuevo viaje a Italia con Mommsen, esponsales y boda con su hija, nacimiento de Tycho. Enfermedades de su mujer y del propio filólogo, problemas domésticos, insatisfacción ante el clima pésimo de Greifswald. El "Ruf" de Gotinga no tarda en llegar. Allí aparecerán humanistas no clásicos, pero decisivos para la ampliación de un horizonte quizá demasiado centrado hasta entonces en lo griego y lo romano. Julius Wellhausen, gran orientalista, historiador insuperable de Israel; Paul de Lagarde, genial padre de la crítica textual del Antiguo Testamento griego. Las *Homerische Untersuchungen*, aparecidas en 1884, están dedicadas al primero de ellos.

Viene luego Isilo de Epidauró, el mediocre poeta sacado también de la nada filológica con los más puros métodos; y el maravilloso *Heracles* de Eurípides, inmortal modelo de interpretación textual y comprensión psicológica; y la *Politeia* aristotélica; y el *Aristoteles und Athen*.

El 1898 encuentra ya a Wilamowitz en Berlín. Cincuenta años: excelente edad para no volver la cabeza atrás, sino sentir todavía un futuro abierto ante sí. La laboriosa ascensión está ya terminada. Realmente, nuestro filólogo no ha sido, en esto ni en nada, un precoz niño prodigio. Los berlineses han vacilado mucho antes de traerle. Su antecesor en la cátedra, Curtius, se sentía inquieto ante aquel hombre acusado de inconstancia en sus opiniones científicas. Otros temen sus mortificantes gestos de agresiva jactancia. A otros les disgusta que venga con la bendición del Gobierno, y además con una especie de misión evangélica entre la buena sociedad prusiana. Su nombramiento incluye, en efecto, el compromiso de pronunciar conferencias semanales de divulgación en el "Auditorium Maximum" de la universidad. Hölscher ha descrito muy bien aquellas veladas en que el filólogo, imponente con sus botas de elásticos, sus negros pantalones tubulares y su anticuada levita abotonada hasta el cuello, recorría el pasillo con paso rápido y arrogante para tomar posesión del púlpito "como un general de Federico que conquistara un bastión" entre el prolongado, admirativo pateo de la selecta asistencia. Ojos azules, acerados; ojos que, en frase de Norden, brillaban como estrellas; pelo bien planchado y blanquísimo; faz pulcramente rasurada y, en la boca altiva, la mueca levemente irónica que advierte en él la aguda mirada de su amigo Pasquali.

Pero la gente es insaciable. Sigue pidiendo escritos conmemorativos, reseñas, discursos. En Gotinga ha tenido que disertar con motivo de las bodas de plata en el trono de Guillermo I y del ciento cincuenta aniversario de la fundación de la gloriosa Georgia Augusta; y no ha habido más remedio que despedirse con una peroración pronunciada en el imperial cumpleaños, *Weltperioden*, llena de respetuosas reverencias hacia la venerable majestad del nuevo emperador. Y, claro, Berlín no quiere ser menos. Un año exactamente más tarde, otro cumpleaños y otro discurso, *Volk*,

Staat, Sprache, exaltación de la cultura alemana no exenta de hábiles malabarismos en torno a los nacionalismos étnicos y lingüísticos que se agitaban dentro y alrededor de la "Deutschtum". Wilamowitz presume de que, como un nuevo Píndaro consejero de príncipes, se ha permitido la audacia de recomendar más tolerancia con polacos y daneses. Pero la gente, confiesa, no lo notó. Es natural: ¡estaba la alusión tan escondida, tan cautamente disfrazada de lisonja! Mas los amigos no cejan: otros dos años y otra designación para el discurso de conmemoración del fin de siglo. Ya va siendo difícil, verdaderamente, no repetirse: las exhortaciones finales a la pacífica armonía del cosmos son muy hermosas, pero la afirmación de que el verdadero siglo XIX terminó en el mundo al son de las campanas que doblaban en 1888 por el nonagenario emperador es, por lo menos, sorprendente.

Por fortuna, el filólogo excepcional, académico desde 1900, consigue, a pesar de todo, tiempo libre para publicar la fundamental *Textgeschichte der griechischen Lyriker*, el sugestivo Timoteo del papiro de Abusir (con el que, naturalmente, hubo que ir a Potsdam para orgullo y solaz de la real pareja), *Die griechische Literatur des Altertums* y la edición de los bucólicos de Oxford. Lo cual, fuerza es reconocerlo, no está mal como cosecha de seis solos años.

Tiempos tranquilos en la casa, en la cátedra y en el país. El nuevo profesor ha tenido suerte con sus compañeros. El tratar allí a Diels era un puro gozo; pero también con Vahlen las cosas mejoran poco a poco. Vahlen, buen latinista, pero hombre seco y árido que —¡horror!— estaba casado en terceras nupcias con una señora impresentable en sociedad. Pasquali cuenta dos bonitas escenas que dicen mucho sobre los personajes y el ambiente y corrigen la figura bastante divulgada del Wilamowitz severo y puritano. Y no lo era; o no lo era siempre; o le divertía escandalizar a Vahlen. Una vez alguien, probablemente éste, se queja de la desvergüenza de unos atolondrados ayudantes que se han atrevido a dejar restos de una juvenil merienda nada menos que en el sacrosanto despacho del catedrático. Wilamowitz lo toma a broma. Otra vez encontramos al helenista en una gran sala en que, para ganar tiempo, varios profesores examinan a la vez, cada uno a

un alumno, como en confesonario. Wilamowitz tiene ante sí a un querido discípulo, muy estudioso y amigo, además, de la familia. María Mommsen, con esa compasión que a veces sienten nuestras mujeres ante nuestras pobres víctimas, había envuelto en un papel, como sencillo augurio y prueba de amistad, una hermosa pera del jardín charlotemburgués. El imponente maestro, antes de empezar, entrega sonriente la fruta al tembloroso graduando. Pero ábrese la puerta, entra el cáustico Vahlen. Y, en seguida, Wilamowitz se inquieta: “¡Corra, corra, esconda la pera!”

Sin embargo, contra lo que pudiera esperarse, las relaciones entre ambos no fueron del todo malas; y también —¿cómo no?— le tocó a Wilamowitz pronunciar el epitafio de su colega. Ya por entonces estaba allí, sucediendo a Vahlen, nada menos que Eduard Norden. ¡Deliciosa letanía profana, la de estos nombres capaces de hacer la boca agua a cualquier joven filólogo de hoy!

Nunca faltan, claro está, las tristezas ni en las épocas mejores. El 1903 marca la desaparición de Theodor Mommsen de este mundo por el que viajó siempre al galope, como decía su yerno en una carta a Usener. Últimamente todo habían sido disgustos. La distanciaci3n política era mayor que nunca.

En cambio, 1908 fue un buen año para nuestro filólogo. Su sexagésimo aniversario, gracias a los esfuerzos de Norden y de otros, fue conmemorado con la creaci3n de una “Wilamowitz-Stiftung” cuyos fondos, por expresa voluntad del así honrado, iban a ser destinados al estudio y la edici3n de aquellos autores griegos del siglo IV que pudiéramos considerar —dice él mismo— como representantes de la “Hellenisierung des Christentums” o de la “Christianisierung des Hellenentums”. Además, fue invitado a visitar Inglaterra.

Porque Wilamowitz viajó mucho. No llegaba a ser del todo el nacionalista “enragé” que para sí quisieran sus aduladores y empresarios. Creía en Alemania, claro, pero creía también, como todo filósofo clásico que no sea un insensato, en la necesidad de una relaci3n internacional que sobrenade por encima de toda poliquería y de toda circunstancial polémica. Nada antisemita, nada xenófobo, reaccionaba siempre positivamente ante los estímulos del exterior. Porque sabía muy bien que la ciencia era cosa de

todos en común: que sin Italia no habría *Corpus* ni excavaciones sin Grecia ni sin Gran Bretaña papiros. Visitó, pues, no sólo los países clásicos, sino también Austria, Holanda, los países escandinavos. En todas partes fue honrado con homenajes y actos de amistad. Pero de modo especial en Inglaterra. En Oxford discutió cordialmente con Murray, con quien se carteaba desde hacía largos años; conoció al papirólogo Hunt, rió con las extravagancias de Verrall. Paseó por los jardines de Windsor, presencié una regata en Cambridge, durmió en la cama que pasaba por haber albergado los sueños agitados de Ana Bolena. Volvió, en fin, entusiasmado, con esa especie de romántico enamoramiento hacia Inglaterra, tan afín y tan distinta, que dos cruentas guerras no han podido sofocar en Alemania.

En cambio, a los franceses no los podía tragar. Le repugnaba especialmente el lado "boulevardier", afectadamente "canaille" de un mundo refinado y pecador al que nunca se asomó: la viciosa "Sodom und Gomorrha" que creyó entrever en sus años crudísimos de soldado adolescente. Es curioso leer cómo arremete caballerescamente, en 1913, contra Pierre Louys por haber repetido, en sus *Chansons de Bilitis*, la consabida imagen populachera de la Safo pervertida e impúdica. "Und nun Sappho! Eine vornehme Frau, Gattin und Mutter..." Para el honesto ciudadano de la Prusia de los Hohenzollern, Safo es la impoluta matrona a la que hay que venerar y defender; la directora, severa y elegante, del famoso "Mädchenpensionat" en que tan ciegamente han creído siempre los filólogos alemanes. El anacronismo, siempre el anacronismo. Nuestro querido Lasso de la Vega nos ha recordado cómo Reinhardt, que nunca pudo entender a Wilamowitz, le acusaba de haberse dejado influir por la lectura del *Hedda Gabler* de Ibsen al ver en la Fedra eurípidea una neurótica esposa burguesa a la que falta "la bendición del trabajo". Esto jamás se le habría ocurrido al nietzscheano Reinhardt ni al propio Nietzsche, que podría incurrir en mil abstrusas nebulosidades faltas de rigor histórico, pero intuía muy bien que el espíritu de cada tiempo es único e irrepetible y lleva en sí su marca y su destino.

Los años anteriores a la guerra son tal vez aquellos en que mejor se ha podido enjuiciar la figura de Wilamowitz por sus

amigos y colegas o discípulos; y como los testimonios dejados por ellos al respecto no son escasos, la imagen se nos aparece bastante nítida. Buen maestro, no embarullado e improvisador como Mommsen, sino metódico en la preparación de sus clases; fidelísimo cumplidor de sus deberes; investigador tenaz, incluso en aquellos temas que le gustaban menos; pero a que él se consideraba moralmente obligado, como la epigrafía, que robó muchas horas al dulce estudio de sus poetas; un tanto desigual en su ritmo de trabajo, porque no siempre está uno igual —ya dice el viejo Hesíodo que unas veces el día es madre y otros madrastra— y porque un difícil papiro dejado con hastío al caer la noche puede desvelarnos su secreto íntimo a los primeros rayos horizontales de la luz del alba; escueto en su estilo, al nuevo modo y no como Reiske, que empleaba cinco páginas para comentar una sola de Demóstenes; maestro de maestros, en suma, *princeps philologorum, aquila in nubibus* o, lo que vale todavía más, un simple *vir bonus docendi peritus*. Intérprete insuperable de los textos, siempre en lucha consigo mismo y con sus humanas limitaciones. No quiso ser un constructor sobre vanas plataformas ideales, pero tampoco se entregaba a su tendencia innata a quedarse en el magistral dominio de los hechos. Y así, en eterna lucha consigo mismo por una armonía que nunca llegó a alcanzar y en perenne aprendizaje, como Solón, hasta la misma decrepitud, se inclinaba humildemente ante S. M. la Ciencia y buscaba en ella, al duro precio de la fatiga y la renunciación, goethiana luz, platónica visión de lo eterno e infinito.

Estamos en 1914. Wilamowitz ha publicado sus *Aischylos-Interpretationen*, dedicadas al sagrado recuerdo del gran Welcker. Antes fue Eurípides; ahora el padre de la tragedia. Sófocles siempre le interesó menos; pero ahí está su hijo primogénito y predilecto, Tycho, ese prometedor filólogo cuya obra *Die dramatische Technik des Sophokles*, póstumamente publicada, revolverá las aguas demasiado mansas de los estudios sofocleos. Su padre está ya un tanto fatigado, deseoso de paz. Le gustaría —escribe a Murray— retirarse a trabajar en la soledad. Pero no —añade en broma— entre la cochambre de los anacoretas egipcios: quizá mejor en una celda, por ejemplo, de Montecassino.

Fantasías, ilusiones utópicas. El 28 de junio han sonado unos tiros en una pequeña ciudad de Serbia. El primero de agosto, Alemania declara la guerra a Rusia. El 27 del mismo mes, Wilamowitz está ya encaramado en la tribuna propagandística. Una vez más los compromisos, las presiones insoslayables. Sus discursos resuenan con todas las consignas férreas de la vieja Prusia. "Wohlauf, Kameraden, aufs Pferd, aufs Pferd!... In Staub mit allen Feinden Brandenburgs!..." En la oscura solemnidad de las grandes salas, la voz del anciano atruena, gime, rueda apocalíptica: "Am Niemen und in den Karpathen, in den Vogesen und an der Yser donnern die deutschen Kanonen..." El amor se ha trocado, como suele, en odio. Inglaterra es ahora la pérfida, la hipócrita enemiga del mundo. Los recuerdos del 70 afluyen y se condensan. El 9 de octubre, el viejo profesor de Berlín diserta nostálgicamente sobre su campaña juvenil. Seis días más tarde... Pero oigamos una carta a Murray: "Mein ältester Sohn hat einen schönen Tod gehabt". Y, cuando en 1916 aparezca su próximo libro, *Die Ilias und Homer*, parece como si el propio noble Príamo llorara ante nosotros en la hermosa dedicatoria: "Meinem lieben Sohne Tycho zum Gedächtnis. Er hatte dieses Buch oft von mir gefordert; er war auch befähigt, es zu beurteilen. Ἀνὴρ ἀγαθὸς γενόμενος ἀπέθανε". Sí, el triste Príamo, pero también la rabiosa Hécuba. A la semana siguiente, lo de siempre. El consabido escrito de intelectuales para negar las acusaciones de atrocidades, etcétera, etcétera. No le dejan ni leerlo. Pone su firma en barbecho. La "Académie des Inscriptions" borra su nombre de entre los de sus miembros de honor. Wilamowitz responde mandando soberbiamente escribir en su diploma rectoral: *plerarumque in hoc orbe academiarum socius, e Parisina honoris causa eiectus...* Esto hacía ya imposible una avenencia. La ruptura persistió hasta el fin.

Los discursos de propaganda continúan graves e isócronos. Sobre el militarismo, sobre el heroísmo, sobre Bismarck. Pero la guerra sigue, y no bien del todo. La alocución del 5 de octubre de 1915 rezuma ya la melancolía del momento desde su propio título: *In den zweiten Kriegswinter*. Wilamowitz habla esta vez en la iglesia de la Trinidad de Charlottenburg. El agnóstico, el creyente a lo sumo en un vago e iluminístico deísmo lejano del

pietismo de sus abuelos, busca a Dios rodeado de una afligida grey de viudas y huérfanos. Y, entre tanto, sigue trabajando. Rector desde el mismo mes, escribe a un periódico sueco con una patética llamada a la restauración de la comunicación científica, tan vital siempre para él.

Pero no le dejan tranquilo. Ahora le llevan a Varsovia, a su país querido, para que celebre los triunfos de Alejandro, precursor y maestro de la gloria prusiana, ante un público de generales y funcionarios del gobierno de ocupación. Luego lo traquetean, en mulo o en destartalado automóvil militar, por los barroes intransitables de Macedonia. Siempre la misma historia. Y todo inútil. Los títulos de sus últimos artículos periodísticos llevan el sello de lo inevitable: *Deutschlands Schicksalsstunde, Volk in Not*. Todavía un canto de cisne contra la nueva Cartago, que terminará por caer como la antigua. Y luego, el silencio. 11 de noviembre de 1918. Cese de las hostilidades. Y un mundo nuevo, adverso, amargo, que comienza.

Un mundo que cerca y acecha —reparaciones, ocupación, desarme— a la Alemania vencida. Una Alemania llena de soldados comunistas, de marineros con banderas rojas, de demagogos emergidos de quién sabe dónde. Una ciudad erizada de barricadas, paralizada por las huelgas, teñida en rojo con la sangre de los mártires espartaquistas. Un Gobierno de izquierdas en que no falta, para escarnio último, ni siquiera un Wilamowitz-Moellendorff, primo lejano, como subsecretario socialista de Economía. Una Academia, contagiada del desorden general, que aprovecha la ausencia del filólogo para condecorar a Gerhart Hauptmann, el autor del escandaloso *Festspiel* de 1913, negación de la patria y del honor. Un Ministerio empeñado en barrer a los viejos maestros para introducir a chiquillos recién graduados. Unas aulas repletas de ex combatientes andrajosos, señoritas pintarrajeadas, jovencuelos insolentes que hablan de surrealismo y de “jazz” y de desnudismo en los “cabarets” de la “Kurfürstendamm” y enseñan con ostentación llamativos libros, ya no impresos con el señorial alfabeto gótico, en que vocean su insensatez tipos indeseables como Kafka, Remarque, Thomas Mann. No, decididamente esta vida no vale la pena de ser vivida. ¿Una vida en que Markowitz, el

viejo refugio familiar, ha pasado a groseras manos polacas? ¿Una vida en que no hay ya ni dinero para comprar los tomos últimos de los papiros de Oxirrinco, de modo que son los estudiantes quienes, con ocasión del jubileo doctoral del maestro, han de regalárselos con sacrificio de millones, o quizá de miles de millones de aquellos marcos devaluados que empapelaron las paredes de media Europa? ¿Para qué? El Gobierno se ha empeñado en establecer la jubilación reglamentaria y automática. Hay que abandonar con tristeza en el corazón las aulas universitarias. Menos mal que el sucesor va a ser Werner Jaeger, el más inteligente de sus discípulos, que pocos años después tendrá que marchar de Alemania por razones políticas. Diels, al felicitar al joven profesor, se ha permitido una pequeña broma muy certera. "Pero, querido Jaeger, ¿en realidad a quien sucede V. es a mí!" Así es en cierto modo. La línea estemática que une a los dos grandes conocedores de la Filosofía griega no pasa por Wilamowitz, de cuyo *Platon*, excesivamente inclinado a la crítica textual y al biografismo, dijo con injusticia alguno de sus enemigos que era un mero compendio para muchachas de servir; pero nadie negó jamás que la gran antorcha de la "Altertumswissenschaft", recogida en Leipzig por Mommsen de manos de Hermann y en Bonn por el propio jovenísimo filólogo de las de Welcker, seguía reconociéndole como su portador máximo cuya desaparición iba a dejar sumidas a las Humanidades, como dice Schwartz, en un período de incierta luz crepuscular. Y en parte por culpa también de él mismo; porque, como ha notado bien Pasquali, ni dejó escuela propiamente dicha ni podía dejarla una personalidad tan poderosa y arrebatadora como la suya.

Pero, en fin, ¿qué importa ya nada? El maestro, viendo la muerte cercana, ha hecho un esfuerzo para legar a sus estudiantes la *Griechische Verskunst*, desordenada, llena de lagunas, mas testimonio al fin de un saber metricístico que podrá pecar de pragmatismo, en el sentido que luego exageró aún Paul Maas, pero representa el digno colofón de toda una vida de examen de los textos en sí. La *Griechische Verskunst* va dedicada a dos helenistas suecos, Drachmann y Heiberg, como patética llamada a un mundo

neutral del que se espera que contribuya a colmar el abismo abierto entre los beligerantes. Porque hay que seguir luchando. ¿Que se reanudan las reuniones de humanistas en el verano de 1921? Pues a Jena va el anciano, que no se arrimaba a tales pasatiempos desde hacía cuarenta y cuatro años, para dar fe de que “unter den klassischen Philologen ist meines Wissens kein Defaitist gewesen”. ¿Que desaparece Hermann Diels, el amigo Diels, el padre Diels de tantos estudios en común, de tantas ilusiones compartidas? Pues hay que hacer de tripas corazón y procurar que el treno reglamentario sea también un peán de la ciencia alemana. Aunque la propia alma esté ya muerta por dentro. Cuatro años antes, en la hora triste de la derrota, había escrito en el prólogo del *Platon*: “Ich habe die Selbsterstörung, Selbstentmannung meines Volkes erleben müssen. In der Ochlokratie... ist für einen alten Mann, der sich seine Preussenehre von keinem Gott und keinem Menschen aus dem Herzen reißen lässt, kein Platz mehr. Er hat nur abzusterben”. Y en una carta a Murray: “Wir wohnen nun schon so viele Jahre im Schatten des Todes”. El sabio inglés está profundamente metido en la idea y en las labores de una Sociedad de las Naciones de la que muchos ingenuos creen que va a ser la salvación final del mundo. Wilamowitz no es, no puede ser optimista. “Die Welt, die ich kannte, ist zerstört”.

No queda más que la producción casi mecánica, esfuerzo volitivo ingente, de los libros que esperaban su turno desde hacía muchos años: *Pindaros, Hellenistische Dichtung, Die Heimkehr des Odysseus*. Lejos ya de la Universidad, donde asciende la estrella pujante de los jóvenes maestros —Karl Meister, Rudolf Pfeiffer, Eduard Fraenkel, Otto Regenbogen, Friedrich Klingner—, poco puede llegarle de ese mundo externo del que se niega a saber nada. En 1928, con ocasión de su octogésimo aniversario, el mariscal Hindenburg —muy diferente, claro está, de los demagogos y rúbulas que le rodean— otorga al sabio el preciado “Adlerschild”. Pero entonces lo importante, para el anciano situado en los umbrales mismos de la muerte, era ganar la doble carrera en que estaba empeñado aquel noble atleta de las Humanidades. El octogenario profesor tenía frente a sí una meta y un peligro,

aunque de este último quizá no se diera cuenta. Se salvó por milímetros de presenciar una segunda catástrofe nacional, de caer nuevamente en la inextricable red de las utilizaciones políticas. El círculo de sus relaciones esperaba sin duda algo renovador y potente que iba a tardar sólo dos años en llegar. Lástima no tener más tiempo para hablar de la amistad de su hijo el aviador con el barón von Hünefeld, héroe de la travesía trasatlántica de 1928, aristócrata, poeta y creyente en un esplendoroso culto nuevo; o de las ilusiones de su prima sueca, la baronesa von Fock, cuya hermana estaba casada con otro aviador joven y ambicioso llamado Hermann Goering.

La muerte le libró de ese posible peligro. La otra carrera, en cambio, se perdió por muy poco. Se había propuesto dar en *Der Glaube der Hellenen* una especie de armónica y rotunda cúpula a su gran edificio filológico de cerca de ochocientos títulos. Cuando marchó de joven a Grecia, al preguntarle alguien a qué iba, contestó decidido: "Ich suche die alten Götter". Ahora creía ya haberlos encontrado, pero le faltaba el tiempo para cantarlos. Se publicó el volumen primero; se escribió el segundo casi en su totalidad; se mandó a la imprenta el penúltimo capítulo; cuando llegaron las pruebas, en la mañana del 25 de abril de 1931, el maestro agonizaba. El último capítulo, dice Norden, lo escribió Thanatos, la muerte jamás temida por aquel superhombre estoico, señor de sus penas, "Herr der Trauer". Sus cenizas fueron llevadas a Markowitz, allende la nueva frontera. El huracán de 1944 y 1945 lo arrasó todo: la casa natal de los Wilamowitz, el burgués "chalet" de Charlottenburg, la biblioteca y los epistolarios inéditos. Todo salvo la silente tumba cuyava. Y es alentador que, según nos cuenta su hija Dorotea, viuda de Hiller von Gaertringen, la universidad polaca haya asumido la conservación de lo que debe ser hoy un memorial erigido en honor de la ciencia sin límites; y que, también según ella, el principal autor de esta iniciativa sea una persona cuyos recuerdos del breve dominio alemán no resultan demasiado agradables. Tal vez, después de todo, esté bien que el torso inacabado de *Der Glaube*

der Hellenen termine abruptamente con unas palabras en honor de Plotino, el último griego, aquel que supo gozar con sus oídos de la música de las esferas y con sus ojos de la eterna belleza del cosmos. Tal vez, después de todo, el mundo sea hermoso.

MANUEL F. GALIANO

LA MUERTE DEL HÉROE: DE LA “BHAGAVAD GÍTA” A JORGE LUIS BORGES

1. LA “ILÍADA” Y LA “BHAGAVAD GÍTA”

Ἄλλ' ἔπι τοι καὶ ἔμολ' θάνατος
καὶ μοῖρα κραταιή (Φ 110).

La comparación de la *Iliada* con la *Bhagavad Gita*, el gran poema indio, surge, a veces inconscientemente, de la similitud de temas y de la diversidad de significación: dos ejércitos frente a frente, y la guerra, y la muerte como angustiosa presencia irrefutable. Hay en ambos poemas mucho más: la exposición metafísica de un sistema cósmico y social en el poema indio; el apasionado obrar de los héroes, y el brillo de unos dioses tan humanos, y las lanzas de larga sombra, los negros navíos en la playa y el color del mar, frente a los muros de Troya. Sin embargo, el tono de fondo en ambos es el enfrentamiento a la muerte y la aceptación de un destino personal, libremente elegido por Aquiles, resignadamente por el piadoso Arjuna.

André Malraux¹ evoca el recuerdo de la canción brahmánica en sus puntos más esenciales y conmovedores:

Los dos ejércitos legendarios de la India están frente a frente. El viejo rey a quien combate Arjuna es ciego. El conductor de su carro posee el poder mágico de conocer lo que sucede en el campo de batalla. Escucha el diálogo que empieza, en medio de la armada enemiga, en el carro de caballos blancos, entre el prin-

¹ *Antimémoires*, París, 1967, 285-286; la traducción española es mía.

cipe Arjuna y su auriga, que es Krisna y resultará la Deidad suprema. La "Gíta" son las palabras divinas contadas, por magia, a un Príamo ciego aislado en su coche.

Arjuna mira a quienes van a morir, y Krisna le recuerda que, si la grandeza del hombre consiste en librarse de su destino, la grandeza del guerrero consiste en no librarse del valor. Es el combate fratricida de las epopeyas, y para nosotros, la tristeza troyana de Arjuna parece el eco desolado de la voz de Antígona:

*"Tengo tristes presentimientos, oh, Krisna,
y no veo nada bueno en la matanza de parientes en la batalla...
No busco yo ni la victoria, ni el poder soberano, ni las alegrías
de la tierra;
y ¿para qué sirve el poder, para qué sirve la alegría, para qué sirve
la vida?"*

Responde Krisna a Arjuna:

*"Lloras por gentes que no deberías llorar
y profieres inútiles palabras de sabiduría. El sabio no llora
ni por los vivos ni por los muertos.
Pues jamás fuimos ni yo, ni tú, ni estos reyes;
y jamás ninguno de nosotros dejará ya de existir".*

Malraux continúa resumiendo, despojado de todo su aparato teológico, el tono fundamental del poema hasta el cuadro final, tras la sangrienta batalla que cubre el campo de cadáveres; *las rapaces pacientes esperan, y cerca de los escudos caídos que reflejan la luna, los monos... tocan con un dedo intrigado los ojos de los muertos*². La acción del hombre debe expresar su deber prefijado, su *dharma*, sin esperanza en el valor de la acción y sin temor de sus consecuencias. En la *maya* del mundo, la vida y la muerte son apariencia; nadie muere y sólo la divinidad obra. *¿Quién podría matar la inmortalidad?*

Es interesante notar que Malraux sugiere, con la evocación de Príamo, la tristeza troyana y Antígona, el mundo griego. Más

² Pág. 290.

adelante compara este sentimiento religioso con el de otros pueblos.

*Lejos de nosotros en el sueño y en el tiempo, la India pertenece al antiguo Oriente de nuestra alma... ¿Qué resulta de Zeus frente a Siva? El único dios antiguo cuyo lenguaje sea digno de la India es el dios sin templos; el Destino*³.

No sé si Malraux, al escribir esto, recordaría unas líneas escritas por él⁴ veinte años antes: *Fin de lo único en beneficio de la multiplicidad del mundo, fin del valor supremo de la contemplación y los estados psíquicos en que el hombre cree alcanzar lo absoluto acordándose a los ritmos cósmicos para perderse en su unidad, el arte griego es el primero que nos parece profano. Las pasiones fundamentales tomaron en él su sabor humano; la exaltación empezó a llamarse alegría. La danza sagrada en la que aparece la figura helénica es la del hombre liberado al fin de su destino.*

La tragedia aquí nos engaña. La fatalidad de los Atridas es en principio el fin de las grandes fatalidades orientales. Los dioses se ocupan de los hombres cuanto los hombres de los dioses. Sus figuras subterráneas no vienen de la eternidad de la arena babilónica; se liberan de ella al mismo tiempo que los hombres, como los hombres; en el destino del hombre, el hombre empieza y el destino concluye.

Quando Malraux ha sugerido el mundo griego a propósito del poema indio no ha sido para establecer una comparación explícita, sino porque para comprender mejor ese mundo espiritual lejano nos ayuda mucho el parangón con el ámbito griego familiar. Intuimos la grandeza poética del *Canto del Bienaventurado*, pero percibimos al tiempo la distancia, la extrañeza e incredulidad que nos separa de su concepción de la vida. A pesar de ciertas analogías con el Cristianismo y con el idealismo alemán, tan influenciado por la concepción budista, el hombre occidental sigue sintiendo como el héroe homérico la dureza de la realidad precedera, y la decisión humana como un riesgo personal. La muerte es para él una realidad suficiente.

³ Pág. 291.

⁴ *Le musée imaginaire*, París, 1947; cito por la ed. de 1965³, 171.

La *Iliada* es también un poema de la muerte, como subrayó bien Reinhardt. Todos están destinados a ella, los grandes héroes, que pueden asumirla como Aquiles por una elección personal, y los "pequeños combatientes", que surgen del anonimato en ese momento fatal. Irónicamente los inmortaliza el poeta, en esa justificación del acontecer humano que es el canto épico para los venideros, en el momento en que van a cumplir su destino mortal frente a un guerrero más fuerte. Pero aquí no hay un trasfondo metafísico. No renacerán los muertos. Dejaron un vacío tan vano como la estela del barco en la mar, a no ser por el poeta que los recuerda un momento piadosamente; y nos dice que aquel guerrero cayó como un gran árbol, o que sus padres o su esposa lo esperan, ya inútilmente. Negra tierra o fantasmática sombra, el muerto ya no es más.

El pensamiento indio, al conferir plena realidad al mundo trascendente de Krisna y de Siva, en que la inmortalidad preside el círculo eterno del morir y renacer, convierte el mundo humano en vano juego ilusorio y despoja al obrar humano de su trágica responsabilidad. Nada tiene valor sino el seguir la senda trazada desde la eternidad. Por el contrario, el griego cree que sólo el mundo presente es real y que la acción libre define al hombre que debe hacerse y elegirse su destino.

Muy superficial sería preguntarnos cuál de las dos respuestas es más profunda o más correcta. La solución india es la huida a la trascendencia; la griega es la negación de aquélla y la acepción de la muerte como la última realidad. Los dioses griegos son demasiado humanos para garantizar al hombre un más allá; los indios, demasiado sobrehumanos para salvar la humanidad; para postular la eternidad tienen que negar el presente, el obrar y el sufrir. En la alternativa el mundo griego se define, al contrario, con Homero, ya en un principio, por la aceptación trágica del mundo mortal como el definitivo. Comparando ambos poemas podemos sentir la radicalidad opuesta de ambas epopeyas.

Tal vez podamos interpretar en este sentido una enigmática sentencia de Nietzsche⁵ sobre los dioses griegos: *Los dioses "fri-*

⁵ *Consideraciones intempestivas*, 236.

volos": *éste es el más alto embellecimiento que ha logrado el mundo; es el sentimiento de la gravedad de la vida.*

2. EL FIN DE ULISES

"Αχ, ἦμουν ἄνθρωπος κι ἐγὼ ζεστός και χόρευε ἡ καρδιά μου
κι εἶχα πατρίδα, ταῖρι και παιδι κι ἕνα γοργὸ καράβι-
μὰ ἀχού! μὲς στὴ θεὰ ναυάγησε και σκόρπισε ἡ ψυχὴ μου!

(N. Kasantsakis, *Odisea* II 150-152)

Nadie con más derecho que Ulises para convertir en divisa propia la sentencia pindárica: "Alma mía, no persigas una vida inmortal, pero agota los recursos de esta realidad" (P. III 61-62). Ha ido al mundo de los muertos para indagar su futuro terreno. No le ha interesado la inmortalidad ofrecida por Calipso. No ha intentado otra pregunta, frente a las inalcanzables sombras del Hades, que la de su regreso a Ítaca. Bajó al infierno para informarse de cómo llegaría a su casa. Nadie ha ido tan lejos con un motivo tan efímero. Otros viajeros al más allá, Gilgamés, Virgilio, Dante, tenían una trascendente inquietud en su peregrinaje. Los griegos, tanto Ulises como Heracles y Orfeo, fueron allí para regresar pronto, y no mostraron por ese otro mundo espectral la fascinante atracción que sintieron los caldeos y los etruscos. Mundanos nobles que no esperan nada después de la muerte, los héroes homéricos comparten la opinión de Aquiles, ya sólo fantasmática sombra, en el Hades odiseico: "Mejor esclavo de un campesino que rey de los muertos". Es sintomática la inutilidad de este viaje, tan sugestivo por sus evocaciones episódicas, dentro de la trama de la *Odisea*. La profecía de Tiresias sobre el destino de Ulises es repetida después por Circe: bien pudo entonces el héroe pensar que la diosa pod'a haberle ahorrado el viaje. La *Nekuia* es juego de contrastes sombríos y evocación literaria de figuras patéticas, rasgos muy propios del autor de la *Odisea*, sin otra finalidad que la de una estupenda decoración como último margen de los viajes de Ulises⁶.

⁶ Sobre el viaje de Ulises al Hades me parecen muy sugestivas las observaciones de K. REINHARDT *Die Abenteuer der Odyssee* (recogido ahora

Con esa limitación terrenal tan helénica, la figura de Ulises presenta una notable ambigüedad frente a la aventura, reflejada por su epíteto de πολύτλας, el “muy sufridor” y el “muy osado”. Homero nos lo pinta añorando siempre el hogar, el humo de su casa, el amor de la lumbre en el mégaron familiar, la cotidiana costumbre. Se ve metido en una serie de peligros y aventuras a su pesar, como a su pesar marchó a Troya. Y, sin embargo, hay en su carácter algo que insinúa que, una vez reconquistado su lugar en Ítaca, no permaneció gozando esta difícil paz hasta su muerte. Algo le incitaba a continuar siempre buscando la aventura. Acaso la estirpe de Autólico, visible en su tipo de pirata mediterráneo, curtido, pelirrojo, de cortas piernas y gestos expresivos. Tal vez una extraña inquietud que el mar infunde. El mar, “dotado de delirios, piel de pantera y clámide hendida por mil ídolos de sol, hidra absoluta” según Valéry, le invitaba repetida, irresistiblemente, a huir la monotonía de Ítaca otra vez sobre su inarrugable lomo felino. Tal vez la nostalgia de otra patria le empujaba a marchar de nuevo cuando comprendió que la patria no estaba en la tierra poseída ni en los brazos de Penélope, sino en la ausencia y el altamar prodigioso. Homero lo calla, pero la leyenda sabía lo que sospechábamos. Ernie Bradford insinúa en las últimas líneas de su libro *Ulysses Found*: “Una noche botaron —Ulises y sus compañeros— la negra nave al mar y desataron las cuerdas que la anclaban a las agujereadas piedras. Dirigieron los ojos del navío hacia el Oeste, se sentaron en hilera y batieron el agua gris del mar”.

Según Bradford, Ulises pensó: “Aquel anhelo me ha hecho más rico que la posesión de las cosas que anhelaba”. Un tanto quijotesicamente, el camino se le habría hecho más familiar que la posada. Acaso esta reivindicación de la perpetua inquietud de Ulises es unilateral: subraya lo que tiene de símbolo del afán humano, incesante e insatisfecho. También es posible encubrir

en *Tradition und Geist*, Gotinga, 1960, 47-124), L. A. STELLA *Il poema di Ulisse*, Florencia, 1955, y FINLEY *El mundo de Odiseo*, tr. esp. Méjico, 1961. Como interpretación reciente, subrayando la importancia de este viaje, puede verse el libro de G. BONA *Studi sull'Odisea*, Turín, 1966 (cf. mi reseña en *Emerita* XXXV 1967, 389-390).

lo hipotético de esta prolongación odiseica bajo el epíteto de "fatal".

De estas andanzas posthoméricas ha tenido Ulises dos grandes poetas: Dante y Kasantsakis. Ambos cedieron a la tentación de prolongar la trayectoria de sus aventuras. Homero creyó que el retorno a la casa y los brazos de Penélope podrían retenerlo. Sin embargo, los años pasados en el mar y la curiosidad insaciable de quien oyó el canto de las sirenas eran una parte de este Ulises, que difícilmente podría agotarse en la repetida placidez de Ítaca.

Jorge Luis Borges, en un soneto, ha intentado resumir⁷ ese final de la *Odisea* homérica:

*Ya la espada de hierro ha ejecutado
la debida labor de la venganza;
ya los ásperos dardos y la lanza
la sangre del perverso ha prodigado.*

⁷ *Odisea*, libro vigésimotercero, en *Obra poética*, Buenos Aires, 1964, 231. En su obra lírica, Ulises es, con Heráclito y Edipo, el personaje griego más aludido. Cf. o. c. 148 (*Poema del cuarto elemento*):

*Fuiste, bajo ruinosos vientos, el laberinto
sin muros ni ventanas cuyos caminos grises
largamente desviaron al anhelado Ulises
a la muerte segura y al azar indistinto.*

Igualmente págs. 201 (*A propósito de un elogio a Alfonso Reyes*) y 221 (*Arte poética*):

*Cuentan que Ulises, harto de prodigios,
lloró de amor al divisar su Itaca
verde y humilde. El arte es esa Itaca
de verde eternidad, no de prodigios.*

Y también pág. 281 (*Otro poema de los dones*):

*Gracias quiero dar al divino
laberinto de los efectos y las causas
por la diversidad de las criaturas
que forman este singular universo,
por la razón que no cesará de soñar
con un plano del laberinto,
por el rostro de Helena y la perseverancia de Ulises...
por el último día de Sócrates...
por la tortuga de Zenón...*

Finalmente (*España*), en pág. 274: *España, donde Ulises descendió a la casa de Hades...*

*A despecho de un dios y de sus mares
a su reino y su reina ha vuelto Ulises,
a despecho de un dios y de los grises
vientos y del estrépito de Ares.*

*Ya en el amor del compartido lecho
duerme la clara reina sobre el pecho
de su rey, pero ¿dónde está aquel hombre*

*que en los días y noches del destierro
erraba por el mundo como un perro
y decía que Nadie era su nombre?*

La posterior salida de Ulises intentaría salvar esa parte de sí mismo que Homero ha subordinado aquí al final feliz, conclusión convencional y no definitiva.

También Cesare Pavese⁸ ha descrito, en un diálogo entre Calipo y Ulises, el ansia irrefrenable de éste. Es el titulado *La isla*, del que traduzco unas líneas:

⁸ *Dialoghi con Leucò* (1966), pág. 109. Cuando Cesare Pavese se suicidó, en agosto de 1950, quedó en la habitación de su albergue de Turín un ejemplar de su obra *Dialoghi con Leucò*, acompañante continuamente leído y anotado como una pregunta ya desesperada. *Dialoghi con Leucò* es un rumor de mitos griegos y la repetición apasionada de la trágica pregunta por el destino humano. Máscaras helénicas, familiares y brumosas, inquietan el sentido de su existir mítico. Edipo y Tiresias, Orfeo, Meleagro, Safo, Heracles y los dioses inmutables intentan hallar una explicación a sus trágicos problemas. El existencialista Pavese trata de representar en estos diálogos la incomprensible tragedia que la existencia personal, angustiosamente problemática, constituye. Bajo los avatares míticos el hombre actual percibe un entrañado eco de misterio y humanidad. En su angustia ante la muerte, la oscura presencia divina, la libertad del actuar humano, la inconsciencia de los fines y una vaga nostalgia, las figuras del mito helénico plantean las preguntas más inquietantes. Hay una monótona y grave austeridad en la presentación, lejana a toda retórica, en esta interpretación de las leyendas griegas. Se refleja en ella la creencia de Pavese de que el discurrir no sirve a modificar la acción ya fatalmente definida por lo irracional de la vida, a veces designio de los dioses, a veces un carácter interno de los personajes. Me parece ésta una de las obras modernas más interesantes sobre el mito griego. La seriedad con que se plantea el tema es visible también por las referencias de Pavese en su diario *El oficio de vivir* y en alguno de sus artículos recogidos en el libro traducido al español

Calipso. — *Sin embargo, Odiseo, vosotros los hombres decís que reencontrar lo que se ha perdido es siempre un mal. El pasado no vuelve. Nada rige el caminar del tiempo. Tú que has visto el Océano, los monstruos y el Eliseo, ¿podrás todavía reconocer las casas, tu casa?*

Odiseo. — *Tú misma has dicho que llevo la isla en mí.*

Calipso. — *¡Oh, cambiada, perdida, un silencio! El eco de un mar tras los escollos o un poco de humo. Contigo nadie podrá compartirla. Las casas serán como el rostro de un viejo. Tus palabras tendrán un sentido diferente a las tuyas. Estarás más solo que en el mar.*

Odiseo. — *Sabré al menos que debo detenerme.*

Calipso. — *No vale la pena, Odiseo. Quien no se detiene ahora, de golpe, no se detiene nunca ya. Lo que haces, lo harás siempre. Debes romper una vez el destino, debes salirte del camino y dejarte sumergir en el tiempo...*

Odiseo. — *No soy inmortal.*

Pero Calipso, el lector lo sabe, le advierte en vano. En vano es razonar contra ese destino que es el propio carácter. Es una necesidad interna, psicológica, la que le impulsa a marchar, a buscar, a seguir incesantemente.

No resulta, pues, extraño lo que dice el Ulises de Dante al contarnos la partida para su último viaje, el que le conduce a la muerte en el confín atlántico del mundo:

*Nè dolcezza di figlio, nè la pietà
del vecchio padre, nè 'l debito amore
lo qual dovea Penelope far lieta,*

con el título de *El oficio de poeta*. También A. Moravia, en su obra *El desprecio*, contrapone tres interpretaciones de la *Odisea* representadas por tres personajes: el productor de la película sobre ésta quiere una visión espectacular y superficial; el director alemán, una interpretación freudiana de Ulises; el guionista, una versión heroica y dantesca.

*vincer poter dentro da me l'ardore
ch'èbbi a divenir del mondo esperto,
e de li vizi umani e del valore.*

A ciertos héroes, cuya esencia es la lucha y la inquietud, nada sino la muerte puede detenerlos. Tampoco don Quijote se quedó largo tiempo entre las blancas bardas de su casa manchega. Tan internamente fatal como la quijotesca era una nueva salida de Ulises. Homero no ha cantado esa segunda parte de la *Odisea* que nuestra visión del héroe postula. Sin embargo, sabemos que otros poemas griegos, como la *Telegonía*, hablaban de nuevos viajes que, ahora sí, sólo la muerte detenía.

Kasantsakis, influido por Dante, ha simbolizado en Ulises el arrojío fáustico del hombre que intenta llegar al final y plantear las últimas preguntas de su naturaleza. El Ulises de esta segunda *Odisea* ve su recobrado hogar de Ítaca como una tentación más de la Muerte. En el libro II de Kasantsakis, Ulises cuenta, ante el fuego del mégaron familiar, sus aventuras y las tres grandes tentaciones que la Muerte le tendió. La primera, cuando, junto a Calipso, pudo hacerse inmortal olvidando su condición humana para alcanzar la calma feliz de los dioses. La segunda, cuando, con Circe, pudo lograr una existencia inocente y sensual, convertido en una bestia junto a esta diosa de los animales. En tercer lugar, en la normalidad de una vida feliz y sin historia junto a Nausícaa se le apareció otra vez más una terrible huida al sufrimiento; y a todas ellas logró vencer. Un remo roto en la desierta playa de Ogigia, o la alegría maternal de una pobre mujer junto a su hijito, recordaron a Ulises lo preferible de su condición humana. Este Ulises de Kasantsakis⁹, que tiene mucho de Prometeo

⁹ El tema de Ulises, uno de sus héroes, parece haber tentado siempre a Kasantsakis. En su primera novela *Toda Raba* (1929) escribía: *Soy un marinero de Ulises con ardiente corazón, pero claro y cruel entendimiento; mas no de aquel Ulises que regresó a Ítaca y se detuvo allí, sino de otro Ulises que regresó, mató a sus enemigos y, ahogándose en su patria, se lanzó de nuevo al mar* (cito por K. Friar en su introducción a su trad. de la *Odisea*, pág. XXVI). En su última obra, autobiográfica, *Carta al Greco* (trad. esp. 1963), en el capítulo titulado *La semilla de la "Odisea" germina en mí*, se dirige (pág. 394) a un imaginario Ulises: *Y muy al principio,*

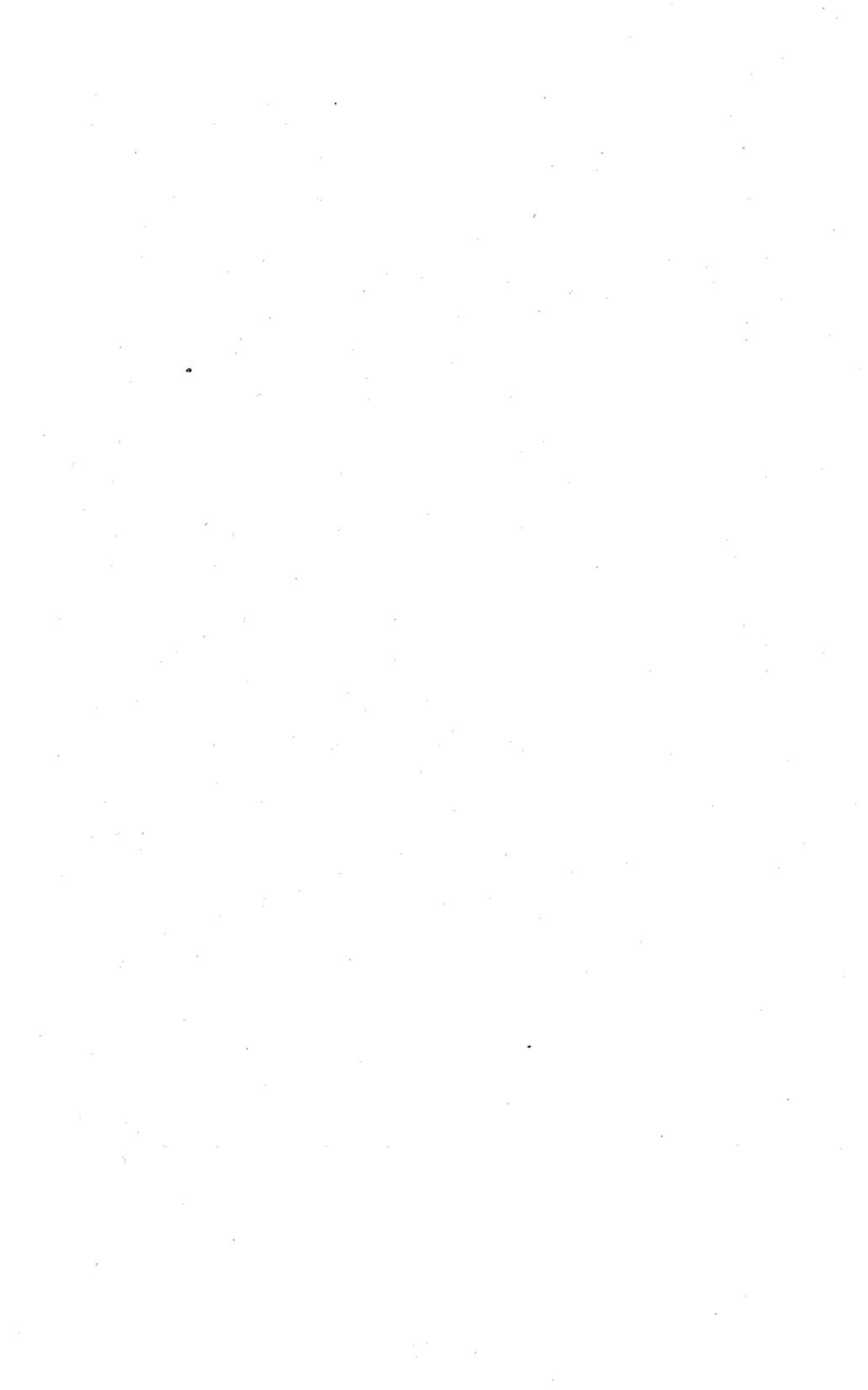
y de Fausto, ve en la inmovilidad una sombra engañosa de la muerte, y ahora, al acabar la narración, deja vagar su mirada por el ambiente familiar, plácido y deseado durante largo tiempo... *Y de pronto, de miedo estremeciósse y suspiró. Ahora comprendía que también su patria era una suave máscara de la muerte* (II 43-44).

Así, pues, Ulises abandona su casa para seguir su destino y "apurar los recursos de la vida humana", como aconseja la frase de Píndaro. Durante los veintidós cantos restantes del poema de Kasantsakis luchará exterior e interiormente con inagotable empeño hasta sentir el frío viento de la muerte irrefutable y ver desaparecer el mundo real —con sus granadas, sus higos y sus racimos de uvas— y gritar, por vez definitiva: "*¡Adelante, muchachos, izad velas, que ya la brisa de la muerte sopla en bravo viento!*"

Ningún final para Ulises alcanza, sin embargo, la trágica y simbólica grandeza del relatado en la obra dantesca. Allí, en el octavo círculo del Infierno, es el propio Ulises quien al narrar, como hace en la *Odisea* con las demás aventuras marinas, su último viaje en primera persona, nos deja sentir toda la energía de su carácter hasta ser tragado en los límites del mundo por su eterno amigo y enemigo, el mar. De no haber desaparecido bajo la tromba marina, Ulises habría llegado a la tierra que presentía y habría descubierto, antes que la Historia, América. Lo que, ciertamente, no sospechaba Dante cuando lo puso en tal camino.

CARLOS GARCÍA GUAL

cuando aún no te conocía, coloqué en tu camino, para impedirte partir, lo que yo creía la trampa más hábil, a Ítaca. Pero tú habías reído a carcajadas, respirado profundamente, e Ítaca había sido pulverizada. Fue entonces cuando comprendí, alabado seas tú, destructor de patrias, que Ítaca no existe; no hay más que el mar y una barca minúscula como el cuerpo del hombre, y en ella el espíritu por capitán.



información bibliográfica

REVISTA DE REVISTAS

Archivo Español de Arqueología, vol. XL (primero y segundo semestres de 1967, núms. 115 y 116):

A. García y Bellido: *La latinización de Hispania* (3-29). — J. M.^a Blázquez: *Posible origen africano del Cristianismo español* (30-50). — D. Fletcher Valls: *Orleyl III, plomo ibérico escrito procedente de Vall d'Uxó* (51-59). — S. Mariner Bigorra y R. Pita Mercé: *Lápida funeraria de Servila Prepusa a su hija Lesbia, hallada en Guissona (Lérida)* (60-68). — M. A. García Guinea: *Las puntas de flecha con anzuelo y doble filo y su proyección hacia Occidente* (69-87). — A. Blanco Freijeiro: *Un molde de terracota, de Baena* (89-92). — A. Blanco Freijeiro: *Plata oretana de "La Alameda" (Santisteban del Puerto, Jaén)* (92-99). — A. Blanco Freijeiro: *El pasarriendas romano de Morón* (99-103). — R. Pita Mercé: *La muralla romana de Ager (Lérida)* (104-109). — A. García y Bellido: *Sobre un tipo de estela funeraria de togado bajo hornacina* (110-120). — E. Osset Moreno: *La "villa" romana de Rienda, en Artiesa de Aragón (Zaragoza)* (120-129). — J. F. de la Peña: *Alfares y marcas de ánforas del valle medio del Guadalquivir* (129-137). — J. M. Luzón: *Lucernas mineras de Riotinto* (138-150). V. Sevillano Carvajal: *Tégulas romanas de la provincia de Zamora* (151-154). — M. Corchado Soriano: *Hallazgos en "La Toscana", Jaén* (154-159).

Archivo Español de Arqueología, vol. XLI (primero y segundo semestres de 1968, núms. 117 y 118):

R. Giveon: *Egyptian Tomb-scenes on Phoenician Objects from the Near East and from Spain* (5-15). — A. García y Bellido: *Las cámaras funerarias de la cultura castreña* (16-44). — A. do Paço: *Citanía de Sanfins (Paços de Ferreiro - Portugal)* (45-59). — M. Pellicer: *Las primitivas cerámicas a torno pintadas hispanas* (60-90). — A. Blanco Freijeiro: *Documentos metrocos de Hispania* (91-100). — J. M. Luzón: *Los sistemas de desagüe en minas romanas del suroeste peninsular* (101-120). — C. Callejo Serrano: *La arqueología de Norba Cesarina* (121-149). — J. M. Luzón: *El municipio Flavio Oningitano y la génesis de un epígrafe* (150-155). — S. Mariner:

Rectificaciones (156-157). — A. Balil: *Marcas de ceramistas en lucernas romanas halladas en España* (158-178). — M.^a A. Mezquíriz: *Un vaso de "Iucundus" en el museo de Santander* (179-182). — D. Martínez de la Peña: *Documentos referentes a la adquisición de "Las bodas Aldobrandinas" por la Santa Sede* (183-193). — J. Mascaró Passarius: *Noticia de algunas piezas arqueológicas rescatadas del fondo del mar en las islas Baleares* (199-201). — J. Taboada: *Estelas romanas del "Castrum Baroncelli" (Monterrey)* (201-204).

Boletín Arqueológico de la Real Sociedad de Arqueología de Tarragona,
vol. LXVI, fascs. 93-96 (1966):

L. Vilaseca de Pallejá: *Un enterramiento de época ibero-romana en Reus* (19-24). — S. Vilaseca - A. Prunera: *Sepulcros de losas, antiguos y altomedievales, de las comarcas tarraconenses* (25-46). — A. García y Bellido: *Galos, ligures, rutenos y aetolios como auxiliares de los ejércitos de ocupación de la península Ibérica durante la república* (47-48). — S. Mariner Bigorra: *Ecos tardíos y lejanos de epígrafes tarraconenses en uno pacense* (49-57). — T. Espinel y D. Cabré: *Notas toponímico-arqueológicas sobre Berrús (Tarragona)* (59-70).

Boletín Arqueológico de la Real Sociedad de Arqueología de Tarragona,
vols. LXVII-LXVIII, fascs. 97-104 (1967-1968):

C. Batlle Gallart: *Una estatua de Tarragona en el Museo Marés de Barcelona* (183-184). — P. Beltrán Villagrasa: *Algunas monedas retocadas con la leyenda "cese"* (233-251).

Boletín del Instituto de Estudios Helénicos, tomo II, fasc. 2 (1968):

M. C. Díaz y Díaz: *El monasterio de Ripoll y la transmisión de la cultura clásica* (5-12). — C. Miralles: *Estado actual de la investigación en tragedia clásica* (13-36). — J. Carrière: *El punto sublime de la tragedia griega* (37-40). — F. J. Cuartero: *La metáfora de la nave, de Arquiloco a Esquilo* (41-45). — J. Castellanos Vila: *L' "Oresteia" en la democràcia grega* (47-49). — J. Casorrán: *En torno a la "Licurgia" de Esquilo* (51-56). E. Vintró: *Tucidides y Sófocles ante la peste* (57-64). — J. M. Marijoan: *La "Andrómeda" de Sófocles. Intento de reconstrucción* (65-67). — J. Sariol: *En torno al "Ajax" (69-71)*. — J. Alberich: *Un esbozo sociológico de "Edipo, rey" (73-75)*. — A. Seva: *La doble recensió de les tragèdies de Sèneca (77-79)*.

Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CLXIII, cuad. II (octubre-diciembre de 1968):

A. García y Bellido: *Lápidas votivas a deidades exóticas halladas recientemente en Astorga y León* (191-209). — G. de Andrés: *La colección de códices griegos de Diego de Covarrubias, obispo de Segovia* (227-242). Th. Hauschild: *La iglesia martirial de Marialba (León)* (243-249).

Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, tomo XXXIII (1967):

P. de Palol, G. Rosselló-Bordoy, A. Alomar y J. Camps: *Notas sobre las basílicas de Manacor, en Mallorca* (9-48). — C. García Merino: *Tres yacimientos de época romana inéditos en la provincia de Soria* (167-210). — J. M.^a Caamaño Martínez: *Iconografía mariana y Hércules cristianizado en los textos de Paravicino* (211-220). — P. de Palol, E. Fontaneda y J. Cortés: *Nuevos hallazgos arqueológicos de la zona de Valladolid* (221-240).

Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura, tomo XLIV, cuad. III (julio-septiembre de 1968):

D. Fletcher y N. Mesado: *Nuevas inscripciones ibéricas de la provincia de Castellón de la Plana* (137-165).

Caesaraugusta, fascs. 29-30 (1967):

M. Beltrán Lloris: *Sobre un bronce inédito de Damaniu* (127-132). — L. Villaronga: *Las monedas de Celse bilingües, posiblemente acuñadas por los pompeyanos* (133-142). — A. Beltrán: *El problema de la muralla "ciclópea" de Tarragona* (143-155). — R. Pita Marcos: *La localización de yacimientos romanos en el valle medio del Ebro* (157-177). — M. Martín Bueno: *Los Castellazos de Mediana (Zaragoza)* (201-202). — G. Fatás Cabeza: *La colección de pesas de telar del Museo Arqueológico de Zaragoza* (203-208). — G. F. C.: *Sobre un fragmento de "terra sigillata" hallado en Bilbilis* (209).

Convivium, núm. 27 (abril-septiembre de 1968):

A. Schaff: *El lenguaje y la actividad humana* (3-20). — E. Barjau: *Carles Riba: la poesía como potenciación del lenguaje* (39-53). — E. Valentí: *Presència de la tradició clàssica a la Renaixença catalana* (55-78).

Convivium, núm. 28 (octubre-diciembre de 1968):

J. Alsina: *Hipócrates: "Sobre la medicina antigua"* (traducción y notas de J. A.) (107-124).

Emerita, vol. XXXVI, fasc. 1.º (primer semestre de 1968):

W. Pötscher: *Bemerkungen zum Porphyrius-Text* (1-6). — C. Codoñer: *El sistema de los indefinidos latinos* (7-24). — J. Gil: *El genitivo en "-i" y los orígenes de la declinación temática* (25-43). — J. O'Callaghan: *Al estratego del nomo oxirrinquita* (45-47). — A. R. Baca: *The Role of Delia and Nemesis in the "Corpus Tibullianum"* (49-56). — F. Sanz Franco: *La traducción antropológico-cultural de los textos antiguos: la "Iliada"* (57-75). — L. Rubio: *Los modos verbales latinos* (77-96). — J. S. Lasso de la Vega: *Notas al "Gorgias"* (97-119). — A. Díaz Tejera: *Análisis de los manuscritos polibianos "Vaticanus Gr." 1005 y "Vindobonensis Gr." 59 y de sus aportaciones al libro I de las "Historias"* (121-147).

Emerita, vol. XXXVI, fasc. 2.º (segundo semestre de 1968):

F. Villar Liébana y J. López Facal: *La morfología griega y la segmentación en morfemas* (199-212). — A. Torrent: *Para una interpretación de la "potestas censoria" en los emperadores Flavios* (213-229). — N. Fernández Marcos: *Observaciones sobre los himnos de Gregorio Nacianceno* (231-245). — A. Pariente: *El problema de las formas "stlocus", "stlis", "stlat(t)a" y "stlatarius"* (247-269). — G. de Andrés: *Los códices griegos del doctor Micón, catedrático de Teología en Barcelona* (271-277). — C. Castillo: *"Numerus, qui graece ροθμός dicitur"* (279-308). — H. D. Rankin: *The ἀδύνατον as a Proof of "nullam rem e nilo" in Lucretius (I 150-70)?* (309-313). — M. Cerezo Magán: *Miscelánea epigráfica. Inscripciones de la provincia de Badajoz* (315-320).

Helmantica, vol. XIX, núms. 59-60 (mayo-diciembre de 1968):

J. Guillén: *El latín de las XII Tablas. Sintaxis y estilística* (193-246). — J. Igal: *Observaciones al "Teeteto" platónico (152 "d" - 157 "c")* (247-275). — J. Jiménez Delgado: *Juvenco en el código matritense 10.029* (277-332). — J. Campos: *"Propitio ac sereno vultu" del canon de la Misa* (333-342). — J. Campos: *Reflexiones previas a la traducción de Tácito* (343-350). — J. M.ª Serrano Serrano: *Justificación de los regímenes sociales en los clásicos* (351-365).

Helmantica, col. XX, núm. 61 (enero-abril de 1969):

E. Rivera de Ventosa: *La στοργή o el "amor-cariño" en Sófocles a la luz del método fenomenológico. La vinculación en la sangre (5-25)*. — J. Oroz Reta: *Del puerto de la filosofía al puerto de la muerte (27-65)*. — J. Guillén: *El latín de las XII Tablas (67-103)*. — J. Campos: *"Disciplina" y su tradición en la vida monástica (105-132)*.

Humanidades, vol. XIX, núm. 48 (septiembre-diciembre de 1967):

I. Muñoz Valle: *Cronología de las tragedias de Séneca (316-330)*.

Mélanges de la Casa de Velázquez, tomo IV (1968):

G. Nicolini: *Gestes et attitudes culturels des figurines de bronze ibériques (27-50)*. — D. Nony: *Claude et les Espagnols, sur un passage de l' "Apoloquintose" (51-71)*. — D. Nony: *Une empreinte monétaire sur fragment de "terra sigillata" trouvé à Belo (387-390)*. — C. Domergue: *Un envoi de lampes du potier Caius Clodius. Note complémentaire (391-392)*. — A. García y Bellido, G. Nicolini, D. Nony y C. Domergue: *Les fouilles de la Casa de Velázquez à Belo-Bolonia (Cádiz) en 1967 (393-399)*.

Mínos, vol. IX, fasc. 2 (1968):

J. P. Olivier: *La série Ws de Cnossos (173-183)*. — C. Sourvinou: *A propos de la tablette KN As 821 (184-186)*. — F. R. Adrados: *"Di-pi-jo" y el mes Dipsio de Farsalo (187-191)*. — J. Chadwick: *Mycenaean Wine and the Etymology of γλυκός (192-197)*. — E. P. Hamp: *The Name of Demeter (198-204)*. — J.-L. Perpillou: *La tablette PY An 724 et la flotte pylienne (205-218)*. — D. A. Hester: *Recent Developments in Mediterranean "Substrate" Studies (219-235)*.

Palaestra Latina, vol. XXXVIII, fasc. 4 (núm. 204: diciembre de 1968):

J. M. Mir: *Alorci Hispani oratio apud T. Livium (157-164)*. — N. Mangeot: *De Cicerone philosopho (169-173)*. — N. Mangeot: *Caesar qualis fuerit paucis illustratur (173-176)*.

Palaestra Latina, vol. XXXIX, fasc. 2 (núm. 206: junio de 1969):

L. E. Sansegundo: *Lemmata veterum horologiis solariis inscripta (49-54)*. — N. Mangeot: *De Plutarchi "Vitis parallelis" (83-85)*.

Perficít, vol. I, núms. 15-17 (mayo-julio de 1968):

F. Díaz de Cerio: *La historia según san Agustín* (1-52).

Perficít, vol. I, núms. 18-19 (octubre-noviembre de 1968):

A. Barcenilla: *Porfirio: la gruta de las ninfas. Un comentarista de Homero* (1-29).

Perficít, vol. I, núm. 20 (diciembre de 1968):

A. Díez Escanciano: *Métrica y figuras en Homero y en Virgilio* (1-22).

Perficít, vol. II, núms. 21-22 (enero-febrero de 1969):

A. Sáenz-Badillos: *El "Fedón" de Platón: estudio filosófico* (1-37).

Perficít, vol. II, núms. 23-24 (marzo-abril de 1969):

A. Barcenilla: *El indoeuropeo. Adjuntos históricos* (1-33).

Perficít, vol. II, núm. 25 (mayo de 1969):

N. Muguruza: *Cicerón. "Lelio sobre la amistad"* (1-31).

Perficít, vol. II, núms. 26-27 (junio-julio de 1969):

A. Barcenilla y J. M.^a Fernández: *Epigramas de Marcial. Libro I. Introducción de A. B. Traducción y notas de J. M.^a F.* (1-50).

Pyrenae, núm. 3 (1967):

A. Arribas: *La necrópolis bastetana del Mirador de Rolando (Granada)* (67-105). — M. Oliva Prat: *El nuevo plomo con inscripción ibérica hallado en Ullastret* (107-122). — J. Maluquer de Motes: *La colección arqueológica "Victor Català"* (123-149). — M.^a E. Aubet: *La necrópolis ligur de Chiayari* (151-154).

Studia Papyrologica, tomo VIII, fasc. 1.º (enero-junio de 1969):

R. Cavenaile: *Dionysias-les-Mines (Fayoum)* (7-35). — J. O'Callaghan: *Heródoto: "Historias" I 209, 3-4 (PPalau Rib. inv. 135)* (37-42).—H. Quecke: *Ein koptischer Papyrus mit den Einsetzungsworten der Eucharistie (PPalau Rib. inv. 138)* (43-53).

Una Voce, núm. 2 (agosto de 1968):

B. Houghton: *Oración, gracia y liturgia* (4-20).

Una Voce, núm. 3 (octubre de 1968):

S. Mariner Bigorra: *El latín, ¿cabeza de turco o válvula de seguridad?* (13-15).

Una Voce, núm. 4 (diciembre de 1968):

J. Calonge: *Misa del gallo de 1968* (1-3). — P. Tilloy: *Un importante documento sobre la liturgia* (3-16).

Zephyrus, vols. XIX-XX (1968-1969):

J. M.^a Roldán Hervás: *Fuentes antiguas para el estudio de los Vettones* (73-106). — J. M.^a Blázquez: *Terracotas de Calés en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid* (107-113). — F. J. Fernández Nieto: *Beribraces, edetanos e ibercaones (pueblos prerromanos en la actual provincia de Castellón)* (115-142). — J. Bernier y F. J. Fortea: *Nuevo grafito ibérico de Córdoba* (165-168). — F. J. Fernández Nieto, J. Fortea y J. M.^a Roldán: *Una nueva inscripción del Museo Arqueológico de Córdoba* (169-173). — J. M. Luzón: *Una inscripción paleocristiana en Almonte (Huelva)* (175-177). J. M. Luzón: *Un plato de "Genucilia" en Sevilla* (177-178). — J. M. Fernández y J. M. Junceda Avello: *El castro de Mohías (Coaña)* (178-181). — J. Bernier: *Una nueva estela grabada junto a las murallas ibéricas de Ategua en la provincia de Córdoba* (181-185). — E. Rada García: *Estela antropomórfica existente en el Instituto Nacional de Enseñanza Media de Ciudad Rodrigo* (185).

OTROS ARTÍCULOS O FOLLETOS DE TEMA CLÁSICO

- A. Blanco Freijeiro: *Ruinas de Ostia antigua* [Goya, núm. 86 (sept.-oct. 1968), págs. 68-75].
- J. Igal: *El concepto φύσις en "La república" de Platón* [Pensamiento, vol. XXIII (1967), págs. 407-436].
- I. Muñoz Valle: *Moral y política en Séneca* [ibid., vol. XXIV (1968), págs. 383-389].
- A. Fernández-Galiano: *El Humanismo en la doctrina de la Iglesia durante los últimos veinticinco años* [Rev. Fac. Der. Univ. Madr., vol. XI (1967), págs. 85-103].
- M. Guerra Gómez: *El idioma del Nuevo Testamento* (Burgos. Facultad de Teología del Norte de España. 1969).
- J. S. Lasso de la Vega: *La "Antígona" de Sófocles por Bertolt Brecht* [Cuad. Hispanoam., núm. 228 (diciembre 1968), págs. 1-55].
- J. A. Valente: *La respuesta de Antígona* [Pap. Son Arm., año XIV, tomo LII, núm. CLV (febrero 1969), págs. 123-134].
- J. H. Silverman: *Plinio, Pedro Mejía y Mateo Alemán: la enemistad entre las especies hecha símbolo visual* [ibid., núm. CLIV (enero 1969), páginas 30-38].
- A. Calonge: *El "Pontifex maximus" y el problema de la distinción entre magistraturas y sacerdocios* [An. Hist. Der. Esp., vol. XXXVIII (1968), págs. 5-29].
- F. Samper Polo: *La disposición "mortis causa" en el Derecho romano vulgar* (ibid. 87-227).
- A. Álvarez Villar: *Computadoras y humanismo médico* (A B C, 11-X-1968).
- L. Díez del Corral: *El joven Ortega y el clasicismo* [Rev. Occ., año VI, núm. 66 (sept. 1968), págs. 265-296].
- A. Tovar: *Después de Lepanto (monografías históricas de I. K. Hassiotis)* (ibid. págs. 355-359).
- J. M. Rozas: *Localización, autoría y fecha de una fábula mitológica atribuida a Collado del Hierro* [Bol. R. Ac. Esp., tomo XLVIII, cuaderno CLXXXIII (enero-abril 1968), págs. 87-99].
- L. L. S.: *La Madelón, nueva Helena* (A B C, 30-X-1968).
- M.^a A. Mezquiritz de Catalán: *Prospecciones arqueológicas en Navarra* [Pr. de Viana, año XXVIII, núms. 108-109 (1967), págs. 243-264].
- M. Rabanal: *"Anthropos"* (A B C, 7-XI-1968).
- E. Carilla: *La novela bizantina en España* [Rev. Fil. Esp., vol. XLIX (1966), págs. 275-287].
- G. Uscatescu: *Del Derecho romano al Derecho soviético* (Madrid, Instituto de Estudios Políticos. 1968).

- M. Ruiz Trapero: *Las acuñaciones hispano-romanas de Calagurris. Su ordenación, cronología y su trascendencia histórica* (Barcelona. Asociación Numismática Española e Instituto "Antonio Agustín" del C. S. I. C. 1968).
- H. F. Giacomani: *El hombre visto como ser-para-la-muerte en Job, Séneca, san Agustín y Francisco de Quevedo* [Pap. Son Arm., año XIV, tomo LIII, núm. CLVIII (mayo 1969), págs. 123-142].
- J. Jiménez Delgado: *La pronunciación latina. Polémica reciente sobre un viejo tema* [Confer, vol. XX (1968), núm. 27, págs. 345-365].
- J. Jiménez: *El "De origine" o la "Historia de Jerusalén" de Sebastián Brant* [Salmanticensis, fasc. II (1968), págs. 435-463].
- I. Muñoz Valle: *Estudios sobre Séneca* (Córdoba. Publicaciones de la Real Academia de Bellas Artes. 1969).
- Martín Alonso: *Díaz López, el profesor* (Ya, 28-VI-1969).
- A. García y Bellido: *El efebo en bronce de Antequera* (A B C, 11-II-1969).
- A. J. Toynbee: *Los griegos dominan los ríos del infierno* (A B C, 23-II-1969).
- L. Mateo: *De Sócrates a Platón* (A B C, 13-III-1969).
- G. de Torre: *Joyce, en cine* (A B C, 30-III-1969).
- A. M.^a Lelou: *Veinticuatro horas del diario de un ateniense* (A B C, 29-III-1969).
- A. García y Bellido: *Estatua de bronce descubierta en la playa de Pinedo* (A B C, 30-III-1969).
- A. M. Badía Margarit: *Ciencia y sociedad desde el ángulo de la Lingüística moderna* [Cuad. Diál., núm. 67 (abril 1969), págs. 30-32].
- J. Montero Alonso: *Un profesor de latín* (Madrid, 3-VII-1969).
- M. Rabanal Álvarez: *Esquílo y el "dicharacho" de las golondrinas* (A B C, 28-VI-1969).
- J. Camón Aznar: *La razón frente al Olimpo* (A B C, 21-VI-1969).
- J. M.^a de Areilza: *El rastro de César* (A B C, 17-IV-1969).
- M. Gordón: *El latín, ¿sí o no?* (Ya, 2-IV-1969).
- E. Novoa: *Terremotos en la Antigüedad* (A B C, 11-IV-1969).
- T. Salvador: *Deporte, técnica o humanismo?* [Deporte 2000, año I, núm. 1 (febrero 1969), págs. 14-15].
- J. R. Alfaro: *Nuevos descubrimientos arqueológicos en el campo de Tarragona* (Hoja del Lunes de Madrid, 14-VII-1969).
- M. García Aparisi: *¿Sirve para algo el latín?* (Ya, 18-VII-1969).
- M. Rabanal Álvarez: *Reflexiones sobre "psique", nombre griego de la mariposa y no sólo del alma* (A B C, 22-VII-1969).
- L. López Sancho: *Otra vez el "Julio César" de Shakespeare* (A B C, 22-VII-1969).
- V. Bejarano: *Presentación* (Δώρω σὸν ὀλιγφ. Homenatge a Josep Alsina dels seus deixebles, en el desè aniversari de la seva càtedra a la Universitat de Barcelona. Barcelona. Ediciones Ariel. 1969. Págs. 7-10).

- A. Carramiñana Pérez: *Breve análisis de una virtud homérica: la ἀρετή* (ibid. págs. 19-33).
- A. González Ruiz: *Traducción de algunos fragmentos de Orfeo* (ibid. páginas 35-43).
- J. M. Marijuán Fernández: *Tipología métrica del coliambo de Hiponacte* (ibid. págs. 45-50).
- F. J. Cuartero: *Anacreonte, fr. 346/1 P.* (ibid. págs. 51-61).
- J. Casorrán Sanz: *La tragicidad del "Áyax" de Sófocles* (ibid. págs. 63-69).
- J. Viaplana: *Una posible interpretación histórica en Tucídides* (ibid. páginas 71-77).
- E. Vitró Castells: *Salud y enfermedad en el "Corpus Hippocraticum"* (ibid. págs. 79-87).
- J. Castellanos i Vila: *Situació actual dels estudis sobre l'autenticitat i cronologia de les cartes d'Isòcrates* (ibid. págs. 89-95).
- N. Albaladejo: *¿Isócrates, un monárquico?* (ibid. págs. 97-120).
- J. Vives: *De la intransigencia socrática a la intolerancia platónica* (ibid. págs. 121-133).
- J. M. Oliver: *Divergencias y puntos de contacto entre la "Medea" de Eurípides y la de Séneca* (ibid. págs. 135-147).
- C. Miralles: *Grècia i Roma: originalitat de l'elegia eròtica llatina* (ibid. págs. 149-163).
- J. Valero Garrido: *El asalariado griego y el mecenas romano vistos por Luciano y Juvenal* (ibid. págs. 165-174).
- J. I. Ciruelo Borge: *Una versió del "Pervigilium Veneris"* (ibid. págs. 175-187).
- A. Piqué: *Una cierta esperanza: "En la red", de Alfonso Sastre* (ibid. págs. 189-200).
- V. Conejero Ciriza: *Prenotandos a la dialectología griega* (ibid. págs. 201-210).
- J. Sariol Díaz: *En torno a la desaparición del optativo* (ibid. págs. 211-218).
- A. Espinosa Alarcón: *Reflexiones acerca de la cadena fónica, con especial referencia al griego* (ibid. págs. 219-226).
- E. Solà y M. Ros: *La obra del profesor Alsina* (ibid. págs. 227-237).

HOMERO

CUATRO CANTOS DE LA «ODISEA»

(IX - XIII - XIV - XXII)

TRADUCCIÓN EN VERSO LIBRE

DE

JOSÉ MANUEL PABÓN

CONSEJERO DEL C. S. I. C.

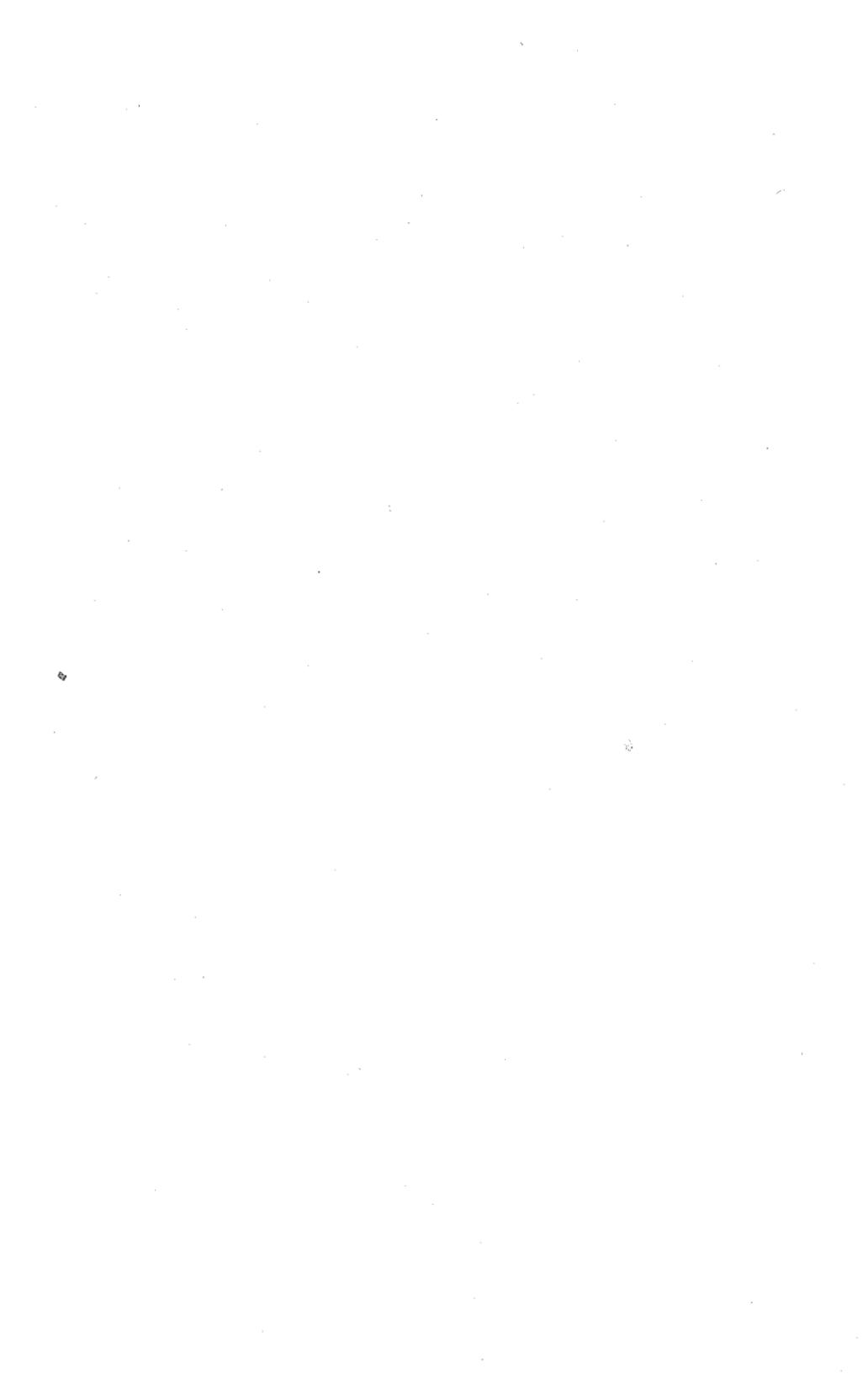
CON INTRODUCCIÓN

DE

M. F. G.

MADRID

1 9 6 9



LA "ODISEA"

Hace ya bastantes años que, en 1950, *Estudios clásicos* inició el tomo I de la serie de traducciones de sus suplementos con el canto V de la *Odisea* (núm. 1), traducido, según un nuevo sistema rítmico, por D. José Manuel Pabón. Con ello, el ilustre latinista y helenista español nos confería un gran honor en este espaldarazo de nuestra inaugural aparición. En efecto, todos nosotros, cuantos comenzamos y hemos continuado con la publicación de la revista, nos reconocemos o debemos reconocernos discípulos de quien tan honda y ancha huella ha dejado y está dejando, Dios quiera que por muchos años, en las Humanidades clásicas de España. D. José Manuel, nacido en Sevilla el 25 de diciembre de 1892, fue catedrático de Lengua Latina, muy joven todavía, en los Institutos de Zaragoza y Baeza. Más tarde, impulsado por una gran vocación hacia la enseñanza universitaria, obtuvo sucesivamente las cátedras de Lengua y Literatura latinas de Salamanca primero y de Granada después. Al ser creado el Centro de Estudios Históricos surgió en él la iniciativa, que ojalá hubiera tenido continuación en las décadas subsiguientes, de llamar a su seno a algunos distinguidos profesionales de la docencia y la investigación para que, sin pérdida de su condición de catedráticos, pudieran dedicarse con más tiempo y mejores medios a realizar tareas científicas en aquel organismo que con tanto entusiasmo se fundaba. Así Pabón permaneció durante un cierto tiempo en Madrid hasta que nuestra contienda dispersó, siquiera fuese provisionalmente, a los estudiosos que apenas acababan de concentrarse en torno sobre todo a la revista *Emerita*.

Durante la guerra estuvo en Madrid primero y más tarde en Valencia, defendiéndose como podía en aquellas terribles circunstancias en que, no obstante, le fue dado todavía desempeñar en cierto modo su labor magistral. Por fortuna, lo más esencial de la naciente empresa se salvó totalmente. Cuando, hace ya años, alguien escribió, en una especie de visión general de las consecuencias de la segunda guerra mundial en el campo de las Humanidades, que el fecundo desarrollo de las españolas había sido brutalmente cortado por nuestra lucha civil, estuvimos a punto de contestar que, si bien aquellos luctuosos años produjeron incontables males a España, la sección clásica del Centro de Estudios Históricos no hubo de padecer la pérdida de ni un solo libro; y la interrupción de la revista fue mínima. Es cierto, sí, que la marcha al exilio de algunos de los más entusiastas,

como ahora diremos, resultó un serio "handicap", pero no una mengua decisiva. El caso es que también Pabón pudo en 1939 incorporarse plenamente a Madrid y a sus nuevas funciones en lo que era ya Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del que es Consejero y de cuyo Instituto "Antonio de Nebrija" fue vicedirector algún tiempo, y en la universidad de Madrid.

En ella ocupó al principio, desde el mismo año citado, la cátedra de Lengua Griega, donde tuvimos la suerte de ser sus alumnos muchos de quienes luego hemos enseñado a nuestra vez contando siempre con su amistad y sintiéndonos herederos de su magisterio. Poco después, una vez transcurrido el período inicial en que, a causa de la muerte de absolutamente todos los titulares de la materia en España, Pabón vino a llenar de modo perfecto la laguna que le hacía más útil a la sazón en la docencia del griego que en la del latín, no vaciló, cuando pensó que las enseñanzas podían quedar ya encomendadas a claustrales más jóvenes, en dar otra muestra de espíritu de servicio y amor ante todo a la ciencia pasando nuevamente a su primitiva cátedra, llamada entonces cuarta de Filología Latina, en la que había de explicar, con asiduidad y eficacia ejemplares, hasta su jubilación en 1962. Estos años fueron totalmente consagrados, con elegante apartamiento del tráfico profesional no moral y legalmente obligatorio, a la cátedra y al silencioso trabajo personal en publicaciones diversas; y, si en algún aspecto pudiera merecer su vida irreprochable una leve y amistosa censura por parte de quienes tanto le debemos, sería precisamente porque se retiró demasiado pronto de los puestos directivos dejando huérfanos a sus amigos de las cualidades que tanto necesitábamos: su moral exigentísima teñida siempre de una gran bondad; su equilibrio espiritual, en quien alguno de nosotros, pensando en su filiación andaluza y aun en su aspecto físico, veía huellas de senequismo de la mejor ley; y su profundo sentido de lo que debe ser y no siempre es por desgracia el menester universitario. Quienes hemos tenido que desempeñar las funciones en que Pabón habría actuado mucho mejor que nosotros, le hemos echado de menos extraordinariamente en estos años y hemos buscado siempre su consejo en los problemas de la vida privada, universitaria y pública en general.

Hasta aquí, un breve y desaliñado *curriculum vitae*; pero lo que verdaderamente queremos aquí poner de relieve, con esa especial devoción que *Estudios clásicos* no ha negado nunca a sus maestros, son sus libros y artículos, que ya solos le harían merecedor de este sentido homenaje a los nueve años de su despedida de las aulas: no tan notables por el número —pues Pabón fue siempre uno de esos espíritus selectos que prefieren la calidad a la cantidad— como porque, enfocados hacia campos muy diversos del Humanismo y acrisolados por una gran perfección de fondo y forma, nos han servido siempre a todos como cicate y ejemplo.

Pabón pertenece a una generación que no podía ni debía limitarse al cómodo encastillamiento dentro de un estricto quehacer científico. Eran

años muy difíciles, de fundación primero, de postguerra después, en que, para quienes comenzábamos a formarnos, se dejaba sentir la necesidad de tener frente a nosotros un panorama muy completo de los sectores en que las Humanidades españolas podían tener algo que decir. Se hacía menester escribir libros de texto bien hechos, obras de divulgación, reseñas y notas informativas; era necesario fomentar en nosotros el gusto y el buen uso de la lengua materna con traducciones a cargo de quienes conocieran perfectamente, como Pabón, no sólo los clásicos griegos y latinos, sino también los modernos; había incluso que poner en pie una política científica, docente y educativa en medio de aquella incipiente sistematización de la investigación y el caos que iban siendo los sucesivos planes de enseñanza media y universitaria. No es extraño, pues, que Pabón y los de su generación, como después nos ha sucedido incluso a nosotros y como no deseamos que ocurra a los que ya vienen detrás, haya tenido que dispersarse en una serie de trabajos que tienen de común el estar plena y ciertamente centrados alrededor de lo que debe resultar la formación de aquel a quien nada humano haya de serle ajeno.

En el campo concreto de la pedagogía tenemos muy interesantes aportaciones de Pabón. Citemos, por ejemplo, *La enseñanza del latín en España* (*Bol. de la Univ. de Granada* XXI 1932, 397-412), o *Les études latines dans le monde. En Espagne* (*Rev. Ét. Lat.* XII 1934, 40-45), o bien *La enseñanza de las lenguas clásicas en Europa* (*Rev. Nac. Ed.* I 1941, 43-49). En estos tres artículos, publicados a lo largo de nueve años, hallamos otras tantas interesantes facetas del mundo en que nuestro maestro de humanistas se movía por entonces. El primero abarca de una ojeada la triste historia de los estudios clásicos del XVIII con aducción de interesantes datos; el segundo, escrito por iniciativa de Jules Marouzeau, a quien Pabón respetó y estimó siempre mucho, es una especie de manifiesto de la ilusionada renovación de los estudios clásicos de aquellos años; el tercero, redactado para la que iba a ser revista capital de nuestro mundo pedagógico, responde a aquella aspiración de los años cuarentas a un renacer de las Humanidades inspirado por los modelos del Renacimiento hispánico, aspiración que, si entonces pudo estimarse paradójica y poco conforme con el materialismo que parecía haber de dominar el mundo tras la atroz contienda, ha resultado esplendorosamente cumplida por los felices años de que en este aspecto hemos disfrutado.

El mayor logro didáctico de Pabón iba, sin embargo, a producirse no en este campo, menos llamado a influir directamente sobre los estudiantes, sino en el hecho concreto de la publicación (Barcelona, 1943, con infinidad de reediciones y reimpressiones sucesivas) del *Diccionario griego-español* de José Manuel Pabón y Eustaquio Echaury. Este léxico, que del que fue parte tan esencial la labor de Echaury, gran humanista y singular persona a quien de modo entrañable conmemoró el propio Pabón a su fallecimiento (*Est. Cl.* II 1953-1954, 41-42), ha venido constituyendo desde entonces, y

cada vez más depurado a través de las sucesivas ediciones, un instrumento imprescindible no sólo para los principiantes en la lengua helénica, sino para todo el que, incluso en edad adulta y por sí solo, ha querido adentrarse en sus misterios. Realmente no quisiéramos que nos cegara la pasión de modestos colaboradores en la obra al manifestar nuestra creencia de que este diccionario, tan popular en el mundo estudiantil, fue el mejor del nutrido grupo de léxicos surgido al calor de los nuevos planes. Además, Pabón, que tiende por naturaleza hacia lo perfecto y acabado, no se cansó jamás de renovar, añadir o matizar mejor en cuanto a lemas y acepciones, hasta el punto de que, transcurridos bastantes años desde la muerte de Echauri, la Editorial entendió que, restando ya muy poco de la primitiva redacción en la obra, ésta podría convertirse, con tipografía más moderna y presentación menos modesta, en lo que hoy es *Diccionario manual griego-español* de José Manuel Pabón, cuyas ediciones comienzan ya a multiplicarse desde la primera, aparecida en Barcelona, 1967.

Dignos también de extremada atención son sus esfuerzos por aunar las literaturas clásicas con las modernas en excelentes trabajos de que había de ser nuncio, siendo él todavía muy joven, el ensayo sobre *Las noches* de Alfredo de Musset publicado en 1914 por una revista juvenil de la universidad de Sevilla titulada *Alma mater*. Y es más lo que de él habríamos esperado: es lástima, por ejemplo, que hasta ahora no nos haya regalado con nada escrito acerca del mundo clásico de Leopardi, autor de su predilección sobre quien le hemos oído cosas hermosísimas. Porque es aportación muy positiva a este fértil campo del Humanismo comparado, por ejemplo, el artículo sobre *Las primeras traducciones españolas de Salustio* (*Emerita* XX 1952, 413-422), que establece sin lugar a dudas la dependencia de la versión de Vidal de Noya con respecto a la de Vasco Ramírez de Guzmán. E igualmente debemos agradecer que la afición de Pabón hacia la Literatura alemana, y de modo concreto hacia la espléndida generación de los prerrománticos, nos haya deparado estudios tan interesantes como su tesis doctoral, que dio lugar al artículo *Algunas influencias del "Fausto" de Goethe en España* (*Rev. Univ. Zarag.* IV 1927, 3-22 y 297-321), y dos verdaderas joyas literarias: la traducción bilingüe (Barcelona, 1944) de las *Ba'adas* de Schiller y la versión de trozos selectos del mismo autor, hecha en colaboración con Salvador Fernández Ramírez y publicada en Barcelona, 1951. Basta con acercarse a la cuidadísima lengua de Pabón en estas traducciones para darse cuenta de todo lo que le debemos en un aspecto que con frecuencia se descuida o menosprecia en nuestras Secciones de Filología Clásica. Lo cual no puede extrañarnos en un poeta nato, cuyos *Poemas de la ribera* (Barcelona, 1940) recibieron sinceros elogios nada menos que de Dámaso Alonso.

En la misma esfera de acción podemos situar la publicación (Madrid, 1957) de la conferencia dada por Pabón sobre *Menéndez Pelayo y la poesía clásica* en la universidad de Madrid con ocasión del centenario del naci-

miento del eximio polígrafo. D. José Manuel, gran conocedor de la obra crítica de D. Marcelino, se enfrentó con un doble tema extremadamente fértil en sugerencias: la valoración estética de los poetas clásicos por parte de Menéndez Pelayo y sus intentos de traducción de autores griegos, especialmente las dos tragedias de Esquilo que vertió como aportación al fracasado proyecto común en que D. Juan Valera iba a ser su animador y colaborador.

Pero en el campo concreto de la Filología latina es donde nuestro maestro ha obtenido mayores logros. Nos gustaría disponer aquí de más espacio para rememorar con amplitud la época, que por nuestra edad no pudimos conocer directamente, en que, gracias a la visión agudísima del gran D. Ramón, que había de establecer las bases del programa en la introducción general a la revista *Emerita* I 1933, III-VI, creó el Centro de Estudios Históricos la ya mencionada sección clásica. Muchos nombres, algunos de personas por desgracia desaparecidas, afluyen aquí en tropel a los puntos de nuestra pluma. Fue un período lleno de eficacia y laboriosidad. Acudieron a la empresa prestigiosas figuras de nuestras Humanidades. D. Vicente García de Diego, por ejemplo, hoy en la cumbre de su gloriosa ancianidad. O D. Pedro Urbano González de la Calle, hombre lleno de saber y visión crítica, persona exquisita, uno de los mejores entre los que traían de Salamanca a estos estudios el espíritu de Unamuno, justamente citado por Menéndez Pidal, en la nota de referencia, si no como filólogo clásico activo, sí como inspirador de una nueva visión certera de los problemas del espíritu. O el P. Eleuterio Elorduy, ya entonces infatigable investigador del mundo estoico. Y en algunos casos se recurrió con acierto a especialistas extranjeros como mentores del difícil período inicial: recordemos, por ejemplo, a M. Vieillefond, que se afanó con tino en la catalogación de manuscritos clásicos españoles, pero sobre todo al profesor Giuliano Bonfante, titular más tarde de universidades italianas y americanas, que puso su dinamismo y su competencia, de manera entusiástica, al servicio de la nueva institución. Así la biblioteca, abundantísima y formada con un sistema de compras verdaderamente práctico, atrajo en seguida a una multitud de jóvenes investigadores que hasta entonces habían trabajado de manera un poco esporádica e inconexa.

Tomemos los índices de *Emerita* y tropezaremos con Clemente Hernando Balmori, que más tarde marchó a la Argentina y publicó entre otras cosas una excelente edición de *Las fenicias* de Eurípides; D. Moisés Sánchez Barrado, muerto a avanzada edad después de haber dejado una buena labor en estudios latinos; D. Vicente Blanco, catedrático hoy de latín en la universidad de Zaragoza; Ángel Pariente, titular actualmente de la misma materia en la de Madrid, que lleva muchos años dedicado incesante y competentemente a arduos problemas de la Lingüística latina; el P. Isidoro Rodríguez, ya entonces autoridad en el campo de la Patristica; Agustín Millares, paleógrafo magnífico que, jubilado en su cátedra de la universidad

de Madrid, ejerce ahora su magisterio en Venezuela; Antonio García y Bellido, recién entrado entonces en la universidad madrileña, pero ya maestro de arqueólogos como siempre. Y una serie de otros jóvenes, de entre los que empezaba ya a prefigurarse lo que iba a ser más tarde la reputación internacional de Antonio Tovar. Junto a él trabajaban Alvaro d'Ors, catedrático hoy en Pamplona y especialista de fama mundial en Derecho romano; Antonio Magariños, sobre cuya muerte convendrá releer las sentidas páginas X 1966, 227-234, consagradas a ella por esta revista; Carlos Alonso del Real, titular hoy en Santiago y tan vivaz escritor y conversador como ahora; Julio Caro Baroja, cuyas obras magistrales sobre muchos campos de la vida y el pensamiento antiguos y modernos quedarán como modelos de método; y José J. Estefanía, y Pedro del Río, que moriría trágicamente durante nuestra guerra...

Debieron de ser realmente magníficos tiempos. Nosotros ya no hemos alcanzado a conocerlos. Después de la guerra encontramos a Pabón en el que era ya Instituto "Antonio de Nebrija" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y con él al inolvidable D. José Vallejo, que tan pronto (cf. *Emerita* XXVII 1959, 1-3 y *Est. Cl.* V 1959-1960, 36-42) nos había de dejar, y a D. Pascual Galindo, director del Centro durante largos años. Activamente laboraba también en las tareas del Instituto, del que era vicedirector, D. Mariano Bassols, promotor de una floreciente escuela filológica en Barcelona; nos visitaba con frecuencia el P. Ignacio Errandonea, ya insigne especialista en Sófocles a la sazón; y, para no hablar de quienes hoy seguimos trabajando en la ya venerable oficina filológica de Madrid, recordaremos a Jean Mallon, paleógrafo de extraordinario acumen que había de volver pronto a su país, y a otros que volaron antes de tiempo a mejor vida, como Manuel Marín Peña (cf. nuestras págs. X 1966, 357-361), el fino editor tibuliano D. José Crecente, José Canedo, José M.^a Díaz López o aquel futuro gran filólogo que se llamaba Eliseo Viejo Otero.

Parecerá a primera vista que estamos alejándonos de la figura queridísima a la que hoy homenajeamos en *Estudios clásicos*. No es así, sin embargo: Pabón ha sido parte muy importante de aquel grupo que representó una verdadera resurrección de las Humanidades españolas. Nos permitiremos citar palabras (pág. 393) de un artículo titulado precisamente *Menéndez Pelayo y los estudios clásicos* y publicado por nosotros en las páginas 384-409 del número conmemorativo (127-128) de *Arbor* (XXXIV 1956): "La generación que entró en las cátedras por los alrededores de la guerra del 14... tiene, a mi parecer, el mérito enorme de haber sido la verdadera promotora de una nueva dirección científica tanto más providencial cuanto que los estudios clásicos se encontraban en un marasmo del que sólo se salvaban el buen deseo y la laboriosidad de excelentes profesores como don José Alemany o don Luis Segalá. Hoy nos gloriamos mucho de nuestra maestría y competencia en la elaboración de huevos filológicos o lingüísticos de la más diversa índole; pero, por favor, no

olvidemos a estos precursores que no sólo nos trajeron las gallinas —aquellas gallinas entonces desconocidas que eran el Ernout y la bibliografía de Marouzeau y el Pauly-Wissowa y el *Handbuch* de Müller—, no sólo nos enseñaron a criarlas y perdieron muchas horas de su vida ayudándonos a tener la sartén en nuestras inexpertas manos, sino que otra vez en los primeros años después de nuestra guerra, cuando el pequeño núcleo se hallaba en peligro de no resistir embates tan fuertes, corrieron con sus discípulos a taponar la brecha y consiguieron en intervención personal salvar el bache peligroso". El ejemplo de Pabón fue entonces valioso no sólo en cuanto a su permanencia en el Centro y Consejo, sino también por lo que toca a sus publicaciones.

En *Emerita* (I 1933, 78-101 y II 1934, 1-44) podemos leer un largo y documentado estudio *Sobre la tradición del texto de Salustio* en el que, con deseo de dar a conocer ante el extranjero nuestros valores ocultos, se expone la posibilidad de un mejor aprovechamiento crítico del manuscrito escurialense L-III-10; y lo mismo sucede con la más breve nota *Un "mutilus suppletus" de Salustio* (ibid. II 1934, 257-262), dedicada al análisis y comentario del manuscrito M-III-11, de idéntica procedencia. Poco más tarde (ibid. IV 1936, 11-23) se publica *Más sobre el epodo IX*, inteligente enfoque de esta poesía horaciana con la audaz, pero bien defendida hipótesis de que el autor pudo haber asistido personalmente a la batalla de Accio. *El griego, lengua de intimidad entre los romanos* (ibid. VII 1939, 126-131) nos asoma a un punto muy curioso y no demasiado conocido de la vida y cultura de la urbe. Y con ello no nos extraña que, por las mismas fechas y algo después, estos estudios preliminares hayan florecido en libros importantes dentro de nuestras Humanidades clásicas. Así las ediciones de Salustio: en primer lugar, la *Conjuración de Catilina*, solamente texto y notas, que aparece publicada por el C. S. I. C. en 1942 y 1945, así como los tomos I-II (*Catilina y Jugurta*) del Salustio de Alma Mater, que vieron la luz, respectivamente, en Barcelona, 1954 y 1956. El conocimiento de la literatura latina de que estas obras dan fe es muy grande, y lo propio cabe decir del capítulo *La literatura hispano-latina. Escritores paganos*, que puede hallarse en las páginas 523-544 del tomo II de la *Historia de España* dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal (Madrid, 1955). Nadie, en fin, de entre nosotros ha olvidado la magnífica ponencia sobre *Marcial* publicada en las páginas 401-425 de las *Actas del I Congreso Español de Estudios Clásicos* (Madrid, 1958), en la cual no se sabe qué apreciar más, si la ágil galanura con que está escrita o el profundo conocimiento de la excepcional figura de Marcial que en ella campea. Algo parecido sucede con el artículo sin pretensiones, pero magistral *Recordando a Cicerón*, escrito para *Arbor* (XLII 1958, 329-356) con ocasión del bimilenario. Pero lo que en nuestra opinión refleja mejor la talla extraordinaria de la figura filológica de D. José Manuel Pabón es otra publicación conexas con la conmemoración que acabamos de citar, la *Pro P. Cornelio Sulla*

oratio publicada (Milán, 1964) como una más de las *Opera omnia quae exstant critico apparatus instructa consilio et auctoritate Collegi Ciceronianis studiis provehendis*. Realmente el "Centro di Studi Ciceroniani" no se equivocó al acudir espontáneamente al modesto retiro de Pabón, tan mal buscador de tales honores, para proponerle que formara parte del elenco de editores que habrán de darnos la obra entera del arpinate en nueva edición crítica. Por la impecable técnica editorial, por el hábil empleo de todos los mejores medios de trabajo, por la infatigable paciencia con que el material manuscrito fue acopiado y utilizado, el breve, pero perfecto opúsculo quedará en la colección como un hito definitivo.

No menos importantes resultan las incursiones en la Lingüística que Pabón se ha permitido frecuentemente con la autoridad que le da su sobresaliente conocimiento del latín. En 1933 (*Emerita* I 135-143), unas *Notas de sintaxis latina*, de las cuales la primera toca un uso concreto del imperfecto en la oda I 37, 4 de Horacio y la segunda, referente al empleo de *ut* con verbos de temor, se ha erigido en doctrina ampliamente recogida por la fundamental *Lateinische Syntax und Stilistik* de Hofmann-Szantyr (Munich, 1965). En 1955, una nota escrita en colaboración con José Vallejo *A propósito de dos publicaciones recientes sobre sintaxis griega y latina* (*Emerita* XXIII 285-294), en la que Pabón (págs. 289 ss.) comenta sagazmente los problemas planteados por una obra que llamó mucho la atención por entonces: la de la Srta. Hahn titulada *Subjunctive and Optative. Their Origin as Futures* (Lancaster Pa., 1953).

Como tantas veces ocurre, también en D. José Manuel la madurez llevó consigo ahondamiento y perfeccionamiento en las técnicas. Uno de los más importantes trabajos publicados por él es el titulado *Sobre los nombres de la "villa" romana en Andalucía* (*Estudios dedicados a Ramón Menéndez Pidal* IV, Madrid, 1953, 87-166). Quien se haya asomado al Corominas habrá reparado que allí se hace abundante uso de los datos penosa y cuidadosamente aportados por Pabón. Es un artículo que le llevó largo tiempo: en nuestras visitas, nunca tan frecuentes como él y yo habríamos deseado, pudimos seguir muy de cerca, a lo largo de varios meses, su elaboración llena de escrupulosidad y espíritu científico.

Hemos dicho que fue durante unos años catedrático de griego. Tampoco en este campo permaneció inactivo nuestro maestro. Aun prescindiendo de su citado diccionario, tan apreciado por muchas promociones de estudiosos, habría que citar con encomio su edición con notas del libro II de Tucídides (C. S. I. C., Madrid, 1946). El texto no contiene al parecer novedades con respecto a otras ediciones, pero quien lo colacione con cuidado descubrirá, como notable faceta del carácter de D. José Manuel, que ha deslizado modestamente enmiendas de su cosecha sin anotación alguna por temor a error o a repetición de algo ya dicho. Esto es muy típico de los miembros de la tantas veces mencionada generación, personas sumamente respetuosas con el *consensus* del mundo filológico

en que todavía, con gran modestia, se consideraban poco menos que intrusos; y así, esta timidez manifestada en la aparición casi clandestina de lo que pudo ser brillante acierto fue muchas veces obstáculo para un mayor lucimiento externo de cualidades bien conocidas por los de casa.

Citaremos también muy de paso, puesto que nuestra calidad de colaboradores nos veta todo juicio crítico, las dos ediciones platónicas (*La república*, Madrid, 1949, y *Las leyes*, 1960) que el Instituto de Estudios Políticos ofreció al gran público en versión bilingüe y que constituyen al menos un esfuerzo. Es curioso, por cierto, que la primera de ellas ha sido objeto al parecer de una edición "pirata" (Méjico, 1959, Editorial "Libros de Méjico", con introducción de A. García Díaz).

No podía faltar entre las producciones de Pabón un capítulo bíblico; por ser él hombre de tan acendrada y verdadera espiritualidad —renunciamos a insistir en este punto sobre el que sin duda nos exigiría silencio— y por dominar magistralmente el castellano estaba naturalmente llamado a encargarse de la traducción de los originales griegos de *La Santa Biblia* editada en colaboración con su gran amigo, el catedrático de la universidad de Madrid D. Francisco Cantera, y publicada por la editorial Planeta en Barcelona, 1963.

Homero ha sido siempre una de las personalidades literarias más veneradas por Pabón, que muchas veces, en clase y fuera de ella, se complace en citar sus versos. A este respecto, además de un pequeño artículo, muy curioso, que publicó *ABC* (13 de mayo de 1962) en el número conmemorativo de la boda de los príncipes (*Homero y Aristóteles en un cuadro de Rembrandt*), lo que ha producido mayor impacto en el campo de los estudios de este tipo, especialmente en España, ha sido su librito *Homero*, que formaba parte (Barcelona, 1947) de la serie "Clásicos Labor", desgraciadamente hace tiempo extinguida y a la que también pertenecía su bilingüe de Schiller. Consta, como todos los de la serie, de un estudio preliminar más trozos traducidos, en este caso de la *Iliada* y *Odisea*. Del estudio, bellísimo, nos gustaría recalcar, por ejemplo, el tratamiento sumamente personal y muy completo, sin mengua de la brevedad, que se da a la cuestión homérica. Las traducciones están hechas en prosa tersa y muy evocadora del original. Pero lo que aquí nos interesa más, porque entronca directamente con esta publicación y los motivos que a ella nos han inducido, es un apéndice (págs. 197-210) donde el autor ofrece al público las primicias de un nuevo sistema de traducción castellana de versos hexamétricos. Lo mejor será, a este respecto, que reproduzcamos otra vez las palabras que en la revista *Finisterre* (*Notas sobre un nuevo Homero español*, en el tomo II 1948, 265-272; cf. sobre todo 269-270) escribimos por entonces. Comenzábamos por lamentarnos de que las traducciones hispánicas de Homero —entonces no estaba aún en la calle la de Carlos Riba— hayan sido en general bastante deficientes, tanto las hechas en prosa como aquellas en que se han empleado sistemas rítmicos inadecuados del tipo

del de la *Iliada* de Hermosilla. Y a continuación, con respecto al canto VI de la *Odisea*, presentado en el apéndice de referencia por Pabón, decimos que el autor “es partidario de la traducción en verso; siempre, naturalmente, que éste sea fiel y conserve el tenor literario del original, como es el caso que nos ocupa. Porque si traducir es reproducir el original en palabras que despierten en el nuevo lector evocaciones o asociaciones parecidas a las que el original provocaba en otros” —y aquí citábamos en nota unas certeras palabras de Huxley recogidas por García Gómez en sus *Cinco poemas musulmanes*— “no cabe duda de que quien haya de reproducir el verso empleará el verso. Pero ¿qué tipo de verso? No, desde luego, el endecasílabo, si se ha de juzgar por anteriores fracasos. Ni menos la silva, como el Brocense, ni ningún metro heterogéneo. Y muchísimo menos, el romance. Por eso es ya antigua la idea de traducir a Homero o a Virgilio en hexámetros, o en algo que se parezca a ellos: así, la famosa traducción de Voss, tan perfecta que, según se ha dicho, más parece obra de geómetra que de poeta. Mas nuestro idioma no distingue tanto como el alemán en punto a diferencias cualitativas; y aquí de la necesidad de acertar con un ritmo que, de manera más o menos bárbara —empleando este término, dice Pabón, en sentido más lato e impresionista que Carducci—, reproduzca aproximadamente el ritmo —o sonsonete, si se quiere— de los poemas homéricos. En vez de largas y breves, una sílaba tónica seguida de dos átonas; en vez de seis pies, solamente cinco, evitando así la monótona división en hemistiquios de tres pies, como en el rubeniano *Íncultas razas ubérrimas*; y en los fines de verso, grupos rítmicos del tipo *éter sereno o cándida lumbre*, con los que se imita la conocida cadencia de los hexámetros latinos. Este ritmo resulta, es cierto, producto de una caprichosa convención; pero es la más perfecta imitación del hexámetro que puede darse en nuestra lengua. ¿Que a la larga resulta monótono? Naturalmente. Pero ¿no ocurre lo mismo con todos los metros y ritmos? ¿Hay quien pueda lerse de un tirón la *Iliada* o la *Eneida*, la *Andromaque* o *La araucana*? Además, esta monotonía —que pudiera ser, por otra parte, un incentivo para auditorios populares— puede salvarse en gran parte con un hábil juego de pausas y cesuras. Y esto lo sabe hacer el autor a maravilla”. Y a continuación: “Este ingenioso sistema rítmico no tendría ningún mérito si su empleo llevase anejos el prosaísmo o la infidelidad. Pero no es éste el caso de la versión de que hablamos: sometida a lo que yo llamo ‘la prueba de los números’, ejercicio en el cual he coincidido, sin saberlo, con fray Luis de León, los resultados han sido muy satisfactorios”. En efecto, considerada como meta irrealizable de una versión fiel la igualdad en el número de palabras entre la traducción castellana y el original griego, los versos de Pabón se aproximan extraordinariamente al objetivo con sus cien palabras aproximadamente por cada ochenta de Homero.

El intento despertó un gran interés, y asimismo la nueva prueba a que al principio me refería. Recordaremos, por ejemplo, aquella lejana y cari-

ñosa polémica que mantuvimos con D. Daniel Ruiz Bueno (*Est. Cl.* IV 1957-1958, 43-46 y 386-399) y en la cual citábamos una acertada frase de dicho intérprete en la pág. I 137 de su excelente versión en tres tomos de la *Ilíada* publicada por Hernando (Madrid, 1956). A D. Daniel le parecía un acierto el sistema de Pabón, porque "el solo propósito de hablar la lengua del ritmo pone al traductor en estado de gracia poética". Nosotros no creíamos, sin embargo, que hubiera en ello un simple caso de contagio inspiracional. Lo que ocurre es que este ritmo es muy adecuado para reproducir en nuestro idioma el esquema que mejor pueda provocar en el auditorio parecidos sentimientos a los despertados por los aedos en el suyo. Ello resulta, claro está, discutible. Ruiz Bueno prefería su combinación de endecasílabos con versos cortos intercalados; y más tarde Rodríguez Adrados (en las versiones del *Hipólito* de Eurípides, suplemento núm. 13 de nuestra primera serie de traducciones, Madrid, 1958, y del *Agamenón* de Esquilo, núm. 3 de la segunda serie, 1964) empleó algo parecido con buenos resultados. Pero estos sistemas exigen una notación gráfica muy cuidadosa para evitar que el recitador, al perder la apoyatura de lo que llamaríamos la escalera rítmica, tienda a declamar como simple prosa, y así ha tenido que hacerlo el propio Adrados en su ensayo sobre Eurípides. Cosa que no puede producirse en el caso de Pabón por la posición fija de los acentos, que, si no responde exactamente a la cadencia griega, más libre a este respecto, resulta sin embargo el instrumento más apto para crear en el público ese estado de gracia en que fluya la corriente indefinible entre cantor y oyente que es necesaria para la verdadera comunión poética.

Pero incluso el propio Pabón, a lo largo de sus tanteos, que han dado como consecuencia no sólo hábiles imitaciones de su técnica debidas a su malogrado discípulo D. Antonio González Laso (cf. los cantos VII y XII de la *Odisea* en los suplementos 4 y 7 de nuestra primera serie de traducciones, 1952-1954), sino también la feliz circunstancia de que todo el poema de Ulises esté ya terminado por D. José Manuel y pendiente de pronta edición, ha sentido la necesidad de introducir al menos una leve modificación en su método. En efecto, los ensayos previos admitían lo que el autor llama una anacrusis al principio, es decir, los inicios de versos podían ofrecer bien una o bien dos sílabas átonas; por ejemplo, el 57 del canto V de la *Odisea* comienza con *dirigióse a la cueva espaciosa*, con dos átonas, mientras que el principio del 58 es *de trenzas pulidas*, con una. Pues bien, en esta versión que ahora ofrecemos, llamada por el autor "traducción en verso libre" en vez de "traducción rítmica", y en el resto de su obra inédita ha sido eliminado este tipo de versos con una sola átona para que no surja un encabalgamiento con el cual la recitación se haría más monótona y confusa al empalmar unos versos con otros. Se trata en general, como se ve, de pequeños recursos para compensar la inevitable tendencia a la monotonía que corre el riesgo de producir la rigidez del sistema frente

a la libertad del original con sus dácilos y espondeos. Al quedar bien marcada por este procedimiento la separación entre verso y verso y al evitarse, siendo impar el número de pies, la posibilidad de una cansina partición en hemistiquios de tres cada uno, se llega al máximo acercamiento con respecto al texto griego que en nuestra lengua cabe hallar. Esto presupone, naturalmente, que el traductor sea un poeta, y D. José Manuel lo es consumado.

Gracias, pues, por su amabilidad, que nos consiente adornar nuestras páginas con su versión, y sirvan las mal pergeñadas líneas que ahora terminan como sincerísimo homenaje de una generación que se esfuerza por seguir las huellas que él y nuestros demás maestros dejaron escritas para nosotros.

M. F. G.



CANTO IX

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:

“Prez y honor de tus hombres, Alcínoo, señor poderoso,
halagüeño es sin duda escuchar a un cantor como éste
semejante en su voz a los dioses. Yo pienso de cierto

- 5 que el extremo de toda ventura se da sólo cuando
la alegría se extiende en las gentes y están los que comen
uno al lado del otro sentados en fila, a lo largo
de la sala, escuchando al aedo; delante las mesas
ven repletas de carnes y pan, y el copero les saca
10 de la gruesa cratera el licor y lo escancia en las copas:
¡nada encuentro pensando entre mí más hermoso y más grato!

Mas tu alma te incita a pedirme que cuente mis lutos
y congojas, a fin de que lllore con más desconsuelo:

- ¿y por dónde empezar mi relato, por dónde acabarlo,
15 cuando tantos pesares me han dado los dioses celestes?
Ante todo mi nombre os diré, que también de vosotros¹
conocido se haga; y si escapo al destino, que huésped
vuestro siempre sea yo, por muy lejos que queden mis casas.
Soy Ulises Laertiada, famoso entre todas las gentes
20 por mis muchos ardides; mi gloria ha subido hasta el cielo.
Mi mansión está en Ítaca insigne en el mar, pues en ella
alza el Nérito excelso sus bosques de trémulas hojas;
muchas islas también habitadas se agrupan en torno,
tales Sama, Duliquio, Zacinto poblada de selvas;
25 baja es Ítaca², empero, y, repuesta en las sombras de ocaso,

¹ La fama de Ulises se ha extendido ya por el mundo; pero los feacios viven “al confín de las tierras sin trato con otros humanos” (VI 205).

² La contradicción con los versos 21 y 22 salta a la vista y ha sido notada por casi todos los comentadores. No se ha hallado de ella explicación

- ve a las otras alzarse del lado del sol y la aurora.
 Aunque abrupta, sustenta valientes muchachos; no hay nada
 que se muestre de amable a mis ojos igual que mi tierra:
 la divina entre diosas Calipso retívome un tiempo
- 30 en sus cóncavas grutas, ansiosa de hacerme su esposo,
 y asimismo la ninfa de Eea, la pérfida Circe,
 pretendió que, cautivo en sus salas, casara con ella.
 Mas ni una ni otra dobló el corazón en mi pecho,
 porque nada es más dulce que el propio país y los padres
- 35 aunque alguien habite una rica, opulenta morada
 en extraña región, sin estar con los suyos; mas, ¡ea!,
 el relato os haré de mi vuelta de tierras de Troya,
 que entre innúmeras penas y duelos me impuso el gran Zeus.
 De la costa troyana llevónos el viento a la patria
- 40 de los cícones, Ísmaro; allí saquéé su poblado
 y a los hombres dí muerte; el copioso botín y mujeres
 con justicia partimos, que nadie quedase sin premio.
 Exhortélos al punto a la rápida fuga, mas ellos
 como niños sin juicio negáronse a oírme: seguían
- 45 en la playa bebiéndose el vino, matando sin duelo
 las ovejas, los bueyes rollizos de pasos de rueda.
 Entretanto, los cícones daban la alarma a los suyos,
 que habitaban lugares vecinos allá tierra adentro.
 Eran más y mejores que aquélos y habían aprendido
- 50 a luchar con los hombres a pie y en los carros; vinieron
 con el alba en tan gran multitud cual de flores y hojas
 trae la buena estación: fiera suerte mandábanos Zeus,
 ¡desdichados nosotros!, preñada de mil pesadumbres.
 Mantuvímonos firmes al pie de las naves ligeras
- 55 y, llevando recíproca muerte, volaban las lanzas
 guarnecidas de puntas de bronce; medró el santo día³
 y seguimos frenando el tropel de la hueste contraria;
 mas cayendo ya el sol, a la hora en que sueltan los bueyes,
 a los cícones dieron los dánaos la espalda. Habían muerto
- 60 seis varones de espléndidas grebas por nave; los otros
 conseguimos al cabo rehuir el destino y la muerte.

satisfactoria: acaso aquellos primeros versos se contraigan a la descripción topográfica con su mención del monte Nérito, mientras que el 25 ss. pueden referirse a la posición geográfica de la isla en relación con sus vecinas, de las que resulta más baja por estar más hacia "las sombras de ocaso"; pero esta explicación está sujeta a muchas objeciones basadas en el contexto general de Homero. Y la cuestión resulta tanto más difícil de aclarar cuanto que no hay acuerdo sobre la identificación de la antigua Ítaca ni tampoco sobre el valor de varias otras de las palabras del texto.

³ Cf. n. 4.

Navegamos después desde allí con la angustia en el pecho,
 pues, salvados nosotros, perdíamos tan buenos amigos;
 y mis combos bajeles se hicieron al mar sólo cuando
 65 por tres veces hubimos llamado uno a uno a los tristes
 que en el campo al furor de los cícones dieran su vida.

Pero Zeus que amontona las nubes alzó con el bóreas
 a mis naves tremenda borrasca; cubrió con sus nieblas
 tierra y mar juntamente: en el cielo asomaba la Noche⁴.
 70 Hociendo de prora marchaban mis barcos; las velas
 desgarraba en tres trozos y cuatro la furia del viento⁵.
 Las echamos abajo por miedo a la muerte y remamos
 con vigor rumbo hacia tierra: dos noches seguidas
 y dos días yacimos allá consumidos a un tiempo
 75 de fatiga y dolor. Cuando trajo el tercero la Aurora,
 la de espléndidos bucles, irguiendo los palos de nuevo
 desplegamos en ellos el blanco velamen; sentados
 nuestro rumbo dejamos regir al piloto y las brisas.

Sin más daño yo entonces llegara al país de mis padres,
 80 pero, dando la vuelta a Malea, la fiera corriente
 con el cierzo me vino a arrastrar rebasando Citeras.
 Nueve días de allí derivé con mortíferos vientos
 sobre el mar rico en peces. Al décimo vimos la tierra
 de los hombres lotófagos, gente que sólo de flores
 85 se alimenta; salimos del barco e hicimos la aguada
 y a comer nos pusimos al pie de las naves ligeras.

Cuando ya de comer y beber estuvimos saciados,
 elegí dos amigos que fueran a ver tierra adentro
 qué varones había en el país, comedores de trigo.

90 Un heraldo también envié en su compañía y, a poco
 de emprender el camino, vinieron a dar con los hombres
 que se nutren del loto y que, en vez de tramarles la muerte,
 les hicieron su fruto comer: el que de ellos probaba
 su meloso dulzor, al instante perdía todo gusto
 95 de volver y llegar con noticias al suelo paterno;
 sólo ansiaba quedarse entre aquellos lotófagos, dando
 al olvido el regreso, y saciarse con flores de loto.

⁴ La noche no es en la imaginación del poeta la simple falta de luz solar, sino un ser positivo y aun divino que viene a dominar el cielo. El mismo sentido hay que dar a otras expresiones como "el santo día" (56), "el alba divina" (436), etc.

⁵ Conservamos en lo posible la onomatopeya del original, que reproduce de modo admirable en los sonidos del verso el rajarse de las velas y el silbido del huracán.

- Los conduje a las naves por fuerza y en llanto; arrastrélos
 por la cala y al fin los dejé bien atados debajo
 100 de los bancos. Al punto ordenaba a mis otros amigos
 que embarcaran aprisa en las rápidas naves, no fuese
 que comieran algunos la flor y olvidasen la patria.
 Diligentes entraron a bordo, pusiéronse al remo
 y, sentados en fila, batieron las aguas grisáceas.
- 105 Desde allí, con dolor en el alma, seguimos bogando
 hasta dar en la tierra que habitan los fieros ciclopes,
 unos seres sin ley. Confiando en los dioses eternos,
 nada siembran ni plantan, no labran los campos, mas todo
 viene allí a germinar sin labor ni simienza: los trigos,
 110 las cebadas, las vides que dan un licor generoso
 de sus gajos, nutridos tan sólo por lluvias de Zeus.
- Los ciclopes no tratan en juntas ni saben de normas
 de justicia; las cumbres habitan de excelsas montañas,
 de sus cuevas haciendo mansión; cada cual da la ley
 115 a su esposa y sus hijos sin más y no piensa en los otros.
- Una isla por nombre Laquea se extiende de frente
 a la costa de aquellos ciclopes, ni cerca ni lejos;
 es boscosa y en ella se crían las cabras salvajes
 incontables por cierto, pues no las ahuyentan los pasos
 120 de los hombres ni van cazadores tras ellas, de aquellos
 que pasando fatigas escalan por selvas las cumbres;
 no les quitan tampoco la tierra labor ni rebaños,
 ya que, siempre sin siembra y baldía, desierta de gente,
 les produce la isla su pasto a las cabras balantes.
- 125 Y es que faltan a aquellos ciclopes las naves purpúreas
 y no tienen varones que hagan los sólidos buques
 en que puedan pasar a las muchas ciudades pobladas
 por humanos, cual suelen los otros hacer que en bajeles
 van cruzando la mar de país en país. Tales hombres
 130 bien pudieran tener floreciente la isla: su suelo
 no es mezquino en verdad; rendiría de todos los frutos,
 porque tiene unos húmedos prados de hierbas suaves
 junto al mar espumoso; perennes las vides serían
 sobre él, las labores ligeras, espesas las mieses
- 135 y de buena sazón, porque es mucho el mantillo en la tierra.
 Tiene un puerto asimismo con buen fondeadero; ni el cable
 necesitase en él ni los sachos ni amarras, mas basta
 el entrar y quedarse hasta el tiempo en que venga a las gentes
 el deseo de partir y se alcen los vientos propicios.
- 140 En el fondo del puerto deslízase límpida el agua
 manantial de una gruta, y en torno han medrado los chopos.

Hacia allí penetraron mis barcos; un dios conducíanos
a través de la lóbrega noche sin luz y sin vista;

145 en el cielo sus rayos; cubríanlo del todo las nubes.

Nadie vio con sus ojos la isla; tampoco advertimos
el olaje que en larga carrera rodaba hacia tierra

150 hasta estar en la playa las naves, mas, luego
que tocamos la costa, plegamos del todo las velas,
en la misma rompiente salimos del barco y, a poco,
en espera del alba divina nos dimos al sueño.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
admiramos suspensos la isla vagando por ella
y las ninfas nacidas de Zeus egidífero alzaron

155 de sus lechos las cabras por dar de comer a los míos.

De las naves sacamos al punto los arcos en comba,
los venablos de cubo alargado; formadas tres bandas,
empezamos el tiro y, a poco, una caza sabrosa
concediónos un dios. Doce naves conmigo venían:

160 cada una llevó nueve cabras, y diez a mí solo
me entregaron; allí hasta la puesta del sol estuvimos
consumiendo del dulce licor y las carnes sin cuento.

No faltaba en verdad rojo vino en las naves: habíalo,
que, al tomar la sagrada ciudad de los cícones, todos

165 las vasijas habíamos colmado. Volvíamos la vista
entretanto al vecino país de los fieros ciclopes;
percibíamos sus humos, sus voces, también los balidos
de sus cabras y ovejas. Hundíase ya el sol y en las sombras
nos dormimos oyendo el romper de las aguas marinas.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
a mis hombres llamando a reunión les hablé de este modo:

170 'Mis leales amigos, quedad los demás aquí quietos
mientras voy con mi nave y la gente que en ella me sigue
a explorar de esos hombres la tierra y a ver quiénes sean,
175 si se muestran salvajes, crueles, sin ley ni justicia,
o reciben al huésped y sienten temor de los dioses'.

Tal diciendo, a la nave subí y ordené a mis amigos
que embarcaran también y soltasen amarras de popa.

180 Embarcando ocuparon los bancos; sentados en fila
empezaron a herir con los remos las aguas grisáceas.

Atracamos bien pronto en la costa vecina y, al punto,
en un cabo a la orilla del mar una cueva advertimos
grande y alta, emboscada en laureles; allí amajadaban
muchas reses, ovejas y cabras, y en torno un recinto

185 extendíase solado de lajas hundidas en tierra

con altísimos pinos y encinas de excelso ramaje.
Era dueño del antro un varón monstruoso; pacía
sus ganados aparte, sin trato con otros ciclopes,
y guardaba en su gran soledad una mente perversa.

- 190 Aquel monstruo causaba estupor, porque no parecía
ser humano que vive de pan, sino pico selvoso
que se eleva señero y domina a las otras montañas.

- Ya en la playa mandé a los demás de mis fieles amigos
que quedasen allí custodiando el bajel y, escogiendo
195 a los doce mejores, me puse en camino; llevaba
un gran odre de cuero cabrío repleto de un dulce
vino negro que antaño me diera Marón el de Evantes,
sacerdote de Apolo, el patrono del Ismaro. Causa
fue del don el haberle dejado con vida, lo mismo
200 que a su esposa y su hijo en respeto del dios, pues vivía
en el bosque de Febo; pagóme con ricos presentes.
Me entregó lo primero hasta siete talentos de oro
de esmerada labor y añadió una cratera de plata;
doce ánforas luego me dio, todas llenas de un vino
205 generoso y sin mezcla, bebida de dioses; ninguno
de los siervos o siervas que había en el hogar conocía
tal licor; sólo él y su esposa y la fiel despensera.
Cada vez que libaba del vino rojizo con dejos
deliciosos de mieles, llenaba una copa y partíala
210 entre veinte de agua; ¡a mezcla exhalaba un aroma
seductor, que era duro dejar de beber. De este vino
un gran odre llevaba y bien lleno; también puse un saco
de viandas con él; barruntaba en mi espíritu prócer
que me habría de encontrar con un hombre dotado de ingente
215 fortaleza, brutal, sin noción de justicia ni ley.

- A buen paso alcanzamos la gruta, mas no hallamos dentro
a su dueño, que andaba paciando su pingüe manada
por los prados, y ya en su oquedad registrámoslo todo.
Vimos zarzos cargados de quesos y prietos rediles
220 que guardaban por orden de edad los corderos y chotos:
los de dos estaciones aquí, más allá los medianos,
a otro lado los más pequeñuelos; bosaban de leche
las vasijas labradas, colodras y jarras, en donde
reservaba su ordeño. Empezó en aquel punto mi gente
225 a pedir que, cogiendo los quesos y dando salida
a corderos y chivos, volviéramos luego con ellos
a cruzar en la rápida nave las aguas salobres;
mas yo, sordo a sus ruegos (¡y cuánto mejor fuera oírlos!),
quise ver a aquel hombre y pedirle los dones de huésped:

- 230 ¡poco amable en verdad iba a ser su presencia a los míos!
 Así, pues, encendimos el fuego, quemamos la ofrenda⁶
 y, cogiendo los quesos, comimos y allá nos sentamos
 a esperar su venida. Llegó con sus reses; traía
 una carga imponente de leños pensando en su cena⁷;
- 235 tal estruendo produjo al tirarla en mitad de la gruta,
 que de miedo nos fuimos al fondo de aquélla. Él, en tanto,
 empujaba a la cueva espaciosa la pingüe manada
 de sus hembras paridas; dejó en el corral allá fuera
 a los machos, carneros y bucos; después, en sus brazos
- 240 levantando un enorme peñón, ajustólo a la entrada.
 Veintidós buenos carros de cuádruple rueda no habrían
 del umbral removido aquel cierre: tal era el abrupto
 pedrejón con que aquél afirmaba su puerta. Sentado
 ordeñaba después sus ovejas y cabras balantes
- 245 cada cual por su orden; soltándoles luego las crías
 por debajo, cuajó la mitad de la cándida leche
 y dejóla guardada en trenzados cestillos; y el resto
 del ordeño lo echó sin cuajar en las jarras, ya fuese
 de remedio a su sed o quizá por beberlo en su cena.
- 250 Una vez que atendidos quedaron aquellos quehaceres,
 encendiendo el hogar descubriónos y habló de este modo:
 '¿Quiénes sois, forasteros? ¿De dónde venís por la ruta
 de las aguas? ¿Viajáis por negocio, o quizá a la ventura,
 como van los piratas del mar que navegan errantes
- 255 exponiendo su vida y llevando desgracia a los pueblos?'
 Al oírle, el temor quebrantó nuestros pechos, tal era
 de terrible su voz, de espantosa su propia figura;
 mas con todo logré contestarle con estas palabras:
 'Somos dánaos que errando venimos del campo de Troya
- 260 sobre el seno sin fondo del agua a merced y capricho
 de los vientos. Buscando el hogar nos torcieron el rumbo
 por diversa región y distintos caminos: decreto de Zeus
 ello fue a no dudar; nos gloriamos de ser de las huestes
 que mandó Agamenón, cuya fama es sin par bajo el cielo,
- 265 pues tan grande ciudad arrasó, tantas fueron las gentes
 que deshizo en la lid. A tus plantas venimos ahora

⁶ Como los héroes homéricos empiezan por ofrecer a los dioses algo de lo que van a comer o beber, quemándolo en un caso y derramándolo en el otro, aquí sin duda se echa al fuego algún trozo de queso como ofrenda.

⁷ No ciertamente para cocinarla, pues el ciclope, como se ve después, lo come todo crudo, sino para alumbrarse durante ella y acaso para calentar la gruta.

esperando nos des la señal de hospedaje o nos hagas de lo tuyo otro don según es entre huéspedes ley.

Ten respeto, señor, a los dioses. En ruego venimos;
270 al que en súplica llega y al huésped, amparo y venganza presta Zeus Hospital: él conduce al honrado extranjero'.

Dije así, y él sin más contestóme con ánimo impío:

'Eres necio, extranjero, o viniste de lejos, pues quieres que yo tema o esquive a los dioses: en nada se cuidan
275 los ciclopes de Zeus que abraza la égida, en nada de los dioses felices, pues somos con mucho más fuertes; por rehuir el enojo de aquél no haré yo gracia alguna ni a tus hombres ni a ti cuando no me lo imponga mi gusto. Pero dime, ¿por dónde atracaste tu sólida nave?

280 ¿Fue quizás en el cabo o más cerca? Quisiera saberlo'.

Tal decía poniéndome a prueba, mas no me engañaba, que era larga mi astucia, y así contestéle con dolo:

'Mi bajel lo estrelló Posidón que sacude la tierra, pues lo vino a lanzar contra aquel roquedal de la costa
285 en la punta del cabo, que allí lo acercaron los vientos, y con éstos me pude salvar de la muerte inminente'.

Dije así, pero nada repuso su espíritu impío.

Dando un salto, sus manos echó sobre dos de mis hombres; los cogió cual si fueran cachorros, les dio contra el suelo
290 y corrieron vertidos los sesos mojando la tierra.

En pedazos cortando sus cuerpos dispuso su cena: devoraba, al igual del león que ha crecido en los montes, sin dejarse ni entrañas ni carnes ni huesos meolludos, y nosotros, en llanto, testigos del acto maldito,
295 levantamos las manos a Zeus, del todo impotentes.

Pero lleno que tuvo su estómago ingente el ciclope de las carnes de hombre y la leche bebida con ellas, acostado en mitad de sus reses durmióse en su antro.

Al momento me di yo a pensar en mi espíritu altivo
300 en llegarme, sacar del costado la aguda cuchilla y clavarla en su cuerpo entre el pecho y el hígado luego de palpar con la mano; otro impulso detúvome entonces, pues hubiéramos muerto nosotros también sin remedio, incapaces de alzar con los brazos la piedra terrible
305 que él dejaba en la gran abertura cerrando su cueva. Suspirando, a la espera quedamos del alba divina.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa, encendiendo el hogar, ordeñó sus espléndidas reses cada cual por su orden; soltóles al punto las crías
310 por debajo y, cumplido que estuvo el quehacer, alcanzando

a otros dos de mis hombres dispuso su almuerzo con ellos.

Ya comido, sacó de la cueva sus pingües rebaños,
expedito quitando el gran cierre; mas luego volviólo
a su propio lugar cual si fuera una tapa de aljaba.

315 Con inmenso alboroto sacaba a la sierra el ciclope
sus lozanas ovejas; yo en tanto trazaba mil males
meditando el desquite si Atena me daba esa gloria.

Y en mi mente mostrábase al fin la mejor de las trazas.
De un redil a la vera tendido dejaba el ciclope

320 un gran tronco de olivo que aún verde arrancó para usarlo
tras dejarlo secar; comparado le habíamos nosotros
con el mástil de un negro navío de veinte remeros,
el bajel de transporte espacioso que cruza el abismo
de las aguas sin fin, que tal era de grueso y de largo.

325 De este leño corté la extensión de una braza y lo puse
en poder de mis hombres que fueran puliéndolo. Pronto
alisado quedó; le aguzaba yo en tanto la punta,
y después lo curé al fuego vivo; por fin escondílo

recubriéndolo bien con estiércol que en gran abundancia
330 se esparcía por la cueva. Al momento mandaba a mis hombres
sortear los que habían entre ellos de alzar aquel palo
y arriesgarse conmigo a meterlo y frotarlo en el ojo
del ciclope una vez le tomara el hechizo del sueño.

Y hete aquí que sacaron por suerte los cuatro que hubiera
335 por mi gusto elegido; yo el quinto formé en su partida.

Llegó él con la noche paciendo sus reses lozanas
de lucido pelaje y entrólas a la ancha caverna
sin dejarse ninguna en el hondo corral⁸, ora fuese
con algún pensamiento o que un dios de ese modo lo impuso.

340 Levantando en seguida el ingente portón, ajustólo
a la entrada, sentóse a ordeñar sus ovejas y cabras
cada cual por su turno y soltóles por bajo las crías.

Cuando al fin atendidos quedaron aquellos quehaceres,
atrapando a otros dos de los míos los hizo su cena.

345 Acerquéme yo entonces a él levantando mis manos
con un cuenco de negro licor y le hablé de este modo:

"Toma y bebe este vino, ciclope, una vez que has comido

⁸ A diferencia de lo que solía hacer otras veces, apartar a los machos y hacerles pasar la noche fuera de la cueva (238 ss., cf. XIV 5 ss., 524 ss.). Como todo lo extraordinario y desusado que trae consecuencias de importancia, favorables o desfavorables (aquí la facilidad para que se liberen Ulises y los suyos, 424 ss.), hace ello sospechar la intervención de alguna divinidad.

- carnes crudas de hombre: verás qué bebida guardaba mi bajel; para ti la traía si acaso mostrabas
- 350 compasión y ayudabas mi vuelta al hogar; mas no tienes en tu furia medida. ¡Maldito! ¿Qué seres humanos llegarán después de esto hasta ti? No has obrado en justicia'.
- Tal le dije; cogiólo, y bebió con deleite salvaje todo el dulce licor y pidióme sin pausa otro cuenco:
- 355 'Dame más, no escatimes, y sepa yo al punto su nombre; te he de hacer un regalo de huésped que habrá de alegrarte; nuestro fértil terruño también a nosotros da un mosto de racimos egregios que nutre la lluvia de Zeus; pero esto es efluvio de néctar y flor de ambrosía'.
- 360 Tal habló; yo brindéle de nuevo del vino tostado, y hasta dos veces más; y las tres lo apuré en su locura. Mas después que el licor empezaba a rondar las entrañas del ciclope, volvíme yo a él con melosas palabras:
- 'Preguntaste, ciclope, cuál era mi nombre glorioso
- 365 y a decírtelo voy, tú dame el regalo ofrecido: ese nombre es Ninguno. Ninguno mi padre y mi madre me llamaron de siempre, y también mis amigos'. Tal dije, y con alma cruel al momento me dio la respuesta:
- 'A Ninguno me lo he de comer el postrero de todos,
- 370 a los otros primero; hete ahí mi regalo de huésped'.
- Dijo así y, vacilando, cayóse de espaldas; tendido quedó allá con el cuello robusto doblado, y el sueño, al que todo se rinde, vencióle; eructando el borracho despidió de sus fauces el vino y las carnes humanas.
- 375 Yo a mi vez, en las brasas espesas metiendo aquel tronco, esperé a que tomara calor; entretanto animaba de palabra a los míos no fuese a arredrarlos el miedo; y ya a punto de arder, aunque verde, la estaca de olivo, encendida de brillo terrible, llevéla del fuego
- 380 hasta él. Mis amigos de pie colocáronse en torno y algún dios en el pecho infundióles valor sin medida; levantando la estaca oliveña aguzada en su punta se la hincaron con fuerza en el ojo. Apoyado yo arriba, la forzaba a girar cual taladro que en manos de un hombre
- 385 va horadando una viga de nave; a derecha e izquierda mueven dos la correa, y él gira sin pausa en su sitio. Tal clavando en el ojo la punta encendida, a mi impulso daba vueltas en él; barbotaba caliente la sangre en su torno y el ascua abrasaba, quemada la niña,
- 390 ya la ceja y el párpado; el fondo del ojo chirriaba en el fuego. Cual gime con fuerza en tonel de agua fría

la gran hacha o la azuela que baña el broncista tratando de dejarlas curadas (que es ésa la fuerza del hierro), tal silbaba aquel ojo en redor de la estaca de olivo.

- 395 Exhaló un alarido feroz, resonó la caverna;
de terror nos echamos atrás; él, cogiendo la estaca,
la arrancaba del ojo manchada de sangre abundante
y con gesto de loco arrojóla de sí con las manos.
- Daba voces llamando a los otros ciclopes, que en torno
400 por las cumbres ventosas poblaban las cuevas. Oyendo
sus clamores llegaban de acá y acullá y apostados
rodeaban la gruta inquiriendo qué mal le afligía:
'¿Por qué así, Polifemo, angustiado nos das esas voces
a través de la Noche inmortal⁹ y nos dejas sin sueño?
405 ¿Te ha robado quizás algún hombre las reses? ¿O acaso
a ti mismo te está dando muerte por dolo o por fuerza?'
Desde el fondo del antro les dijo el atroz Polifemo:
'¡Oh, queridos! No es fuerza; Ninguno me mata por dolo'.
Y en aladas palabras respuesta le daban aquéllos:
410 'Pues si nadie te fuerza en verdad, siendo tú como eres,
imposible es rehuir la dolencia que manda el gran Zeus,
pero invoca en tu ayuda al señor Posidón, nuestro padre'.
Tal diciendo se iban, y yo me ref en mis adentros
del engaño del nombre y el plan bien urdido. Gemía
415 el ciclope de agudos dolores y andaba palpando
con las manos en torno; quitó el pedrejón de la entrada
y, sentado a la puerta, los brazos tendía por sí a alguno
atrapaba dispuesto a escaparse mezclado al rebaño:
¡tal de necio sin duda juzgábame a mí en sus entrañas!
420 Yo entre tanto pensaba a mi vez en hallar un buen medio
de salir de aquel trance, librar de la muerte a mis hombres
y a mí mismo con ellos; trazaba mil planes y engaños,
pues nos iba la vida y sentíamos la gran amenaza.
Y a mi mente mostrábase al fin el ardid más seguro:
425 allí estaban los recios carneros de espesos vellones,
bien hermosos y grandes con lanas color de violeta.
Reteniendo la voz, enlacélos con mimbres de fuerte
trabazón que la cama formaban de aquel monstruo infame:
amarraba tres juntos, colgábase un hombre al de en medio
430 y los otros a izquierda y derecha servíanle de guarda.
Un guerrero llevaban así cada tres; por mi parte
atrapé por el lomo a un morueco, con mucho el más fuerte
del rebaño; corríme después hasta el vientre velludo

⁹ Cf. n. 4.

- y me eché bajo él; con las manos cogido a sus lanas
 435 prodigiosas, me tuve allí firme con ánimo entero
 y en tal guisa gimiendo esperamos el alba divina.
 Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
 el ciclope sacaba sus machos al prado; balaban
 las ovejas allá en sus rediles por falta de ordeño,
 440 rebosantes las ubres. Su dueño, abrumado de horribles
 sufrimientos, posaba la mano en el lomo a las reses
 que un instante parábanse erguidas: el necio ignoraba
 que los hombres colgaban del vientre y las lanas espesas.
 Mi morueco el postrero pasó hacia la puerta; llevaba
 445 de sus lanas el peso y a mí con mis graves cuidados.
 Por encima palpándolo dijo¹⁰ el atroz Polifemo:
 '¿Cómo vas, mi carnero leal, de zaguero en la cueva?
 Antes nunca quedabas detrás de los otros; con mucho
 el primero pastabas la flor de la hierba reciente
 450 alargando tu paso, el primero llegabas a orillas
 de los ríos; tráfate el primero en la tarde al establo
 la querencia. ¡Tú el último ahora! Quizá echas en falta
 la mirada del amo cegado por hombre perverso
 y su hueste maldita; con vino venció mis entrañas.
 455 ¡Ah, Ninguno! No piense que ya se escapó a la ruina.
 Si pudieras conmigo sentir y tuvieras palabra,
 me dirías en qué sitio se esconde a mi cólera; entonces,
 estrellado en el suelo, sus sesos regaran la cueva
 por un lado y por otro, y calmárame así los dolores
 460 que me ha puesto en el pecho ese vil, despreciable Ninguno'.
 Tal diciendo empujaba al carnero y le daba salida.
 Una vez alejados un trecho del antro y su cerca,
 me solté del morueco el primero, solté a mis amigos,
 arreamos los gruesos carneros de patas sutiles
 465 y con largos rodeos llegamos por fin a la nave.
 ¡Cuán alegre que fue a mis amigos la vista de aquellos
 que volvíamos rehuida la muerte! Lloraban gimiendo
 por los otros, mas yo con el ceño corté sus suspiros

¹⁰ En contraste con las atrocidades del ciclope, de las que Ulises no ha querido quedarse atrás en su venganza, el poeta opone aquí una nota de ternura que casi nos lleva a compadecer al dolorido Polifemo: éste se consuela con la preferida de sus reses como si fuera un ser humano, y en sus palabras incluye un recuerdo de los campos lozanos y alegres que ya no podrá contemplar más. En nuestra literatura hay un digno paralelo de este bello pasaje: aquel en que Sancho Panza se desahoga con su rucio de sus malas venturas y las perversas tratadas de sus súbditos de la ínsula Barataria.

- y mandé que, cargando en seguida los muchos carneros
 470 de preciosos vellones, surcaran las aguas saladas.
 Embarcáronse al punto, ocuparon los bancos en fila
 y azotaron a golpes de remos el mar espumante.
- Y, distante la costa no más que el alcance de un grito,
 dirígime al ciclope y clamé con palabras de injuria:
- 475 '¡Oh, ciclope! En verdad no era un débil aquel cuyos hombres
 devoraste en la cóncava gruta con fiera violencia;
 sin remedio tenías a tu vez que sufrir un mal trato,
 pues osaste, maldito, comerte a tus huéspedes dentro
 de tu casa. Ya Zeus se ha vengado y las otras deidades'.
- 480 Tal le dije, y con ello en el pecho le entró nueva furia:
 arrancando la cima de una alta montaña, lanzóla
 contra el barco de proa azulada; cayó por delante
 [casi a punto de herir el timón en su extremo]¹¹. Al venirle
 desde arriba el peñón, solevóse la mar, y las olas
 485 empujaron de nuevo la nave hacia tierra, al reflujo
 de las aguas; forzada marchaba a chocar con la costa,
 mas, tomando en mis manos un gran botador, dile impulso
 hacia fuera y, volviendo la vista a mi gente, movía
 la cabeza en premiosa señal de remar con más brío
 490 para huir del desastre. Curvábanse encima del remo
 y de tierra distábamos ya como el doble que antes
 cuando hablé nuevamente al ciclope; mis hombres en torno
 reteníanme de un lado y de otro con blandas palabras:
- '¡Desgraciado! ¿Por qué excitar más a ese monstruo salvaje?
- 495 Ya, lanzando la roca en el mar, arrastró nuestro barco
 nuevamente hasta tierra, y nos dimos por muertos; si ahora
 tus palabras percibe o conoce tu voz, bien seguro,
 las cabezas nos ha de aplastar y las tablas del barco
 disparando algún recio peñón, pues que tal es su fuerza'.
- 500 Así hablaban, mas no convencieron mi espíritu altivo;
 antes bien, le volví a apostrofar con palabras de ira:
 'Oh, ciclope! Si alguno tal vez de los hombres mortales
 te pregunta quién fue el que causó tu horrorosa ceguera,
 le contestas que Ulises, aquel destructor de ciudades
 505 que nació de Laertes, y en Ítaca tiene sus casas'.
- Tal le dije, y el monstruo a su vez contestó entre gemidos:
 '¡Ay de mí, que han venido a cumplírsese antiguos presagios!

¹¹ Tomado del v. 540 e inserto aquí por un atolondrado interpolador. El timón ha ido siempre en la popa, y por lo tanto no hay peligro de que lo alcance ningún proyectil que caiga delante de la nave en el sentido de su marcha.

Hubo en tiempos aquí un adivino, varón grande y noble,
 el Eurfímida Témele, excelso en el arte, que viejo
 510 vino a hacerse anunciando el futuro a los fuertes ciclopes.
 Él me dijo que habría de cumplirse esto todo, que habrían
 de cegarme las manos de Ulises; mas yo por mi parte
 sospechaba que había de venir un varón corpulento
 y gallardo, dotado de ingente poder; y hete ahora
 515 que me viene a privar de la vista un ruin, un enano,
 hombrecillo sin fuerzas, después de vencerme con vino.
 Pero vuélvete, Ulises, acá, que te dé mi hospedaje,
 cuidaré de que ayude tu ruta el que agita la Tierra;
 hijo suyo soy yo, y él se goza en llamarse mi padre;
 520 sólo él, si lo quiere, me habrá de sanar, no otro alguno
 de los dioses de vida feliz ni los hombres mortales'.

Tal habló, y a mi vez respondíle con estas palabras:
 'Ojalá tan de cierto pudiera privarte del alma
 y la vida, y mandarte sin más a las casas de Hades
 525 como no curará tu ceguera el que agita la Tierra'.

Tal le dije: él, clamando al señor Posidón, elevaba
 sus dos manos al cielo cuajado de estrellas: 'Escucha,
 Posidón de cabellos azules que abrazas la tierra,
 si soy tuyo en verdad y en llamarte mi padre te gozas,
 530 haz, te ruego, que Ulises, aquel destructor de ciudades
 que nació de Laertes y en Ítaca tiene sus casas,
 no retorne a su hogar; y si está decretado que un día
 vuelva a ver a los suyos, su buena mansión y su patria,
 que sea tarde, en desdicha, con muerte de todos sus hombres,
 535 sobre nave extranjera; y encuéntrese allí nuevos males'.

Esta fue su plegaria que oyó el de cabellos azules.
 Él, entonces, alzando un peñón muy más grande que el otro
 con inmenso vigor, lo lanzó a rodeabrazo; cayónos
 algún tanto detrás de la nave de proa azulada
 540 casi a punto de herir el timón en su extremo. Al venirle
 desde arriba el peñón, solevóse la mar, y el reflujo
 impulsó hacia delante el bajel acercándolo a tierra.

Arribamos al fin a la isla en que estaban reunidos
 los restantes bajeles de buena cubierta; mis hombres
 545 se entregaban en presa al dolor en espera constante.

Al momento varamos la nave en la arena y salimos
 a la playa nosotros también; arreamos las reses
 del ciclope arrojándolas fuera del hueco navío
 y partimos la presa entre todos por partes iguales.
 550 Sólo a mí mis amigos de espléndidas grebas me dieron
 un cordero de más al hacer el reparto: en la playa

ofrecflo a Zeus Crónida, el dios de las nubes sombrías,
soberano entre todos los seres; queméle los muslos,
y rehusó el sacrificio, que ya meditaba el desastre
555 de mis naves de buena cubierta y mis fieles amigos.

Luego allí hasta la puesta del sol nos pasamos el día
devorando sentados las carnes sin fin y bebiendo
dulce vino; y, al irse la luz y extenderse las sombras,
nos dormimos oyendo el romper de las aguas marinas.

560 Asomaba la Aurora temprana de dedos de rosa
cuando yo, despertando a mis hombres, instéles de nuevo
a subir al bajel y soltar las amarras de popa;
embarcáronse al punto, ocuparon los bancos y, en fila,
azotaron a golpes de remo las aguas grisáceas.
565 No sin duelo volvíamos al mar, mas contentos en parte
por salvar nuestras vidas después de perder los amigos".

CANTO XIII

Tal Ulises hablóles, y todos, tomados de hechizo,
a través del oscuro salón como mudos quedaron;
luego Alcínoo tomó la palabra diciéndole: “¡Ulises,
una vez que has venido a mi casa de pisos de bronce
5 y elevada techumbre, no pienso regreses de nuevo
vagabundo por muchos que fueran tus males pasados!
Y a vosotros, a todos aquellos que siempre conmigo
en mis salas gustáis el rojizo licor de los nobles
y escucháis al aedo, esto os he de decir: ya las ropas
10 para el huésped guardadas están en el arca pulida
con el oro de fina labor y los otros presentes
que trajisteis aquí para él los primates feacios.
Pero, ¡ea!, por cada varón añadamos a ello
un gran trípode y una caldera; y del pueblo reunido
15 nos haremos pagar, que no es don para hacerlo uno solo”.

Tal Alcínoo les dijo, y a todos gustó la propuesta,
y ellos luego a sus casas marcharon vencidos del sueño.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa
caminaron aprisa al bajel y cargaron el bronce
20 que es la prez del varón; la Potencia sagrada de Alcínoo
colocólo por sí, recorriendo la nave, debajo
de los bancos, que no entorpeciese la briega del remo,
y volvieron de nuevo al palacio a gozar del banquete.

Para ellos un buey inmoló la Potencia de Alcínoo
25 al señor de las nubes sombrías, a Zeus rey de reyes;
tras quemarle los muslos gustaron el rico banquete,
jubilosos; cantóles después el aedo divino
bien amado del pueblo, Demódoco; Ulises, en tanto,
muchas veces tornábase al sol fulgurante anhelando
30 se pusiese, que en ansias tenía el regreso a la patria.

Como piensa en su cena el varón al que en un largo día
con el sólido arado arrastraron los bueyes bermejos
por el haza, y al fin consolado contempla el ocaso
por marcharse a cenar aunque apenas le rigen las piernas,

35 tal de amable la puesta del sol fue esta vez para Ulises.

Y sin más les habló a los feacios gozosos remeros,
dirigiéndose a Alcínoo ante todo con estas palabras:

“Prez y honor de tus gentes, Alcínoo, señor poderoso,
conducidme en seguro después de libar, y quedaos
40 con salud, que cumplido está ya cuanto ansiaba mi alma,
tengo guías y hermosos regalos: los dioses del cielo
prosperármelos quieran. Que encuentre de vuelta a mis casas
intachable a mi esposa, sin daño a mi gente; y vosotros
que quedáis en la tierra de Esqueria, sed siempre el contento
45 de los vuestros, mujeres e hijos; los dioses ventura
os concedan completa y no venga desgracia a este pueblo”.

Tal les dijo: aplaudiéronle todos y dieron la orden,
pues el huésped hablaba en razón, de ayudarle en su ruta;
mas la Alteza de Alcínoo le dijo a este punto al heraldo:

50 “Haz en una cratera, Pontónoo, la mezcla del vino
y repártelo a todos aquí, que invocando a Zeus padre
enviemos al huésped de vuelta a su patria querida”.

Tal les dijo, y Pontónoo, mezclando el licor delicioso,
se llegó a cada uno y sirvióles; y todos libaron
55 cada cual en su sitio a los dioses felices que habitan
los espacios del cielo; y alzándose el ínclito Ulises
puso en manos de Arete una copa de dos cavidades
y, dejando oír su voz, dirigióle palabras aladas:

“Sé por siempre feliz, ¡oh, señora!, hasta tanto que lleguen
60 la vejez y la muerte que son heredad de los hombres;
yo ya voy a partir, mas tú sigue gozando en tu casa
de tus hijos, del pueblo feacio, de Alcínoo su rey”.

Tal habló: luego Ulises traspuso el umbral del palacio,
mas Alcínoo un heraldo delante mandó, que de guía
65 le sirviese hasta el mar y el paraje en que estaba la nave.

Por su parte la reina envióle tres siervas: la una
le llevaba un vestido y un manto bien limpio, la otra
en las manos le puso una arqueta de sólido ajuste,
la tercera aportábale el pan con el vino rojizo.

70 Una vez que llegaron al mar y al lugar de la nave,
recogiéndolo todo sus nobles guidores, pusieron
en el fondo del barco el licor y los víveres; luego
le tendieron a Ulises un lecho con lienzos de lino
y un cojín en las tablas de atrás, que durmiese en sosiego.

75 Embarcándose el héroe, acostóse en silencio, y los hombres ocuparon por orden su sitio en los bancos; soltaron de la piedra horadada la amarra y, doblando los cuerpos, comenzaron a herir con los remos las aguas marinas¹.

Entré tanto caíale en los ojos a Ulises un sueño
80 sosegado, dulcísimo, igual al de plácida muerte.
Como vemos que en una cuadriga los cuatro caballos se encabritan sintiendo el chasquido del látigo y rompen a correr vivamente a la vez devorando el camino, tal, alzada de prora, marchaba la nave dejando

85 una estela brillante y bullente en el mar estruendoso; navegaba sin pausa y sin riesgo: ni halcón carnicero volador entre todas las aves pudiera escoltarla.

De este modo ligera la nave cortaba las olas; transportaba a un varón semejante en ingenio a los dioses
90 que en su alma llevaba las huellas de mil pesadumbres padecidas en guerras y embates del fiero oleaje, mas que entonces, de todo olvidado, dormía dulcemente.

Ya asomaba la fúlgida estrella que viene entre todas a anunciar en el cielo la luz de la Aurora temprana,
95 cuando recta avanzaba a la isla la nave crucera.

Hay en Ítaca un puerto, el de Forcis, el viejo marino, que se abre entre dos promontorios rocosos y abruptos, mas de blanda pendiente del lado de aquél; por de fuera le resguardan del fuerte oleaje que mueven los vientos
100 enemigos, y dentro las naves de buena cubierta sin amarras están cuando vienen allá de arribada. Vese al fondo del puerto un olivo de gráciles hojas y a su lado una cueva sombrosa y amena, recinto de las ninfas del agua que llaman las náyades; dentro
105 sus crateras están, y sus ánforas todas de roca en que suelen venir a libar las abejas, y hay asimismo muy largos y pétreos telares en donde unas túnicas tejen las ninfas con brillos marinos, que es hechizo de ver². Allí corren las aguas perennes,
110 y las puertas son dos: una al bóreas abierta a los hombres, y la otra hacia el noto, divina; ningún ser humano

¹ Hay como una solemnidad religiosa en la descripción de esta partida y en la de todo el maravilloso viaje que devuelve a su patria al héroe del poema. Algo parecido hallamos en Tucídides cuando nos narra la salida de la escuadra ateniense en la expedición a Siracusa.

² La imaginación del hombre antiguo ve todo esto en la variedad de las concavidades de la gruta, en la caprichosa combinación de sus estalactitas, etc.

tiene entrada por ésta, que es paso no más de inmortales.

A este sitio avanzaron ya bien conocido³ y la nave
 en la costa encalló la mitad de su quilla al impulso
 115 de su rauda carrera regida por diestros remeros.

Descendieron los hombres del sólido barco a la playa
 y tomaron a Ulises primero en su lecho de lino
 con el lindo cojín y dejáronlo presa del sueño
 en la arena; sacaron después los presentes que había
 120 recibido, al partir a su hogar, de los nobles feacios
 por favor de Atenea, la diosa magnánima, y junto,
 del olivo en redor, colocáronlo todo bien lejos
 del camino, temiendo que algún pasajero viniese
 a mermárselo antes de que él despertara; y de vuelta
 125 reembarcaron sin más. Pero el dios que sacude la tierra
 no olvidó la amenaza lanzada por él desde antiguo
 contra Ulises y fue a requerir el consejo de Zeus:

“Padre Zeus⁴, nunca más tendré estima en los dioses eternos,
 pues los mismos mortales feacios en nada me honran
 130 aunque vienen de mí por linaje: pensaba que Ulises
 regresase a su patria, mas presa de mil pesadumbres
 —del regreso no quise privarle, pues tú ya de antes
 otorgado lo habías con firme promesa—. Hete ahora
 que, después que le pasan el mar sobre rápida nave,
 135 lo descargan en Ítaca al sueño entregado y con dones
 incontables de bronce y de oro y de ricos vestidos,
 cuantos nunca trajera de Troya si hubiera llegado
 sin sufrir ningún daño salvando su parte en la presa”.

Contestando a su vez dijo Zeus el que agrupa las nubes:
 140 “¡Ay de mí, dios potente que bates la tierra! ¿Qué has dicho?
 No te quitan de cierto los dioses la honra, que es arduo
 despreciar a quien es más antiguo y mejor que los otros;
 de los hombres, si alguno, en su fuerza fiado, te llega
 a ultrajar, el castigo en tus manos tendrás ahora y siempre:
 145 obra, pues, como quieras y sea tu placer”. Contestóle
 a su vez Posidón el que bate la tierra: “¡Oh, monarca

³ En el texto original este conocimiento es atribuido a los marinos feacios, y no se da más explicación. Se entendería mejor si se refiriera a la nave, ya que de todas las de ese pueblo se ha dicho (VIII 559-560):

tienen ciencia y sentidos de hombres: por ellos distinguen
 las ciudades de todos los pueblos, sus pingües campiñas.

⁴ El nombre de padre es dado como título de honor a Zeus por todos los dioses, e incluso por Posidón, que es su hermano.

de las nubes sombrías! Ya hubiera hecho yo como dices,
pero temo tu ira y procuro evitarla; ahora quiero
destronar en el mar neblinoso la nave feacia

- 150 bien gallarda en que vuelven; que cesen en tales ayudas
y no den más escolta en su ruta a los hombres; y voy
toda en torno a ocultar su ciudad con excelsa montaña".

Contestando a su vez dijo Zeus el que agrupa las nubes:

- "¡Oh, querido! A mi ver lo mejor será esto: que al punto
155 en que estén los feacios mirando el bajel de regreso
por el mar, lo conviertas en roca, ya cerca de tierra
con su misma figura de nave, que todos se queden
admirados; y no que los cierre ninguna montaña".

- Tal palabra al oír, Posidón el que bate la tierra
160 para Esqueria partió, donde viven los bravos feacios,
y esperó por allí; mas bien pronto llegaba la nave
con su impulso brioso. Acercóse el que bate la tierra,
convirtiéndola en peñasco y, tendiendo su mano, de un golpe
enraizólo en el fondo del mar y volvióse de nuevo.

- 165 Conversaban, al verlo, entre sí con aladas palabras
los feacios de remos ingentes, famosos marinos,
y decía alguno de ellos mirando al que estaba a su lado:

"¡Ay de mí! ¿Quién dejó nuestra nave hechizada en las aguas
cuando a casa volvía? Bien clara se vio toda ella".

- 170 Así hablaban allá: lo acaecido ignoraban del todo,
mas entonces Alcínoo tomó la palabra y les dijo:
"¡Oh, dolor, que han venido a cumplírseme antiguos presagios
de mi padre! Contaba que el gran Posidón, indignado
con nosotros por ser entre todos seguros guiadores

- 175 por el mar, nos habría de romper una espléndida nave
al volver de llevar a un viajero en las olas brumosas
y a cerrar nos vendría la ciudad con excelsa montaña.
Tal el viejo solía repetir, ahora todo se cumple;
pero, ¡jea!, escuchadme y haced lo que voy a deciros.

- 180 No ayudéis en su ruta a los hombres si viene algún otro
a este pueblo de hoy más, y conmigo ofreced doce toros
escogidos al rey Posidón, por si acaso renuncia,
compasivo, a cercar la ciudad con la extensa montaña".

Esto dijo y, entrando en temor, prepararon los toros.

- 185 Tal al rey Posidón invocaban entonces los jefes
y caudillos del pueblo feacio, derechos en torno
del altar; y a la vez despertábase Ulises divino
que dormía en su propio país tras larguísima ausencia;

- pero no lo llegó a conocer⁵, porque Palas Atena,
 190 la nacida de Zeus, le echó en derredor densa nube
 para hacerle cambiar de figura y hablarle ella misma
 de su plan, no le viesen su esposa o paisanos y amigos
 sin haber castigado él aún las infamias de aquellos
 pretendientes. Extraño por eso mostrósele todo
 195 al señor de la tierra: las sendas, el cómodo puerto,
 las abruptas roquedas, los árboles llenos de hojas.
 Tal de un salto poniéndose en pie contemplaba su patria
 y, rompiendo a gemir, empezó a golpearse los muslos
 con las manos. Sumido en dolor, pronunció estas palabras:
 200 “¡Ay de mí! ¿Qué mortales tendrán esta tierra a que llego?
 ¿Insolentes acaso serán y crueles e injustos
 o quizá hospitalarios, de mente conforme a los dioses?
 ¿Hacia dónde camino con estas riquezas? ¿Por dónde
 voy errante yo mismo? Ojalá se quedaran con esto
 205 los feacios, y hubiera yo ido a algún otro de tantos
 grandes reyes que albergue me diera y amparo en mi ruta.
 Mas ahora, ¿en qué sitio poner estas cosas? No voy
 bien de cierto a dejarlas aquí de botín a otros hombres.
 ¿Quién llegara a creer que no fueran del todo ni justos
 210 ni discretos los jefes y ancianos del pueblo feacio?
 Me han dejado en país extranjero, y allá me decían
 que me habrían de llevar hasta Ítaca insigne en las aguas.
 Pero no lo han cumplido: castíguelos Zeus que a los pobres
 suplicantes protege y observa y vindica su ofensa.
 215 Pero, ¡ea!, veré estos regalos, sabré si al volverse
 se llevaron alguno en los senos del combo navío”.
 Tal diciendo se puso a contar las hermosas calderas
 con sus trébedes todas y el oro y los ricos vestidos,
 de que nada faltó; mas lloraba pensando en su patria
 220 y arrastraba sus pies⁶ por la orilla del mar estruendoso
 dando largos suspiros; y entonces Atena a su lado
 se llegó con figura de un joven pastor ovejero,
 delicado a la vez como un hijo de reyes: traía
 suspendido a los hombros un manto plegable y hermoso;

⁵ Ulises en su perplejidad no se moverá de la playa, y así dará tiempo a Atena para la necesaria transformación e información que se propone hacer en él.

⁶ Indica la desgana de Ulises, que camina sin objeto en un país desconocido. La tendencia del hombre a vagar por la orilla del mar en la soledad de su aficción se observa en otros pasajes homéricos: así en relación con el sacerdote Crises (*Il.* I 34), con Telémaco (*Od.* II 260 ss.), etc. En tal lugar y ocasión suele venirle a ayudar, invocada o no, la divinidad.

- 225 en los pies relucientes, sandalias, y un dardo en la mano.
 Viola Ulises, gozóse a su vista, le vino al encuentro
 y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:
- "Buen amigo, pues eres el hombre primero que hallo
 cuando llego al país, ten salud y no muestres enojo,
 230 sino salva estas cosas y sálvame a mí que a ti acudo
 como a un dios. Suplicante me acerco a tus plantas; di, en todo
 cuanto yo te pregunte, verdad, por que quede enterado.
 ¿Qué ciudad y qué tierras son éstas? ¿Qué gentes las tuyas?
 ¿Es acaso una isla eminente en el mar? ¿O es un cabo
 235 que en las aguas avanza hasta aquí de feraz continente?"
- Contestándole dijo a su vez la ojizarca Atenea:
 "Eres simple, extranjero, o llegaste de tierras remotas,
 pues así me preguntas por este país cuya fama
 no es pequeña de cierto: conócenlo innúmeras gentes
 240 entre aquellas que miran al alba y al sol y entre aquellas
 cuyos campos están allá atrás al poniente sombrío;
 esta tierra es fragosa, difícil de andar por caballos,
 mas no pobre del todo, aun sin gran extensión. En su suelo
 se produce gran copia de trigos y vino abundante,
 245 y ni lluvia le falta jamás ni lozano rocío;
 es criadora de cabras y bueyes, prosperan en ella
 toda clase de bosques, y tiene aguaderos perennes:
 hete aquí por qué es Ítaca, ¡oh, huésped!, nombrada hasta en Troya,
 que tan lejos nos dicen que está de estas tierras de Acaya".
- 250 Tal le dijo, y Ulises el héroe paciente alegróse,
 y gozó de encontrarse en su patria según le decía
 Atenea, nacida de Zeus que la égida abraza.
 Y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas
 no diciendo verdad, mas volviendo a su traza primera⁷
- 255 sin dar nunca descanso a su mente de astucias y engaños:
 "Sí, de Ítaca habláronme en Creta, la grande, allá lejos
 a otro lado del mar, y hete ahora que vengo yo mismo
 fugitivo con estas riquezas dejando otras tantas
 a mis gentes en Creta espaciosa después de haber dado
 260 muerte a Orsíloco, el gran corredor que engendró Idomeneo,
 el que a todos dejábase atrás con sus piernas veloces.
 Intentaba quitarme el entero botín que traía
 desde Ilión, por el cual me afané y aguanté mil trabajos
 entre guerras de hombres y embates del mar dolorosos;
 265 y ello fue por no haberme prestado a servir a su padre

⁷ Algo que, aunque no se ha dicho, se deja entender que meditaba Ulises ya al encontrarse con el pastor.

- en los campos de Troya, pues tuve mis propios soldados;
 y con uno de éstos por fin le aceché en el camino
 al bajar él del campo. Arrojéle la lanza bronceña,
 era noche cerrada en el cielo, ningún hombre hubo
 270 por allí que nos viese; en las sombras quitéle la vida.
 Una vez que la muerte le di con la punta del bronce,
 sin tardanza a una nave me entré de los nobles fenicios,
 suplicante; les di una sabrosa porción de mi presa,
 y traté que, acogido al bajel, me llevaran a Pilos
 275 o hasta Elis divina, el país de los buenos epeos.
 Mas la fuerza del viento apartólos de allá bien en contra
 de su gusto: en verdad no querían engañar; desviados
 y errabundos llegamos aquí por la noche, y aprisa
 nos entramos al puerto. Olvidámonos todos incluso
 280 de la cena, aunque bien faltos de ella; saliendo del barco,
 a dormir nos echamos sin más por la playa y, a poco,
 tan cansado me hallaba, me vino a tomar dulce sueño.
 Los fenicios, sacando mis cosas del hueco navío,
 las dejaron en torno de mí, que en la arena dormía
 285 y, embarcando de nuevo, a Sidonia la bien habitada
 se partieron; yo aquí me quedé contristado en mi pecho".
 Dijo así, sonrióse Atenea la diosa ojizarca
 y su mano tendió a acariciarle, mas ya bajo forma
 de mujer alta, hermosa, perita en brillantes labores.
 290 Y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:
 "Bien astuto y taimado ha de ser quien a tí te aventaje
 en urdir añagazas del modo que fuere, aunque a ello
 te saliera al encuentro algún dios: ¡siempre el mismo,
 295 trapacista de dolos sin fin! ¿Ni en tu patria siquiera
 dejarás ese gusto de inventos y engaños que tienes
 en el alma metido? Y ya baste, porque ambos sabemos
 de artificios, que tú entre los hombres te llevas la palma
 por tus tretas y argucias, y yo entre los dioses famosa
 soy por mente e ingenio; mas ¿no reconoces ya a Palas
 300 Atenea, nacida de Zeus, que siempre a tu lado
 en tus muchos trabajos te asisto y protejo, y ha poco
 el afecto te atraje de aquellos feacios? Ahora
 vengo aquí a meditar nueva traza contigo, y los bienes
 a esconder que esos nobles amigos te dieron al tiempo
 305 de tu vuelta a la patria siguiendo mi propio designio.
 Mas habré de enterarte también de las mil pesadumbres
 que tendrás en tu casa: sopórtalas tú aunque te duelan
 y no digas a nadie, varón ni mujer, que has llegado
 vagabundo hasta aquí, sino sufre en silencio tus muchas

- 310 desventuras y aguanta a los hombres violencias y ultrajes".
 Contestando a su vez dijo Ulises el rico en ingenios:
 "¿Cómo, diosa, podrá conocerte el mortal que te encuentre,
 por experto que sea? ¡Te muestras en tantas figuras!
 Yo bien sé que me dabas favor cuando en Troya los hijos
 315 de los dánaos hacíamos la guerra; después, desde el punto
 en que al suelo vinieron las altas murallas de Príamo
 y al salir en las naves un dios dispersó a los argivos,
 nunca más volví a verte, ¡oh, retoño de Zeus!, ni subida
 te advertí en mi bajel a ahuyentar ningún mal de mi lado.
 320 Así errante vagué, desgarrado en dolores mi pecho,
 hasta el tiempo en que término a ello pusieron los dioses
 cuando tú en el opimo país de los nobles feacios
 me viniste a enseñar la ciudad con palabras de aliento⁸.
 Por tu padre suplicote ahora: de cierto no creo
 325 que me encuentre ya en Ítaca excelsa; más bien imagino
 que ando errante por tierra lejana y que tú, por burlarte,
 me anunciaste eso otro engañando mi ánimo. Dime
 si en verdad he llegado a la patria querida". Y al punto
 la respuesta le dio la divina ojizarca Atenea:
 330 "Siempre tú con la misma cautela en el alma: por ello
 no te puedo dejar entregado a tus males, que eres
 avisado de mente y cumplido en palabra y prudencia.
 Cualquier otro varón que errabundo tuviera este gozo
 del regreso, corriera al hogar para ver a los suyos;
 335 pero tú ni preguntas ni quieres noticias, prefieres
 por ti mismo probar a tu esposa; mas hete que ella,
 sin salir de su casa, entre duelos se pasa las noches
 y entre duelos los días con lágrimas siempre. Y por cierto
 que yo nunca dudé, pues estaba segura en mi alma
 340 de tu vuelta hacia acá tras perder a tus hombres; con todo
 esquivaba hacer frente por tí a Posidón, el hermano
 de mi padre, obstinado en las iras que puso en su pecho
 cuando tú le cegaste a su hijo. Mas, ¡ea!, ya es hora
 de mostrarte la tierra de Ítaca, a fin de que creas.
 345 Aquí tienes el puerto de Forcis, el viejo marino,
 y a tu vera, en su fondo, el olivo de gráciles hojas;
 junto a él una cueva sombrosa y amena, recinto
 de las ninfas del agua que llaman las náyades, gruta
 espaciosa y cubierta en que tú tantas veces hiciste
 350 hecatombe perfecta a las diosas; y mira a este lado
 la montaña del Nérito envuelta en sus bosques". La diosa

⁸ Cf. VII 19 ss.

- dijo así, disipó aquella nube, mostróse la tierra
y su vista alegró al divinal pacientísimo Ulises:
inundado de gozo besaba la gleba nutricia
- 355 y a las ninfas después invocó levantando las manos:
“Ninfas náyades, hijas de Zeus, yo ya bien creía
que no os iba a ver más: recibid nuevamente el saludo
de mi grata oración, y os traeré, como en tiempos, ofrendas
si propicia me deja vivir la nacida de Zeus,
- 360 la rapaz Atenea, y a un tiempo prospera a mi hijo”.
Contestóle a su vez la divina ojizarca Atenea:
“Ten valor, nada de eso preocupe tu mente, mas vamos
a poner sin tardanza en el fondo del antro divino
estas cosas: allí quedarán para ti bien seguras
- 365 y después pensaremos los dos la mejor de las trazas”.
Así dijo, metióse la diosa en la cueva sombría
y por ella buscaba escondrijos en tanto que Ulises
le acercaba sus piezas de oro y de sólido bronce,
los preciosos vestidos regalos del pueblo feacio.
- 370 Atenea, nacida de Zeus que la égida abraza,
escondidos dejólos y puso una piedra en la puerta⁹.
Hecho esto, sentándose al pie del olivo sagrado,
la ruina tramaron los dos para aquellos soberbios
pretendientes. A hablar empezó la ojizarca Atenea:
- 375 “¡Oh, Laertiada, retoño de Zeus, Ulises mañero,
piensa bien cómo echar tus dos manos sobre esos galanes
insolentes, que ya hace tres años tu hogar señorean
pretendiendo a tu esposa sin par con ofertas de dotes!
Ésta allá por tu vuelta suspira penando en su alma,
- 380 da esperanzas a todos, les manda secretos recados,
ora a éste, ora a aquél, con muy otra intención en su mente”.
Contestando a su vez dijo Ulises el rico en ingenios:
“¡Ay de mí, que iba ya a perecer en mi propia morada
con la muerte fatal que encontré Agamenón, el de Atreo,
- 385 si, oh, divina, no me haces saber por entero estas cosas!
Pero trama el ardid que me pueda vengar de esos hombres;
a mi lado mantente e infunde en mi pecho el arrojo
de aquel tiempo en que abrimos el cinto brillante de Troya.
Si con todo ese ardor, ojizarca, me vienes al lado,
- 390 sentiríame capaz de luchar con trescientos varones
una vez, diosa augusta, que presta te viese¹⁰ a ayudarme”.

⁹ Para mejor adaptación a la construcción castellana se ha invertido en la traducción el orden de los versos 370-371.

¹⁰ Hay un pleonasma en la repetición de la condición (389 y 391): transparentase en ello el entusiasmo que en Ulises despierta el pensamiento

Contestóle en seguida la diosa ojizarca Atenea:

- "Bien de cierto a tu lado estaré; no saldrás de mi vista cuando andemos en esos trabajos: espero que alguno
 395 de entre aquellos galanes que están consumiendo tu hacienda manche entonces el suelo sin fin con su sangre y sus sesos¹¹. Mas te voy a cambiar de tal modo que no te conozca ningún hombre: tu piel ajaré sobre el cuerpo flexible, perderá tu cabeza los rubios cabellos, de harapos
 400 vestiré tu persona que a todos repugne y tus ojos volveré pitañosos quebrando su brillo. Con ello deformado a la vista vendrás de esos fieros donceles, de tu esposa y el hijo que en casa dejaste; mas, antes que a otro alguno, tendrás de buscar a tu fiel porquerizo
 405 mayoral de los cerdos, que sigue guardando en su alma el apego hacia ti y el amor a tu hijo y tu esposa, la discreta Penélope. Allá por la peña del Cuervo y la fuente Aretusa veráslo paciendo el ganado de sabrosa bellota, abrevándolo de aguas sombrías,
 410 lo mejor para dar a los cerdos lozana gordura; permanece con él, vele allí preguntando por todo mientras yo llego a Esparta, la tierra de hermosas mujeres, a buscar a Telémaco, el hijo que tienes, ¡oh, Ulises!, en la extensa Laconia, que allí lo albergó Menelao
 415 cuando vino inquiriendo por ti si vivías en la tierra".

Contestando a su vez dijo Ulises el rico en ingenios:

- "¿Y por qué no decírselo tú, pues que todo lo sabes? ¿Por que vaya él errante también padeciendo dolores sobre el mar infecundo y que otros le coman la hacienda?"
 420 Contestóle en seguida la diosa ojizarca Atenea:
 "No te tomes por él excesivos cuidados: yo misma le llevé por las olas allá, que ganara renombre al llegar a esa tierra. No sufre aflicción: bien tranquilo del Atrida en las casas se halla entre bienes sin cuento.
 425 Yo bien sé que, acechándole a bordo de negro navío, unos mozos le quieren matar sin que vuelva a la patria, pero en vano, porque antes la tierra tendrá a alguno de esos pretendientes que comen ahora tu pan y tus bienes".

Atenea diciéndole así le tocó con la vara,

de la ayuda de la diosa, pero queda un poso de vacilación en su alma: ¿se la prestará en efecto? (cf. 315 ss.). Esta vacilación presenta otro signo en la misma diversidad de sus apelaciones: primero (389), el familiar y simple "ojizarca"; luego (391), el más reverente y distanciado "diosa augusta". ¿Con cuál de ellos halagará más a su protectora?

¹¹ Invertido en la traducción el orden de los versos 395-396 (cf. n. 9).

- 430 de su cutis ajó la hermosura en sus miembros flexibles,
desnudó su cabeza del blondo cabello y en torno
todo el cuerpo cubrió con la piel de un anciano provector;
pitañosos le puso los ojos nublando su brillo,
le vistió de una capa andrajosa y un sucio vestido
- 435 con desgarros y manchas de tizne de humos; encima
de un gran ciervo el pellejo le echó muy gastado y sin pelo
y le dio una garrota y un saco averiado y deforme
con trezado cordel que sirviese a colgarlo del hombro.
- Y sin más conversar separáronse; y ella marchóse
- 440 hacia Esparta divina al encuentro del hijo de Ulises.

CANTO XIV

Desde el puerto él en tanto marchó por quebrado sendero,
bosque arriba, a través de la sierra, al lugar en que Atena
le había dicho moraba el pastor admirable que a Ulises
entre todos los siervos mejor le cuidaba los bienes.

- 5 A la entrada sentado lo halló del corral de altas tapias
que bien grande y hermoso se alzaba en lugar abrigado
con su cerca completa, que el mismo porquero había hecho
sin contar con su dueña ni el viejo Laertes: guarida
de los cerdos del príncipe ausente, solada con lajas
10 de acarreo, encimadas las tapias por bardas de espinos.
Toda en torno por fuera había puesto apretada y espesa
larga fila de estacas que hachó de unos troncos de encina,
y por dentro había obrado en el patio hasta doce zahurdas,
una al lado de otra, de albergue a las hembras. Guardaba
15 cada una cincuenta cochinas, criadoras fecundas
con sus lechos terrizos; los machos quedábanse fuera,
y eran menos con mucho que aquéllas, mermados sin pausa
por los nobles galanes: él mismo tenía que mandarles
a diario a su mesa el mejor de los cerdos cebados
20 [y ya entonces quedaban no más que trescientos sesenta]¹.

- Cuatro perros con traza de fieras, criados al lado
del leal porquerizo, guardábanlos siempre. Cortaba
a este tiempo aquel hombre unas suelas de cuero boyuno
de vistoso color que ajustaba a sus pies. Sus zagales
25 cada cual caminaba por sitio distinto: tres de ellos
por los campos paciendo los puercos, y al cuarto lo había
enviado por fuerza al poblado a llevar a los fieros

¹ Verso condenado con razón por van Leeuwen, Bérard y otros: interpolación de un versificador insulso a quien se le ocurrió igualar el número de los cerdos supervivientes con el de los días del año.

pretendientes el cerdo cebón, que se hartasen de carne.

Viendo en esto los perros a Ulises, lanzáronse a una
 30 contra él con agudos ladridos; el héroe, prudente,
 se sentó y el garrote dejó por el suelo; con todo,
 en su propia majada sufriera infamante desgracia²
 si no sale detrás de los perros el buen porquerizo
 al correr de sus piernas veloces. Cayósele el cuero,
 35 pero, dándoles gritos, tirándoles piedra tras piedra,
 ahuyentólos de un lado y de otro y al príncipe dijo:

“Por bien poco en un punto mis perros no te hacen pedazos,
 buen anciano, dejándome a mí la ignominia y la culpa
 cuando tantos dolores y llantos me dan ya los dioses:
 40 aquí estoy suspirando y en pena por mor de mi rey,
 el divino, cebando estos cerdos a que otros los coman,
 mientras él, faltó acaso de pan, anda errante por tierras
 y ciudades de gentes extrañas, si es cierto que aún vive
 y sus ojos contemplan la lumbre del sol. Pero, ¡ea!,
 45 ven acá a la cabaña, ¡oh, anciano! Una vez que te sacies
 de comer y beber a tu gusto, dirás de tu patria
 y de aquellos trabajos y duelos³ que tienes sufridos”.

Tal diciendo guióle a su casa el porquero admirable,
 le hizo entrar y, esparciendo en el suelo unas brozas, cubriólas
 50 con la piel de una cabra peluda, montés: era el propio
 lecho suyo bien grande y relleno. Alegrábase Ulises
 de que así le acogiera, tomó la palabra y le dijo:

“¡Oh, mi huésped! Que Zeus y las otras deidades eternas
 te concedan aquello que ansíes por esta acogida”.

55 Respondístele tú, mayoral de los cerdos Eumeo:

“No es mi ley, forastero, afrentar al que viene, aunque sea
 más mezquino que tú, pues es Zeus quien envía a los mendigos
 y extranjeros errantes que el bien más pequeño agradecen
 que les damos. No puedo hacer más, el temor siempre embarga
 60 a los siervos que penden de jóvenes dueños. Al otro
 el regreso al hogar impedido le tienen los dioses;
 él querríame de veras, darfame sus dones sin duelo:
 una casa, un campejo, una esposa envidiada por muchos,
 cuanto suele un benigno señor conceder a un criado
 65 que por él se afaná si algún dios favorece su empeño.
 Tal ahora prospera el trabajo que hago; por ello

² El ser despedazado por sus propios perros. La escena que sigue tiene un marcado sabor campesino: nadie que haya vivido algún tiempo en el campo habrá dejado de presenciar alguna parecida.

³ Cf. n. 7.

mil presentes me hiciera mi rey si acá envejeciese,
pero ha muerto: ¡mejor pereciera la raza de Helena
de raíz, pues quebró las rodillas de tantos varones!

- 70 También él marchó a Troya, el país de los buenos caballos,
y la honra buscó a Agamenón en la lid con los teucros".

Así habló, se ciñó el cinturón recogiendo el vestido
y marchó a la zahurda en que estaban los tiernos lechones;
atrapando dos de ellos los trajo, mató la pareja,

- 75 chamuscólos⁴, partiólos, los trozos clavó en asadores
y, ya asados, calientes aún, en los mismos espiches
ante Ulises los puso, esparcióles la cándida harina
y en un cuenco hizo mezcla de un vino con dejos de mieles.

Frente al héroe sentóse después y, animándole, dijo:

- 80 "Come, huésped, ahora el manjar que compete a los siervos,
los lechones; los cerdos cebados consúmenlos esos
pretendientes sin pizca de honor ni piedad en sus almas.

No complacen de cierto a los dioses las obras perversas,
que ellos honran más bien la justicia y las buenas acciones;

- 85 aun los hombres sin freno y sin ley que se echan encima
de un ajeno país, donde Zeus les permite hacer presa,
cuando vuelven a casa, repletas sus naves, se sienten
de respeto invadidos y recio temor; pero éstos
bien seguros están: de algún dios escucharon sin duda

- 90 de la muerte y desgracia de aquél, con lo cual ni se avienen
a pedir a su esposa por ley ni a volverse a sus casas.

Insolentes, tranquilos, sus bienes consumen sin duelo:
ni una noche ni un día nos vienen de Zeus que no maten
de las reses de aquél no una sola ni dos; cuanto al vino,

- 95 se lo van agotando también con la misma insolencia.
Su caudal era inmenso de veras: igual no lo tiene
ningún grande ni en Ítaca misma ni allá por el negro
continente. Ni veinte varones en junto podrían
tal riqueza igualar: por menudo lo iré refiriendo.

- 100 Doce son las vacadas y doce los hatos de ovejas
[y otros tantos de cabras y doce manadas de cerdos]⁵
los que cuidan en tierras de allá mercenarios y esclavos.
Aquí en Ítaca son hasta once sus greyes de cabras;
al confín de la isla las guardan pastores expertos
105 que también han de dar diariamente una res a esos hombres,

⁴ Para quitar la piel al marrano se quemaban las cerdas pasando por ellas un leño encendido, costumbre usada aún en algunos pueblos de las sierras castellanas.

⁵ Verso también impertinente y rechazado por varios editores.

la mejor que se encuentre en el hato de cabras rollizas.
Por mi parte custodio estos cerdos, los voy defendiendo,
aunque siempre esa gente se lleva la flor del ganado”.

- Tal le dijo, y Ulises tragaba tasajos y vino
110 en silencio, tejiendo ruinas a aquellos galanes⁶.
Una vez que acabó de comer satisfecho del todo,
el porquero colmóle su propio tazón y lo puso
en sus manos; cogiósele Ulises, contento en su pecho,
y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:
115 “Dime, amigo, ¿quién fue aquel varón que con propios dineros
te compró, tan potente y tan rico según tú lo pintas,
que la vida inmoló a Agamenón procurándole honra?
Quizá yo le llegué a conocer siendo tal como era;
sabe Zeus y los dioses eternos si, habiéndole visto,
120 te podré dar noticias, que mucho he vagado en el mundo”.

- Contestóle el porquero a su vez, mayoral de sus hombres:
“Mira, anciano, ningún vagabundo que venga a esta tierra
con noticias de aquél persuadir ya podrá ni a su esposa
ni a su hijo. Esos hombres errantes y faltos de todo
125 llegan siempre contando embusteras historias; no hay forma
de que digan verdad, y el que en Ítaca aborda, a mi dueña
suele ir refiriendo patrañas; acógele ella
y le brinda hospedaje, le va preguntando mil cosas
y, sumida en dolor, de sus ojos deslízase el llanto
130 como es propio en mujer cuyo esposo cayó en tierra extraña.
Tú asimismo, ¡oh, anciano!, urdirías bien pronto algún cuento
si cualquiera te diese a vestir una túnica, un manto;
pero a él ya los perros sin duda y las aves ligeras
le arrancaron la piel de los huesos, pérdida la vida,
135 o si lo han devorado los peces del mar, sus despojos
por alguna ribera estarán bajo cerros de arena.
De este modo murió: con su muerte pesares sin cuento
ha dejado a los suyos y a mí más que a nadie; de cierto
no hallaré tan benigno señor donde quiera que vaya,
140 ni aun volviendo otra vez a la casa paterna en que vine
a la vida y mi padre y mi madre me dieron crianza.
No es mi llanto por ellos, por más que me affija y que sueñe
con volver con mis ojos a verlos allá, que es la pena
por la ausencia de Ulises la que hinche mi alma; aun ausente,

⁶ Buena estampa de Ulises, que come y bebe sin soltar palabra mientras medita su venganza al escuchar del porquero los pormenores de las demandas de los pretendientes conocidas ya por Atenea.

145 ¡oh, mi huésped!, rehuyo el nombrarlo: en tal modo me amaba,
 en tal modo cuidaba de mí y, aun estando tan lejos,
 nunca habré de dejar de llamarlo mi dueño y mi amigo".

Mas Ulises divino el de heroica paciencia repuso:

"Pues te empeñas, querido, en negar y en decir que este hombre
 150 no habrá ya de volver y en tu ánimo así desconfiás,
 yo por mí no hablaré como otros. Haré juramento
 de que Ulises vendrá; por la nueva no tenga yo albricias
 hasta el tiempo en que llegue y se encuentre en sus casas: entonces
 que me den una veste y un manto lucidos y hermosos.

155 Antes de ello no habré de aceptarlos por falta que tenga:
 me es odioso al igual que las puertas de Hades el hombre
 que pretende aliviar su miseria contando patrañas.

Mas, por Zeus ante otro dios, por la mesa en que hoy
 me acogiste y la casa del hombre sin tacha a que acabo
 160 de llegar, que se habrá de cumplir cuanto yo diga ahora:
 en el mes en que estamos Ulises vendrá a estos lugares,
 cuando acabe esta luna y empiece la nueva; a su casa
 volverá, la venganza a cumplir sobre todos aquellos
 que le ultrajan ahora a la esposa y al hijo glorioso".

165 Respondístele tú, mayoral de los cerdos Eumeo:

"Bien seguro, ¡oh, anciano!, que no te daré esas albricias
 ni a sus casas Ulises vendrá; pero sigue bebiendo
 sosegado y no hablemos más de ello. Tornemos la mente
 a otras cosas: el duelo me llega hasta el fondo del alma
 170 cada vez que oigo hablar de mi noble señor; deja a un lado
 juramentos y sea lo que quiera, que Ulises regrese
 a su hogar como yo bien deseo y Penélope Augusta
 y Telémaco igual a los dioses y el viejo Laertes.

Y, por cierto, otra pena me embarga también sin descanso
 175 por Telémaco, el hijo de Ulises. Los dioses han hecho
 que creciera cual vivo retoño; yo bien esperaba
 que sería entre los hombres igual a su padre: hechicero
 de figura y de cuerpo, y he aquí que algún dios le ha turbado
 las sensatas entrañas. Quizás algún hombre: ha salido
 180 para Pilos divina a buscar a su padre y la tropa
 de los nobles galanes le acecha al regreso, dispuesta
 a que en Ítaca acabe sin gloria la prole de Arcisio,
 el igual a los dioses; y es fuerza dejarlo, ya muera,
 ya le ampare del riesgo el Cronión extendiendo su brazo.

185 Mas, ¡oh, anciano!, hora es ya de que cuentes tus propios pesares⁷.

⁷ La dolorida situación de Eumeo y el mísero pergeño de Ulises no permiten esperar a aquél de labios de éste más que una relación de desgracias: la expresión es de humanísima melancolía.

Dime, pues, sin engaño, que yo bien lo sepa. ¿Quién eres?
 ¿De qué gente? ¿Cuál es tu ciudad? ¿Quiénes fueron tus padres?
 ¿En qué barco has llegado hasta aquí? ¿Cómo fue que sus hombres
 te trajeron a Ítaca? ¿En dónde decíanse nacidos?

190 Por tu pie, bien se deja pensar, no has venido a esta tierra".

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:

"Con entera verdad la respuesta daré a todo eso,
 mas, de cierto, aunque no nos faltara por tiempo comida
 ni sabroso licor y, metidos en esta cabaña

195 a comer y beber con sosiego, marcharan los otros
 de buen grado al trabajo por un año entero, no habría
 yo acabado el relato de todos aquellos pesares
 que en mi pecho sufrí por cruel decisión de los dioses.

Me glorío de ser por linaje de Creta espaciosa

200 y nacido de un hombre bien rico. Más prole tenía:
 de su esposa eran muchos los hijos que en casa nacieron
 y tuvieron crianza; que a mí me engendró en una esclava,
 su manceba. Con todo tratábame igual que a los otros
 el Hilácida Cástor, que así se nombraba mi padre.

205 Como a un dios respetábanle entonces las gentes de Creta
 por su próspera suerte, su hacienda y sus hijos ilustres;
 mas las Parcas mortales vinieron a él y a las casas
 lo llevaron de Hades; sus hijos soberbios y altivos
 su caudal dividieron en lotes y echaron las suertes⁸;

210 una casa dejáronme a mí, poco más; pero luego
 llevé a ella de esposa a mujer de opulenta familia
 por mis méritos sólo, que no era en verdad ni insensato
 ni cobarde en la lid. Todo ya se perdió, mas tú mismo,
 si no yerro, podrás conocer, contemplando el rastrojo,

215 cómo ha sido la mies⁹, aunque tanto me pesen mis duelos.
 Pero Ares y Atena pusieron audacia en mi alma
 y el esfuerzo a romper por los hombres, y, cuando elegía
 los mejores para una emboscada tramando ruinas
 a los otros, jamás en mi espíritu prócer pensaba

220 en la muerte: el primero en saltar, abatía con mi lanza
 al contrario incapaz de escapar a mis piernas veloces.

⁸ La partición de los bienes se supone, pues, hecha mediante su distribución en lotes aproximadamente iguales y posterior sorteo de ellos entre los hijos.

⁹ "Figuradamente, a la manera que la calidad de una cosecha puede ser juzgada por el rastrojo que de ella queda en el campo" (Faesi-Kaegi). La expresión parece proverbial.

- Y tal era en la lucha; mas no me gustaba el trabajo
ni el cuidado de casa y familia que da hijos ilustres.
Mi pasión eran siempre las naves, los ágiles remos,
225 las hazañas de guerra, las picas pulidas, las flechas,
instrumentos de muerte que infunden terror en los otros;
éstos eran mis goces, que un dios me lo puso en el pecho.
Y, en verdad, cada hombre se da a unos quehaceres: no habían
los argivos aún puesto el pie sobre el suelo de Troya
230 cuando ya nueve veces había yo lanzado a mis gentes
en las naves a extraño país y sacado mil presas;
de entre ello escogía a mi placer y tomaba en el resto
mi porción¹⁰; prosperaba mi casa y había conseguido
con el tiempo el temor y el respeto del pueblo de Creta.
- 235 Mas al cabo el gran Zeus de larga mirada dispuso
la jornada terrible que había de quebrar las rodillas
de varones sin cuento: forzaron allí a Idomeneo
y a mí mismo a guiarlos a Troya en las naves; excusa
no pudimos hallar sin caer en deshonra ante el pueblo.
- 240 Nueve años los dánaos luchamos allá y, al cumplirse
el deceno, arrasado el alcázar de Príamo, emprendimos
el regreso al hogar, cuando un dios dispersó a los aqueos.
Pero Zeus en su mente tramábame ya nuevos males.
¡Desgraciado! Un mes sólo quedé disfrutando en mi casa
245 de mis hijos, mi esposa y mis bienes. Apenas pasado,
impulsábame el alma de nuevo a llegar hasta Egipto
en unión de mis hombres egregios armando otras naves;
equipé nueve barcos, aprisa reunióse mi gente
y en mi casa seis días comiendo estuvieron aquellos
250 mis leales amigos: les daba sin duelo mis reses,
que a los dioses sirviesen de ofrenda y festín para ellos.
- Embarcados, al séptimo día levamos de Creta
al impulso de un bóreas sutil, delicioso; corríamos
al igual que en un río a favor de las ondas; ni un hombre
255 de mi tropa enfermó, nos sentíamos tranquilos e indemnes
y dejamos que el viento y pilotos rigieran la flota.
A la quinta jornada llegamos al Nilo de aguas
caudalosas; detuve en el río mis buenos bajeles,
ordené que a su orilla los más de mis fieles amigos

¹⁰ Antes del reparto sacaba del botín lo que mejor le parecía, y luego recibía una parte igual a la de los otros en la distribución. Parece que las ventajas de un "condottiero" como el que aquí se pinta eran mayores en esto que las de los propios reyes que conducían sus ejércitos, cf. IX 160 y 550 ss.

- 260 se quedasen guardando las naves y a un tiempo enviaba
 por delante a unos pocos vigías que viesan la tierra;
 pero ellos, cediendo a su impulso y coraje, empezaron
 a robar las hermosas campiñas de aquellos egipcios
 arrastrando a mujeres y niños, llevando la muerte
- 265 a los hombres. Corrió a la ciudad en seguida la alarma
 y a las voces de guerra su hueste llegó con la aurora;
 todo el campo inundóse bien pronto de carros e infantes
 y destellos de bronce¹¹; y Zeus que se goza en el rayo
 infundió en mis amigos funesto pavor; ni uno solo
- 270 resistió frente a ellos: en torno no había más que males.
 De los míos mataron a muchos a filo de bronce,
 capturaron a otros pensando en hacerlos sus siervos
 en trabajos forzados, y Zeus me inspiró en las entrañas
 una idea. ¡Ojalá hubiera muerto en Egipto yo entonces
- 275 y encontrado mi fin, pues aún me aguardaban más penas!
 Despejé mi cabeza del casco vistoso y, a un lado
 separando el escudo, solté de mis manos la lanza
 y, saliendo al encuentro del carro del rey, sus rodillas
 abrazado besé. Compasivo él entonces, la vida
- 280 me salvó y, en el carro subido dejando ir mi llanto,
 me llevó a sus palacios. En tanto asaltábanme muchos
 con sus lanzas de fresno intentando mi muerte; era grande
 su furor; apartábalos él con temor del castigo
 del gran Zeus Hospital, el que venga las obras perversas.
- 285 Siete años allí me quedé y allegué muchos bienes
 entre aquellos egipcios, pues todos me daban; corriendo
 ya el octavo al volver de los tiempos veloz, presentóse
 por aquella comarca un egipcio falaz e intrigante,
 un taimado que ya había traído desgracias sin cuento
- 290 a otros hombres. Mañoso logró le siguiera a Fenicia,
 donde él mismo de asiento tenía su morada y su hacienda,
 y hasta fines del año me tuvo hospedado en su casa;
 mas pasaron los días, los meses, y, así que en el giro
 de los tiempos volvió la estación en que yo había llegado,
- 295 embarcóme consigo otra vez y, amasando mentiras,
 consiguió que agregara mi carga con rumbo hacia Libia.
 Meditaba venderme de esclavo y sacar un buen precio

¹¹ He tratado de conservar en lo posible en la traducción la onomatopeya, que en el original es verdaderamente admirable: el juego de las explosivas sordas a que hacen eco las nasales reproduce de modo impresionante el estrépito de aquel ejército de indígenas que se presenta de improviso.

- y, aunque ya con sospechas, seguíle por fuerza en la nave,
que corrió con el soplo de un cierzo sutil, halagüeño
300 por el mar, bajo Creta; mas Zeus nos tramaba ruinas:
Creta ya se esfumaba a lo lejos, ninguna otra tierra
parecía a nuestros ojos, mas sólo las aguas y el cielo,
cuando Zeus el Cronión vino a alzar una nube sombría
sobre el combo bajel: todo el mar negreció bajo ella.
- 305 A este tiempo tronando el gran dios descargaba su rayo
en la nave; tembló la armazón toda entera y cubrióse
de vapores de azufre; los hombres vinimos al agua
y en redor del oscuro bajel nos llevó el oleaje
cual marinas cornejas: el dios nos negaba el regreso.
- 310 Mas he aquí que Zeus mismo, en mitad de mis fieros dolores¹²,
acercándolo puso en mis manos el mástil robusto
de la nave de prora azulada, remedio al desastre;
abrazándome a él, entregueme a los vientos funestos.
Nueve días erré por el mar y, a la décima noche,
- 315 arrastróme el rodante oleaje a la tierra tesprotia,
donde el rey del país, el insigne Fidón, me dio albergue
sin rescate; llegando su hijo hasta mí, ya rendido
del cansancio y la dura intemperie, me alzó con su mano
y, cogido, guió mi camino a la casa paterna
- 320 tras haber abrigado mi cuerpo con túnica y manto.
Allí fue donde supe de Ulises: Fidón refería
que, de vuelta a su patria, le había recibido de huésped,
y a mi vista mostró las riquezas por él conquistadas,
bronce y oro, esmeradas labores de hierro: con ellas
- 325 bien pudiera él vivir y otro más aún durando diez vidas:
¡tales joyas guardadas tenía en las salas del rey!¹³
- Y decían que estaba en Dodona a inquirir del gran Zeus,
a través de la encina copuda del dios, cómo era
conveniente que entrase en las tierras de Ítaca al cabo
- 330 de una ausencia tan larga, en secreto o a vista de todos;
y a mí mismo, en su casa libando, Fidón me juraba

¹² Se supone y hace notar la intervención divina como en casi todo lo extraordinario y de importantes consecuencias, sean éstas favorables o adversas; cf. n. 8 a IX, etc.

¹³ La interpretación de estos versos no es unánime: he aquí una traducción que se acomoda más a la dada por Murray, Stanford y otros:

Y a mi vista mostró aquel tesoro que Ulises tenía
conquistado: oro, bronce y labores de hierro que a él mismo,
su heredero y su prole hasta el décimo nieto, pudiera
sustentar. Tal riqueza guardaba en las casas del rey.

- que ya estaba en el mar el navío y a punto los hombres
que le habían de dar compañía hasta el suelo paterno;
pero yo salí antes; se hallaba en el puerto una nave
335 de tesprotas dispuesta a hacer rumbo a Duliquio triguera
y Fidón les mandó me dejasen allá con Agosto,
el buen rey; pero ellos tomaron muy otro consejo
sobre mí que viniese a colmar mi ración de dolores.
Cuando el barco crucero ya estaba bien lejos de tierra,
340 maquinaron sin más convertirme en esclavo: arrancaron
de mis miembros la túnica, el manto y pusieron
sobre ellos el paño andrajoso y el roto vestido
que tú mismo me estás viendo ahora. A la tarde
arribaron al campo de Ítaca insigne en las olas
345 y, dejándome atado en la nave de buena cubierta
fuertemente con recia maroma, salieron del barco
presurosos y, a orillas del agua, tomaron su cena.
Por sí mismos los dioses soltaron entonces mis lazos
dulcemente; mas yo con el paño tapé mi cabeza;
350 descendí por el liso timón hasta dar en el agua
con el pecho; a nadar extendiendo al momento mis brazos,
sin tardar en la costa me hallé, pero lejos de aquéllos;
de la playa subí y en la gran espesura del bosque
me quedé agazapado. Iban ellos de un lado y de otro
355 dando gritos; mas, viendo a la postre que nada ganaban
con seguir en mi busca, volviéronse atrás y embarcaron
en el combo bajel; a los dioses había sido fácil
esconderme y después me trajeron aquí a la majada
de un discreto varón. Es vivir todavía mi destino".
- 360 Respondístele tú, mayoral de los cerdos Eumeo:
"Vagabundo infeliz entre todos, conmueves mi alma
al contar todo eso, tus penas, tu largo extravío;
mas hay algo que no está en razón ni yo puedo creerlo,
lo que has dicho de Ulises. ¿A qué, siendo tú como eres,
365 esas vanas mentiras? Bien sé la verdad por mí mismo
del regreso del príncipe. Odiábanlo todos los dioses
por no haber sucumbido al poder de los teucros ni en brazos
de los suyos después de la guerra; y entonces al menos
los argivos en junto le hubieran alzado una tumba
370 y un recuerdo glorioso quedara a su hijo; mas cierto,
las harpías raptáronlo falto de gloria. Yo, en tanto,
sigo aquí con los cerdos sin ver la ciudad; sólo a veces
la discreta Penélope allá me hace ir al arribo
de algún hombre que viene con nuevas de un lado o de otro

375 y al que todos acuden y van preguntando mil cosas,
 tanto aquellos que lloran la ausencia del rey como aquellos
 que a mansalva gozándose están en comerle los bienes.
 Pero a mí ni indagar me es gustoso ni andar preguntando
 tras haberme engañado con cuentos un hombre de Etolia
 380 que, después de matar a otro hombre, corrió muchas tierras
 y, llegado hasta aquí, recibió mi hospedaje. Decía
 que le había visto en Creta; albergábale allá Idomeneo
 según él y esperaba a rehacer sus navíos averiados
 por los vientos; habría de venir en verano u otoño
 385 con muy rico botín en unión de sus nobles amigos.
 Y tú, anciano tan ducho en sufrir, pues un dios te condujo
 hasta mí, no me vengas con falsas historias ni trates
 de adularme: si yo te di amparo y te cuido, es tan sólo
 por respeto de Zeus Hospital y piedad de ti mismo".

390 Contestando a su vez dijo Ulises el rico en ingenios:
 "¡Cuán incrédula, amigo, es tu alma! Ni aquel juramento
 te logró convencer ni me valen contigo razones;
 pero hagamos un trato y que sean allá arriba testigos
 de los dos las deidades que habitan las cumbres olímpias:
 395 si tu príncipe vuelve a estas tierras tendrás que vestirme
 de una túnica nueva y un manto, después ayudarme
 en la ruta a Duliquio, que fue mi anhelado destino;
 mas si miento y no viene ya acá tu señor, que tus siervos
 azuzados por tí me despeñen por hondo barranco,
 400 con lo cual ningún otro mendigo vendrá con patrañas".

Contestándole dijo a su vez aquel noble piariego:

"De seguro, mi huésped, que así ganaría buen renombre
 de virtud para siempre, si, luego de haberte traído
 a mi tienda y de haberte otorgado mi don de hospedaje,
 405 te asesino sin más y te privo del bien de la vida:
 ¡buena ofensa y con toda intención contra el Crónida Zeus!
 Pero, bien, de cenar es la hora; ojalá que mi gente
 no se tarde en venir, gozaremos de cena sabrosa".

De este modo entre sí conversaban los dos, y sintieron
 410 a ese tiempo las greyes llegar con sus guardas zagales,
 que a las hembras al punto metieron en sendos cubiles,
 y elevóse el inmenso gruñir de los cerdos que entraban;
 mas he aquí que el egregio porquero les dijo a sus hombres:

"De los machos buscad el mejor y ofrezcámoslo al huésped
 415 que me llega de lejos; nosotros con él gozaremos,
 ya que es nuestro el esfuerzo y la pena en criar los marranos
 mientras otros devoran el fruto de tantas fatigas".

Tal habló, con el bronce cruel empezó a cortar leños

- y, trayendo los otros un cerdo cebado de cinco
 420 primaveras, dejáronlo en pie junto al fuego. El porquero
 no olvidó a las deidades, pues era piadoso de entrañas:
 de primicia unos pelos cortó del testuz del marrano
 dentiblanco y echólos al fuego pidiendo a los dioses
 que volviese a sus casas Ulises el rico en ingenios.
 425 Luego alzóse y lo hirió con un leño de encina que había
 reservado en la corta. Expiró el animal; degollado
 y abrasada la piel¹⁴, lo partieron y puso el porquero
 trozos crudos de todos los miembros en grasa abundante
 y arrojólos al fuego después de empolvarlos de harina¹⁵.
 430 En pedazos cortaron el resto y, clavado en espiches,
 con cuidado lo fueron asando; sacáronlo luego
 en montón, en las mesas lo echaron y el buen porquerizo
 levantóse a trinchar, pues en todo quería la justicia.
 Dividiendo las carnes, sacó siete partes: la una
 435 consagróla a las ninfas y a Hermes, el hijo de Maya,
 que invocó en su oración, y sirvió a cada cual otra parte;
 dióle a Ulises, no obstante, la cinta del lomo del cerdo¹⁶
 dentiblanco, y el pecho del rey inundábase en gozo.
 Y, volviéndose a él, dijo Ulises el rico en ingenios:
 440 "Ojalá, buen Eumeo, te hicieras querer de Zeus padre
 cual de mí, pues, con ser lo que soy, me das tales honras".
 Respondístele tú, mayoral de los cerdos Eumeo:
 "Come ya, singular extranjero, disfruta las cosas
 que tenemos: los dioses dan bienes o dejan de darlos
 445 como a ellos les place en el alma, pues todo lo pueden".
 Así dijo, la ofrenda quemó de los dioses eternos¹⁷
 y, después de libar, el tostado licor pasó a Ulises
 destructor de ciudades y vino a sentarse en su puesto.
 Repartífales los panes Mesaulio, el esclavo que había
 450 por sí mismo adquirido el porquero en ausencia del rey;
 sin decir cosa alguna a su dueña ni al viejo Laertes
 lo compró de los tafios pagando del propio peculio.
 Al manjar que delante tenían lanzaron las manos
 y, una vez satisfecho el placer de comida y bebida,
 455 fue Mesaulio llevándose el pan y sintieron deseos
 de dormir, bien ahitos que estaban de vino y de carnes.

¹⁴ La degollación tenía seguramente por objeto la salida y aprovechamiento de la sangre del animal. Cf. además 75 y n. 4.

¹⁵ Rito de ofrecimiento a los dioses.

¹⁶ Era bocado de honor (cf. IV 65, VIII 475).

¹⁷ Continuación del rito de 428-429.

- Era noche inclemente y sin luna; mandábales Zeus
sin descanso su lluvia, soplabá un poniente violento
y con aguas y Ulises les dijo, tentando al porquero
460 para ver si le daba su manto o mandaba que otro
de los suyos lo hiciese, pues tanto por él se esmeraba:
"Escuchadme, ¡oh, Eumeo y vosotros sus buenos amigos!
Mi deseo os diré en una historia, que el vino me incita,
ese loco que lanza a cantar al varón más discreto
465 y a reír con agrado e incluso a bailar, y aun le hace
tal palabra decir que mejor estuviera callada;
pero, ya que he empezado a charlar, nada habré de ocultaros.
¡Ojalá que tuviera la edad y la gran fortaleza
que en los campos de Ilión cuando fuimos a hacer la emboscada!
470 Como jefes marchaban Ulises y el hijo de Atreo,
Menelao; el tercero era yo, pues así lo impusieron.
Junto ya a la ciudad y sus arduas murallas, nos fuimos
escondiendo a través de la espesa maleza, las cañas
y pantanos; echados, cubríannos los combos escudos.
475 Presentóse una noche cruel con gran fuerza de cierzos,
heladora; empezó reciamente a nevar y mostraban
los escudos ya todos un cerco de hielo. A esa hora
de los otros a nadie faltó veste y manto, dormían
en gran paz, el broquel les tapaba los hombros; yo, empero,
480 tras haberle dejado a mi gente la capa, ¡insensato!,
sin prever que el rigor de aquel tiempo pudiera aterirme,
me encontraba con sólo el escudo y el cinto brillante.
Ya pasados dos tercios de noche, los astros caían
cuando a Ulises, que estaba a mi lado, le di con el codo;
485 despertóse y hablé, que él al punto prestábame oído:
"¡Oh, Laertiada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
Desde hoy más no estaré entre los vivos; la dura borrasca
me aniquila, pues no traje manto. De un dios seducido
vine aquí con la túnica sólo; no tengo ya escape'¹⁸.
490 Tal hablé, y él, sin más, en su mente dispuso una traza,
tan capaz se mostraba en consejo y en lides de guerra;
y en voz baja, volviéndose a mí, contestó de este modo:
'Calla al punto, no vayan a oírte los otros aqueos'.
Con el codo en el suelo apoyó la cabeza y clamaba:
495 'Escuchadme, ¡oh, amigos!, un dios me ha mandado un ensueño:
hemos ido muy lejos del campo naval. ¿No hay alguno
que el mensaje le dé a Agamenón, el pastor de sus gentes,

¹⁸ El supuesto "condottiero" helado de frío "habla apresuradamente en frases cortas" (Faesi-Kaegi).

de que mande más hombres aquí de las naves?' Tal dijo
 y, a su voz levantándose Toas el hijo de Andremon,
 500 en el suelo dejaba su manto purpúreo y partióse
 a las naves veloz; rebujéme en su capa yo entonces
 dulcemente; asomaba la Aurora de trono de oro...
 Ojalá yo tuviera la edad y el vigor de aquel tiempo,
 y quizá en la majada me diera un porquero algún manto
 505 por amor y también por respeto a un valiente, que ahora
 me desprecian por verme cubierto con estos harapos".

Respondístele tú, mayoral de los cerdos Eumeo:

"Tu relato, ¡oh, anciano!, no tiene reproche, ni has dicho
 en él cosa que sea sin razón y provecho. La capa
 510 por nosotros tendrás, y de nada serás defraudado
 cuanto debe alcanzar cualquier pobre que en súplica llega;
 pero habrás de arreglarte mañana tus propios harapos,
 pues no hay en el hato abundancia de mantos, ni sobra
 veste alguna que dar: cada cual sólo tiene la puesta.
 515 Cuando vuelva a estas tierras el hijo de Ulises, él mismo
 te dará otro vestido, una túnica nueva y un manto
 y la ayuda también para ir donde sea tu deseo".

Tal habló, levantóse y le puso al calor de la lumbre
 una cama en que echó buenas pieles de ovejas y cabras;
 520 y, tendiéndose Ulises en ella, cubriólo por cima
 con un manto cumplido y espeso: tenfalo en reserva
 como muda que usar en los tiempos de duras borrascas¹⁹.

De este modo acostábase Ulises allá y a su lado
 se acostaron también los zagales; al buen porquerizo
 525 no agradaba dormir en la casa dejando sus cerdos,
 sino armóse dispuesto a salir; alegrábase Ulises
 advertido de cómo en su ausencia cuidaba sus bienes.
 Él, en tanto, colgóse el cuchillo del hombro robusto,
 se cubrió de una capa bien gruesa, reparo del viento,
 530 y, tomando la piel de una cabra rolliza y un dardo
 puntiagudo en defensa de perros y hombres, marchóse
 a acostar con los cerdos de blancos colmillos, debajo
 de una cóncava peña que amparo les daba del cierzo.

¹⁹ En el hato no había abundancia de mantos (513), pero el mayoral tiene uno de repuesto y se lo pone a Ulises en la cama. El otro se lo llevará él mismo para abrigarse en su trasnoche campesino (529).

CANTO XXII

Y hete en esto que Ulises sagaz se quitó los andrajos y saltó al ancho umbral¹, embrazados el arco y la aljaba bien repleta; vertiendo el montón de las flechas veloces allí mismo a sus pies, se volvió a los galanes y dijo:

- 5 “Este juego está ya de una vez terminado, y ahora otro blanco me voy a poner al que nunca hombre alguno disparó, por si puedo alcanzarlo y me da gloria Apolo”.

Tal diciendo, una amarga saeta lanzó contra Antínoo, que en el mismo momento iba a alzar de la mesa a sus labios
10 áurea copa de dos cavidades: teníala en sus dedos y a apurar disponíase el licor, bien ajeno en su alma de matanza y de sangre, y ¿quién pudo pensar que allí, en medio del festín, uno solo entre tantos, por grande que fuese su vigor, consumase su muerte y su negro destino?

- 15 Mas Ulises certero alcanzó su garganta, y la punta traspasó el blando cuello y salió por detrás: el herido se rehundió en el sillón y la copa cayó desprendida de su mano; vertió su nariz grueso caño de sangre, sangre humana en hervor; resbaló a tierra luego y la mesa
20 rechazó con el pie; los manjares vinieron al suelo, revoltijo de pan y de carnes asadas... Gritaron los galanes allá por las salas al ver al caído; consternados alzáronse todos dejando el asiento y miraron en torno a los sólidos muros. No había

¹ Los andrajos se los quita sólo en parte, en cuanto podrían embarazarle para la lucha que va a emprender; cf., al final del canto, 485 ss. Por lo demás, el umbral de que se habla es el que da salida de la sala o *mégaron* al patio. Allí quedan apostados Ulises y los suyos para impedir que puedan escapar los pretendientes, cf. 76 ss., etc. Todo el conato de éstos es arrojar a Ulises de aquel sitio para salir y dar la alarma fuera.

25 por allí lanza alguna robusta o broquel que pudieran
descolgar, y volviéronse a Ulises con voces de ira:

“¡Extranjero! En mal hora a los hombres disparas, y éste
tu certamen postrero será, la ruina se cierne
sobre tí, que has matado a un varón, al más noble con mucho
30 de los mozos de Ítaca: aquí darás pasto a los buitres”.

Así habló cada cual suponiendo entre sí que había hecho
sin querer esa muerte, ¡insensatos, que no comprendían
que en sus lazos tenía ya el destino cogidos a todos!

Mas Ulises sagaz los miró torvamente y les dijo:

35 “¡Perros viles, que ya os figurabais que yo nunca habría
de volver de la tierra de Troya, y estabais por eso
devorando mi casa, os llevabais al lecho a mis siervas
y a mi esposa asediabais estando yo en vida, sin miedo
de los dioses que habitan el cielo anchuroso o cuidado
40 de futuras venganzas por parte de hombres! Ya ahora
prisioneros a todos os tiene la muerte en sus lazos”.

Así dijo, y el pálido espanto tomó a los galanes,
que miraban por dónde escapar a la abrupta ruina.
Sólo Eurímaco alzó allí la voz y le dijo en respuesta:

45 “Si en verdad eres tú aquel Ulises y has vuelto a la patria,
con razón has hablado de cuanto los dánaos han hecho,
mil locuras aquí en estas salas y mil en los campos;
pero ya en tierra yace el culpable de todas, Antínoo.
Porque él fue quien llevó a los demás a tamaños desmanes,
50 no en verdad por deseo o interés en aquel matrimonio,
mas mirando a otro fin que el Cronión realizarle no quiso:
ser en Ítaca el rey, en su hermosa ciudad y en el pueblo,
solo él, tras matar a tu hijo en traidora emboscada.

Muerto está y en justicia; tú, empero, perdona a estas gentes
55 que son tuyas; nosotros, después, del común pagaremos
lo comido y bebido en tus salas y a más, como multa,
te traerá cada cual el valor de diez pares de bueyes
entregándolo en bronce y en oro; y, en tanto tu alma
satisfecha no esté, sufriremos sin queja tus iras”.

60 Mas Ulises sagaz lo miró torvamente y le dijo:

“Bien podríais, ¡oh, Eurímaco!, darme los bienes que habéis
heredado entre todos y aún más añadir de otra parte,
que mis manos no habrán de dejar la matanza hasta el punto
en que logre del todo vengar vuestro gran desafuero.

65 Dos extremos os quedan, no más: enfrentaros en lucha
o escapar, si libraros podéis de la muerte y las parcas;
mas no pienso que muchos rehuyan la abrupta ruina”.

A esto en ellos quebró el corazón, flaquearon sus piernas,

mas Eurímaco alzó nuevamente su voz y les dijo:

- 70 "Este hombre, ¡oh, amigos!, no habrá de dar tregua a sus manos
formidables; cogidos en ellas el arco y la aljaba,
seguirá en ese umbral disparando hasta haber acabado
con la vida de todos: pensemos por tanto en la lucha,
las espadas sacad, oponed como escudos las mesas
75 a sus flechas mortales, tengámonos firmes y unidos
contra él, que, si al fin conseguimos echarle del porche
y la puerta y salimos afuera, darase la alarma
sin tardar y él habrá disparado sus últimos tiros".

- Desnudo al decir esto el agudo cuchillo de bronce
80 con su buen doble filo y saltó sobre Ulises egregio
dando aullidos terribles; mas él a este tiempo una flecha
disparó que fue a herirle veloz por debajo del pecho
y en el hígado vino a clavarse. Dejando él la espada
de su mano caer, vacilante arrojóse a la mesa
85 y arqueósele el cuerpo; vinieron al suelo la copa
de dos senos y todo el manjar; con su frente la tierra
golpeaba en congojas de muerte, sus pies sacudían
por detrás el sillón, y la niebla vertióse en sus ojos.

Hete a Anfínomo entonces marchar contra Ulises glorioso:

- 90 se le puso delante de un salto sacando la espada
puntiaguda por verle de echar del umbral; mas en esto
con su lanza Telémaco hirióle en mitad de la espalda
vigoroso, hasta hacerla asomar por el pecho. Gran golpe
dio en la tierra al caer, con la frente de lleno en el polvo.

- 95 Mas Telémaco echóse hacia atrás y dejóse la lanza
larga en sombra clavada en el cuerpo de Anfínomo: tuvo
fuerte miedo a que alguno, al sacar él el asta, le hundiese
por la espalda el cuchillo saltándole encima o le diera
al doblarse un gran golpe. Al momento volvió con su padre,
100 se apostó junto a él y le dijo en aladas palabras:

"Padre, voy a traerte un escudo y un yelmo de bronce
que ajustado a las sienas te cubra, y dos picas; yo mismo
me armaré cuando vuelva y daré al porquerizo otras armas
y también al boyero: es mejor que luchemos armados".

- 105 Contestando a su vez dijo Ulises el rico en ingenios:
"Corre y tráelos en tanto me duran las flechas, no fuere
que, quedándome solo, me logren echar de estas puertas".

- Así dijo, y Telémaco, oyendo a su padre, marchóse
y, pasando a la sala en que estaban sus armas gloriosas,
110 cuatro escudos de allí recogió y ocho lanzas, más otros
cuatro yelmos de bronce con altos penachos de crines.

Con su carga en los brazos, bien pronto llegó hasta su padre

y fue él mismo el primero en cubrirse la piel con el bronce;
 revistieron después los dos siervos las armas lucentes

115 y los tres rodearon a Ulises, el rico en ardidés.

Éste, en tanto duraron las flechas, seguía haciendo blancos
 y matando uno a uno en su casa a los fieros galanes.

Ya sus cuerpos formaban montón, mas he aquí que, tirando
 sin cesar, le faltaron las flechas al rey; y él entonces

120 dio descanso a su arco dejándolo allá, junto al quicio
 de la sólida estancia, apoyado en el muro brillante;
 protegióse los hombros con un gran escudo de cuatro
 recias pieles, la fuerte cabeza cubrió con un yelmo
 de cimera de crin que ondeaba terrible en lo alto

125 y empuñó las dos lanzas robustas con puntas de bronce.

Muy cercano al portal de la espléndida sala, a la altura
 del dintel se veía en el sólido muro un portillo

que salía al corredor, mas cerrábanlo muy fuertes hojas
 de madera, y Ulises, a más, al egregio porquero

130 tenía allí colocado en su guarda²: no había más salida.

Y Agelao volvióse a los otros con estas palabras:

“¿No habrá, amigos, alguno que suba y por ese portillo
 salga y hable a las gentes y extienda entre el pueblo la alarma?
 Pronto habría lanzado este hombre sus últimos tiros”.

135 Mas Melantio el pastor cabrerizo le dijo en respuesta:

“No es posible, retoño de Zeus, Agelao, pues da miedo
 lo cercano que está de la puerta del patio, y la boca

del pasillo es angosta en tal modo que un hombre robusto
 contener allí a todos podría. Mas yo, ¡ea!, del tesoro

140 os traeré con que armaros: sin duda es en él donde esconden
 de hace tiempo sus armas Ulises y el hijo glorioso”.

Tal diciendo, Melantio el cabrero subió hasta los vanos
 de la sala³ y por ellos llegó a los tesoros de Ulises;

doce escudos de allí recogió, doce lanzas y doce

145 buenos yelmos de bronce con altos penachos de crines
 y, volviéndose a todo correr, se los dio a los galanes.

Flanqueó el corazón, le temblaron a Ulises las piernas

cuando vio a aquellos hombres que, puestas las armas, blandían

² La puerta secreta o portillo estaba tan cerca de la principal defendida por Ulises (126 y 137), que el porquero, aun atendiendo particularmente a la primera, seguía formando grupo con los otros tres de su partido, cf. 162 ss.

³ Cómo fueran estos vanos no consta ni se conoce el valor concreto de la correspondiente palabra homérica, aunque por su muy verosímil etimología parece significar originariamente “grieta” o “rendija”; probablemente respiraderos o tragaluces en lo más alto del muro.

- en sus manos los recios lanzones; muy dura tarea
 150 presintió y a Telémaco dijo en aladas palabras:
 "¡Ay, Telémaco! Alguna mujer de las muchas de casa
 nos prepara una guerra cruel, ¿o quizás es Melantio?"
 Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
 "Eso, padre, fui yo quien lo erré, y en verdad ningún otro
 155 dio motivo a tal cosa: dejé sin cerrar la gran puerta
 del tesoro, entornada no más, y sin duda un espía
 lo observó más despierto que yo; pero ve, noble Eumeo,
 cierra aquello y comprueba si es obra de alguna sirvienta
 o, según más bien pienso, traición de Melantio el de Dolio".
 160 De este modo entre sí conversaban, mas hete que a un tiempo
 nuevamente al tesoro marchaba el cabrero Melantio
 por más armas. Notó su salida el cabal porquerizo⁴
 y volviósse al momento hacia Ulises que estaba a su lado:
 "¡Ah, Laertiada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
 165 Mira allá cómo el hombre ruin que en sospecha teníamos
 se encamina al tesoro de nuevo: tú di sin rebozo
 si tendré que matarlo sin más de lograr dominarlo
 o ante ti he de traerlo aquí mismo a que pague los muchos
 desafueros que osó maquinár en tu propia morada".
 170 Contestando a su vez dijo Ulises el rico en ingenios:
 "Bien de cierto Telémaco y yo mantendremos a raya
 aquí dentro a los nobles galanes por grande que sea
 su coraje: id los dos y reatadle los pies y las manos
 por detrás, arrojadle al tesoro y cerradle las puertas.
 175 Más aún, enlazándole el cuerpo con soga trenzada,
 tiraréis hasta hacerle subir por la larga columna
 a las vigas: que pene, aun en vida, de recios dolores".
 Así dijo y sus hombres al punto acataron su orden
 y marcharon allá. Sin notarlos Melantio buscaba
 180 ya en el fondo del amplio recinto las armas, y ellos
 a la entrada uno y otro quedaron al pie de los quicios.
 El cabrero Melantio cruzaba el umbral con un yelmo
 de vistosa cimera en la mano; llevaba en la otra
 un escudo bien grande, mas viejo y tomado de moho,
 185 que Laertes el héroe de joven usara y que entonces
 olvidado yacía, rasgadas y sueltas sus pieles.
 Le saltaron encima los dos, arrastráronlo dentro
 del cabello y a tierra lo echaron dolido en su alma.
 Con cruel atadura anudaron sus pies con sus manos

⁴ Sin moverse de su puesto le ve salir por los "vanos", despierta su atención por las palabras de Telémaco.

- 190 retorcidos con fuerza implacable a la espalda, conforme les mandara el Laertiada, el sin par, sufridísimo Ulises; enlazáronle el cuerpo después con trenzada maroma y lo alzaron con ella por la alta columna hasta cerca de las vigas. Y ¡oh, Eumeo!, dijiste con voces de mofa:
- 195 “Ahora vas a quedarte, Melantio, velando en la noche y acostado en el lecho mullido que bien te merces; que la Aurora de trono de oro, al salir de las ondas del océano, te acuerde la hora en que llevas tus cabras al palacio a abastar el festín de los nobles galanes”.
- 200 Él allá quedó atado en mortal distorsión y los otros, revistiendo sus armas, cerraron la espléndida puerta y volvieron a Ulises el héroe de múltiples trazas. Respirando coraje en el porche se alzaban los cuatro, y los otros allá en el salón: eran muchos y buenos...
- 205 Vino al lado de aquéllos Atena retoño de Zeus, semejante en la voz a Mentor y en su cuerpo y figura, y, alegrándose Ulises al verla, le habló de este modo:
“Dame ayuda en mi trance mortal, ¡oh, Mentor!; haz memoria del amigo que, igual en edad, tanto bien te hizo un tiempo”.
- 210 Tal habló, mas sabía que era Atena que salva a sus huéspedes; los galanes en tanto a una voz por la sala gritaban y Agelao, el primero, zahiriendo a la diosa le dijo:
“Ten cuidado, Mentor, no te lleven los dichos de Ulises a luchar con nosotros prestándole ayuda, que es éste
- 215 nuestro plan y tendrá, te aseguro, cabal cumplimiento: una vez que acabemos con ellos, el padre y el hijo, tú también serás muerto a su lado según lo que ahora te propones hacer. Pagarás con tu propia cabeza. Vuestras furias haremos cesar con el filo del bronce;
- 220 con los bienes de Ulises después reuniremos los tuyos cuantos hay en los campos o tienes aquí; ni a tus hijos dejaremos vivir en sus casas; tampoco a tu esposa ni a tus hijas andar por las calles de Ítaca”. A esto se encendieron las iras de nuevo en el pecho de Atena
- 225 y, volviéndose a Ulises, le habló con palabras de enojo:
“No hay, Ulises, ya en ti aquel vigor ni aquel ánimo entero que, al luchar por la prócer Helena de cándidos brazos, nueve años mostraste en los campos de Troya; implacable diste muerte a varones sin cuento en terrible pelea
- 230 hasta ser conquistada Ilión, la ciudad de anchas calles, por tu ardid: ¿cómo ahora, que has vuelto a tu casa y tus fincas, te hace duelo tener que imponerte a esos fatuos galanes? Pero ponte a mi lado, ¡oh, amigo!, y observa mi esfuerzo,

- y en la lucha con esos furiosos verás por ti mismo
 235 que Mentor el Alcímida sabe pagar tus favores".
 Así dijo, mas no le otorgó todavía la victoria
 decisiva y total por probar aun mejor los alientos
 y las fuerzas de Ulises y al par los del hijo glorioso.
 Ella entonces de un salto posóse en la viga maestra
 240 del oscuro salón transformada en vulgar golondrina.
 Y a su tropa animaba Agelao Damastórida; en ello
 se le unió Anfimedonte, y con él Demoptólemo; el hijo
 de Políctor, Pisandro, y Eurínomo y Pólipo insigne.
 Eran seis, los mejores con mucho entre aquellos galanes
 245 que quedaban con vida y luchaban por ella; a los otros
 los habían abatido ya el arco y las flechas veloces.
 Y Agelao, volviéndose a ellos, habló de esta suerte:
 "Este hombre, ¡oh, amigos!, tendrá que dar tregua a sus manos
 formidables: Mentor se marchó tras sus vanas palabras
 250 de ufanía; ya solos están nuevamente en la puerta
 del salón, mas no habéis de tirar de una vez vuestras lanzas;
 disparemos primero los seis a ver si hace Zeus
 que alcancemos a Ulises y quede en nosotros la gloria.
 Una vez caiga él, ¿qué cuidado han de darnos los otros?"
 255 Así dijo y lanzaron sus picas con furia, obedientes
 a su voz, mas frustrólos a todos Atena: una lanza
 vino a dar en el quicio del amplio salón, la del otro
 en la puerta de sólido ajuste, y el asta de fresno
 de un tercero, pesada de bronces, cayó contra el muro.
 260 Mas, después de escapar a los tiros de aquellos donceles,
 con los suyos habló el divinal pacientísimo Ulises:
 "Yo quisiera, ¡oh, amigos!, llegada esta hora, que todos
 disparaseis conmigo a esa turba de mozos que ansía
 concluir con nosotros después de tamaños agravios".
 265 Así dijo, tiraron los cuatro las lanzas agudas
 apuntando de frente: alcanzó a Demoptólemo Ulises,
 y Telémaco a Euriades; a Élato el fiel porquerizo,
 y a Pisandro dio muerte el pastor de los bueyes. A un tiempo
 270 y los otros galanes corrieronse al fondo de aquélla.
 Los de Ulises, saltando adelante, sacaron sus lanzas
 de los cuerpos. Después los galanes tiraron de nuevo,
 mas Atena frustró a casi todos: la lanza del uno
 vino a dar en el quicio del ancho salón, la del otro
 275 en la puerta de sólido ajuste, y el asta de fresno
 de un tercero, pesada de bronces, cayó contra el muro.
 Con la pica a Telémaco, empero, tocó Anfimedonte

la muñeca, y su punta arañole la piel; y la lanza
de Ctesipo, esquivando por alto el escudo de Eumeo,
280 rasguñole en el hombro y, pasando, cayó luego en tierra.

Los de Ulises mañero lanzaron de nuevo sus picas
a la turba contraria, y el rey destructor de ciudades
con la suya alcanzó a Euridamante; Telémaco a un tiempo
derribó a Anfimedonte, y a Pólipo el buen porquerizo.
285 Disparando después el pastor guardián de los bueyes
acertóle en el pecho a Ctesipo y ufano gritaba:

“¡Maldiciente ruin que engendró Politerse! No hay
que entregarse a locuras ni hablar arrogancias: lo justo
es dejar la palabra a los dioses que todo lo pueden.
290 Esto es don de hospedaje en retorno a una pata de buey⁵,
la que a Ulises mandaste al ir él mendigando en su casa”.

Así dijo el pastor de los bueyes rollizos; Ulises
la gran lanza embutió al Damastórida en lid cuerpo a cuerpo,
y Telémaco al hijo de Evénor, Leócrita: el bronce
295 le clavó en el ijar hasta hacerlo salir por la espalda,
y él de bruces cayó con la frente de lleno en el polvo⁶.

Y hete aquí que su égida alzaba, castigo de hombres,
allá arriba en el techo Atenea. Tomó a los galanes
el espanto: corrían en la sala cual vacas dispersas
300 por el tábano inquieto que viene sin tregua a hostigarlas
en la buena estación al hacerse más largos los días.

Y los otros, cual buitres de garras ganchudas que llegan
desde el monte a acosar a las aves del llano, y ansiosas
a buscar suben éstas refugio en las nubes, mas ellos
305 las persiguen allá, las asaltan y matan, perdidos
todo escape y defensa, y deleita a las gentes la caza⁷,
de tal modo, a través de la sala, acababan a golpes
con los hombres a un lado y a otro: se alzaba un gemido
temeroso al herir de cabezas, y el suelo humeaba

⁵ Sobre la pata de vaca tirada por Ctesipo a Ulises, cf. XX 287 ss.

⁶ Con la muerte de Agelao Damastórida los pretendientes han perdido a su último jefe: Atenea da por suficientemente probado el valor de Ulises e interviene por sí misma para ruina de aquéllos. Sin duda, aunque no se dice, ha tomado la figura de matrona “alta, hermosa” (XIII 289), con la égida abrazada.

⁷ Se trata de una comparación de las llamadas “de larga cola”, porque el poeta, absorto en la descripción del cuadro iniciado con ella, la prolonga más allá de lo que permite su correspondencia con lo comparado. Por lo demás, la interpretación cambia de un autor a otro: en general he seguido la de Stanford.

- 310 todo en sangre. Y en esto Leodes, corriendo hacia Ulises, le abrazó las rodillas y dijo en aladas palabras:
 "A tus plantas estoy, noble Ulises; respeta mi vida, ten piedad, que yo nunca a ninguna mujer en tu casa dije o hice una ofensa: antes bien, a los otros galanes
- 315 procuré disuadir cada vez que intentaban tal cosa sin lograr retraer de maldades sus manos. Por tales desafueros aquí han alcanzado su negro destino. Y ahora yo que su harúspice era, del todo inocente, ¿también voy a morir? ¿No tendrá el buen obrar recompensa?"
- 320 Mas Ulises sagaz le miró torvamente y le dijo:
 "Pues te ufanas así de haber sido su harúspice, hubiste de pedir muchas veces aquí en estas salas que nunca para mí se cumpliese el regreso feliz, que mi esposa te siguiese a tu casa y te diese unos hijos en ella:
- 325 en justicia no habrás de escapar al dolor de la muerte".
 Tal diciendo empuñaba en su mano robusta una espada que en el suelo encontró, desprendida del brazo a Agelao moribundo: embutióla sin más por mitad de su cuello, y él cayó dando un grito, y el polvo cubrió su cabeza.
- 330 Pero Femio, el cantor que a sus gustos forzado tenfan los galanes, trataba a su vez de esquivar la ruina. Allí estaba de pie, con la lira sonora en las manos, junto al mismo portillo: dudaba en su mente si habría de escapar de la sala y venir a sentarse en el patio
- 335 junto al ara de Zeus, al que Ulises y el viejo Laertes habían ido otro tiempo a quemar tantos muslos de toros, o lanzarse implorante a abrazar las rodillas del rey. Meditando entre sí, comprendió que mejor le sería ir derecho a abrazarse a los pies del Laertiada: tendido
- 340 dejó, pues, en el suelo su combo instrumento, entremedias de un sillón tachonado de plata y la hermosa cratera, y, avanzando de un salto hacia Ulises, se echó a sus rodillas, abrazólas y, en súplica, habló con aladas palabras:
 "A tus plantas estoy, noble Ulises; respeta mi vida,
- 345 ten piedad, que bien pronto te habrá de doler si matases a un cantor cuyos versos recrean a dioses y a hombres. Nunca tuve maestro, y el cielo mis múltiples tonos en la mente me inspira, y aun creo poder celebrarte como a un dios a ti mismo: no quieras segar mi garganta,
- 350 que Telémaco, el hijo a quien amas, bien puede decirte que jamás por mi gusto o deseo llegué yo a tu casa a cantar en los muchos festines de aquellos galanes. Con violencia obligábanme a ello: eran más y más fuertes".

- Así dijo: escuchólo Telémaco, el fuerte y agosto,
 355 y, al momento, volvióse a su padre y habló de este modo:
 "Tente, padre, y aparta tu espada de un hombre sin culpa;
 y aun habrá que salvar al heraldo Medonte, que estuvo
 al cuidado de mí en nuestra casa cuando era yo niño,
 si es que no lo han matado el portero o Filetio o contigo
 360 se topó cuando ciego de furia cruzabas la sala".
 Oyó aquello el discreto Medonte, que estaba debajo
 de un sillón, encogido y cubierto con una reciente
 piel de vaca queriendo esquivar a la parca sombría.
 Al momento surgió del sillón, se quitó aquel pellejo,
 365 a Telémaco vino de un salto, se echó a sus rodillas,
 abrazólas y, en súplica, habló con aladas palabras:
 "Ay, querido, heme aquí, tú retente y retén a tu padre,
 no me mate, en su fuerza sin par, con la punta del bronce
 irritado por esos galanes que aquí destruían
 370 sus haciendas, y a ti, ¡oh, insensatos!, trataban sin honra".
 Sonriéndose Ulises el rico en ingenios le dijo:
 "Nada temas, pues éste te dio salvación y rescate
 por que sepas por ti y a los otros enseñes que en mucho
 se aventaja obrar bien a obrar mal; pero ahora marchaos
 375 de la sala y sentaos allá fuera; dejad este sitio
 de matanza, id al patio los dos, tú y el músico insigne
 por sus cantos, que yo tengo aún mi quehacer en la casa".
 Tal les dijo y, oyéndolo, ellos salieron al patio,
 se sentaron al pie del altar del gran Zeus y volvían
 380 todavía sus ojos en torno temiendo la muerte⁸.
 Y hete a Ulises también que observaba en la sala si alguno
 se escondía vivo aún esquivando su negro destino;
 pero todos estaban allá sobre el polvo y la sangre,
 derribados en gran multitud como peces que sacan
 385 pescadores del agua espumante a una playa en recodo
 con la red de mil mallas; y, en ansias de mar y de olas,
 yacen todos al fin en montón sobre el lecho de arena,
 porque el sol, al mandarles sus rayos, les sorbe la vida:
 de ese modo hacinados quedaban allá los galanes.

⁸ Magnífica muestra del "epicismo homérico", del vigor del poeta para seguir intuyendo la acción en personajes o escenas secundarios: aquellos dos hombres buenos y pacíficos que habían presenciado la terrible matanza hecha por Ulises, y que tan angustiosamente habían temido por sí mismos, no podían echar fuera de sí fácilmente la imagen ni el miedo de la muerte. El horror de la descripción toma nuevo relieve en la huella que ha dejado la escena en sus espectadores.

390 A Telémaco entonces Ulises el rico en ingenios
dijo así: "Ve y avisa, Telémaco, al ama Euriclea:
un recado le tengo que dar que me bulle en el alma".

Y Telémaco, al punto cumpliendo el mandato del padre,
sacudió la gran puerta gritándole al ama Euriclea:

395 "A ti digo, la dueña antañona que estás al cuidado
de las mozas que sirven aquí en nuestras casas, ¡alerta!
Ven acá que mi padre te llama, pues tiene que hablarte".

Tal le dijo, y el ama por dentro, sin darle respuesta,
desplegó las dos hojas de paso a la sala espaciosa

400 y se entró por sus sombras siguiendo a Telémaco. A poco
descubrió al gran Ulises erguido en mitad de los muertos,
todo lleno de polvo y de sangre; un león se diría
que retorna, saciado a placer de la carne de un buey
que mató en la manada. Su pecho y sus dos carrilleras

405 aparecen cubiertas de sangre, terror a los ojos:
tales manchas mostraba él allí de los pies a las manos.

Viendo el ama el montón de los cuerpos y aquel mar de sangre,
gran hazaña a su ver, estalló en un clamor de alegría.

Al momento retúvola Ulises cortando su impulso

410 y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:

"Goza dentro del pecho, ¡oh, anciana!, mas tente y no grites,
que no es bueno ufanarse por muerte de hombres: el hado
de los dioses domólos y a un tiempo sus hechos crueles,
porque no respetaron jamás a varón en la tierra,

415 fuese noble o ruín, si por caso llegaba hasta ellos.

Por tamañas locuras cumplieron su triste destino.
Pero, ¡jea!, di tú, de las siervas que tengo en mi casa,
cuáles me han deshonrado y qué otras quedaron sin culpa".

Contestando a su vez dijo entonces el ama Euriclea:

420 "No haya duda, hijo mío, diré la verdad por entero:
las mujeres que tienes de esclavas aquí en tus palacios
son cincuenta que un tiempo enseñamos a hacer sus labores,
a cardar bien la lana y llevar con paciencia su suerte.

Doce sólo entre todas entraron en vía de vergüenza,

425 sin respeto ninguno ni a mí ni a Penélope misma.

Ya tu hijo llegaba a ser hombre a este tiempo, y su madre
no dejaba mandase por sí en las esclavas. Mas voy
sin demora a subir a las ricas estancias de arriba
y a llamar a Penélope: un dios la ha sumido en gran sueño".

430 Replicando a su vez dijo Ulises el fértil en trazas:

"No la llames aún, sino tráeme primero aquí mismo
a esas siervas que osaron urdir semejantes torpezas".

Tal le dijo, y la anciana marchóse, a través de la sala,

- a avisar a las siervas y hacerlas venir. Entre tanto
 435 él llamaba a Telémaco, al fiel porquerizo, al boyero,
 y, llegados los tres, les habló con aladas palabras:
 “Empezad a llevaros los cuerpos y haced que las siervas
 os ayuden y limpien después los labrados sillones
 y las mesas con agua y porosas esponjas; mas luego,
 440 cuando quede arreglada y en orden completo la casa,
 sacaréis de la sala espaciosa a las doce mujeres
 y, allá fuera, entre el horno⁹ y la sólida valla del patio,
 las habréis de matar con las finas espadas: que pierdan
 con sus vidas por siempre el recuerdo de aquellos amores
 445 que tuvieron con esos galanes yaciendo con ellos
 en secreto”. Así dijo: llegaron en grupo las siervas
 desatadas en llanto, exhalando terribles lamentos.
 Empezaron primero a llevarse los cuerpos inertes
 y los iban dejando a la sombra del porche del patio
 450 encimándolos unos en otros; Ulises mandaba
 por sí mismo y urgía la labor mientras ellas seguían
 su forzado acarreo; lavaron después los sillones
 primorosos y mesas con agua y porosas esponjas
 y, entre tanto, Telémaco, el bravo porquero y el guarda
 455 de los bueyes, cogidas las palas, limpiaban el piso
 del salón, y las siervas sacaban afuera el despojo.
 Cuando al cabo la sala quedó toda limpia y en orden,
 a las siervas hicieron salir del hermoso recinto,
 las llevaron al paso entre el horno y el muro del patio
 460 y en aquella estrechez las cercaron sin medio de escape.
 Y el discreto Telémaco entonces les dijo a los otros:
 “No daré yo, en verdad, muerte noble de espada a estas siervas
 que a mi madre y a mí nos tenían abrumados de oprobios
 y pasaban sus noches al lado de aquellos galanes”.
 465 Tal diciendo, prendió de elevada columna un gran cable
 de bajel, rodeó el otro extremo a la cima del horno
 y estirólo hacia arriba evitando que alguna apoyase
 sobre tierra los pies. Como tordos de gráciles alas
 o palomas cogidas en lazo cubierto de hojas
 470 que, buscando un descanso, se encuentran su lecho de muerte,
 tal mostraban allí sus cabezas en fila, y un nudo

⁹ La palabra griega parece indicar “rotonda” o construcción circular. Se ha supuesto que se trata de un horno, o tal vez de un granero instalado en el patio (Stanford *ad l.*). De todos modos, la proximidad a la tapia de un edificio de la forma antedicha no parece poder dejar entre aquella y éste el callejón o paso estrecho de que luego se habla.

construyó cada cuello hasta darles el fin más penoso
tras un breve y convulso agitar de sus pies en el aire.

- Por el patio, pasado el umbral, a Melantio trafan:
475 con el bronce cruel le cortaron narices y orejas,
le arrancaron sus partes después, arrojáronlas crudas
a los perros y, al fin, amputáronle piernas y brazos
con encono insaciable... Laváronse luego los cuerpos
y se entraron en casa de Ulises: estaba acabada
480 su labor, mas él dijo, volviéndose al ama Euriclea:

"Tráeme azufre, ¡oh, anciana!, remedio de males, y trae
también fuego, que voy a azufrar el salón. Después corre
a Penélope y dile que venga en unión de sus siervas,
y que vengan las otras esclavas que en casa han quedado".

- 485 Contestando a su vez dijo entonces el ama Euriclea:
"Ciertamente, hijo mío, has hablado en razón, pero voy
ante todo a traerte un vestido, una túnica, un manto,
que no tengas cubiertos de andrajos los hombros robustos
en tu propia mansión, en tus salas: será bien odioso".

- 490 Mas a ello repúsole Ulises, el rico en ingenios:
"Lo primero es que tenga yo el fuego encendido en la sala".

- Tal le dijo: obediente a su orden el ama Euriclea,
el azufre le trajo y el fuego, y Ulises al punto
comenzó a fumigar el salón, las estancias y el patio,
495 y la anciana marchóse a través de la hermosa vivienda
a avisar a las siervas y hacerlas venir: de sus cuartos
con la antorcha en la mano vinieron y en torno a su dueño
se extendieron en grupo; acogiánle con tierno cariño,
su cabeza besaban, sus hombros, sus manos: y a Ulises
500 le invadió las entrañas un dulce anhelo de sollozos¹⁰
y de llanto, que en él cada cual despertaba un recuerdo.

¹⁰ Como en otros pasajes del poema, el horror de las escenas más
cruces viene a relajarse en la dulzura, llena de lágrimas, de un sentimiento
profundamente humano; cf. IX 446-460 y n. 10 a IX.



Depósito Legal: M. 567 - 1958

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA:

	<i>Págs.</i>
<i>Revista de revistas</i>	71
<i>Otros artículos o folletos de tema clásico</i>	78

HOMERO, *Cuatro cantos de la "Odisea"*, traducción rítmica y notas de JOSÉ MANUEL PABÓN (en suplemento paginado separadamente).

El único responsable de los conceptos u opiniones expresados en artículos o reseñas de ESTUDIOS CLÁSICOS será el autor del respectivo trabajo.

ESTUDIOS CLÁSICOS publica tres números anuales (febrero, mayo y noviembre) que forman, sin contar los suplementos, un volumen de quinientas páginas aproximadamente.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN:

España:

Suscripción anual	150 ptas.
Número suelto	70 "

Extranjero:

Suscripción anual	240 "
Número suelto	90 "

REDACCIÓN: DUQUE DE MEDINACELI, 4. — MADRID (14)

DISTRIBUCIÓN: LIBRERÍA CIENTÍFICA MEDINACELI

DUQUE DE MEDINACELI, 4 :-: MADRID (14)

